LIBROdot.com

Siete cuentos de la Patrulla Pesquera y otros relatos
Jack London



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Índice

Blanco y amarillo.
El Rey de los Griegos.
Incursión contra los ostreros furtivos.
El asedio del "Reina de Lancashire".
El "golpe" de Charley.
Demetrios Contos.
Pañuelo Amarillo.

OTROS RELATOS

El furtivo perdido.
Chris Fartington, marinero de primera.
En la Bahía de Yeddo.
Un paje de cámara guapísimo.

Blanco y amarillo

Las aguas de la Bahía de San Francisco contienen todo género de peces; por eso surcan su superficie las quillas de todo género de pesqueros, tripulados por todo género de pescadores. Para proteger a los peces contra esta abigarrada población flotante se han promulgado muchas leyes acertadas y existe una patrulla pesquera que se encarga de que esas leyes se cumplan.

Entre los más atrevidos de esos pescadores cabe incluir a los camaroneros chinos. Los camarones tienen la costumbre de deslizarse por el fondo en grandes ejércitos hasta llegar al agua dulce, donde se dan la vuelta y regresan deslizándose a la salada. Y cuando la marea se vacía y refluye, los chinos echan al fondo grandes redes con la boca abierta en las que van metiéndose los camarones y de las cuales pasan a la olla.

Esto no tendría nada de malo en sí de no ser por lo tupida que es la malla de las redes, tan tupida que por ella no pueden salirse los pececitos más pequeños, los recién nacidos que no miden ni medio centímetro de largo. las preciosas playas de las Puntas de San Pedro y San Pablo, donde están las aldeas de los camaroneros, se convierten en algo terrible debido a la peste de miríadas de pescaditos en putrefacción, y desde siempre la patrulla pesquera tiene por función actuar contra esta destrucción inútil.

Cuando yo era un muchacho de 18 años, buen tripulante de balandra y buen conocedor de las aguas de la bahía, la Comisión de Pesca contrató mi balandra el Reno, y a mí me hicieron patrullero adjunto. Después de mucho trabajo con los pescadores griegos de la Bahía Alta y de los ríos, donde salían a relucir los cuchillos en cuanto había un problema, y donde los hombres no se dejaban llevar presos hasta que se les metía el revólver en la cabeza, nos sentimos encantados de que nos enviaran de expedición contra los camaroneros chinos.

Fuimos seis con dos embarcaciones, y para evitar sospechas salimos después de oscurecer y echamos anclas bajo un acanulado llamado Punta Piñón. Cuando palideció

el Este con la primera luz del amanecer, volvimos a ponernos en marcha, ciñéndonos a la brisa de tierra mientras cruzábamos la bahía hacia Punta San Pedro.

Las nieblas de la mañana se rizaban y se pegaban al agua, de forma que no podíamos ver nada; pero nos dedicamos a quitarnos el frío del cuerpo con café caliente. También teníamos que dedicarnos a la desagradable tarea de achicar, pues, de una forma incomprensible, en el Reno se había abierto una generosa vía de agua. La mitad de la noche la habíamos pasado reorganizando el lastre y explorando las juntas, pero nuestro trabajo había sido en vano. Seguía entrando agua a raudales y teníamos que redoblar esfuerzos abajo para volverla a sacar.

Después del café, tres de los hombres se retiraron a la otra embarcación, una lancha salmonera del río Columbia, y tres nos quedamos en el Reno. Después las dos embarcaciones avanzaron juntas hasta que apareció el sol sobre el horizonte. Sus cálidos rayos disiparon los vapores restantes y ante nuestra vista, como en un cuadro, apareció la flota camaronera, distribuida como una media luna, con las puntas separadas por una distancia de por lo menos 3 millas, y con cada junco amarrado a la boya de una red de camarones. Pero ni un movimiento, ni una señal de vida.

Comprendimos la situación. Mientras esperaban a que llegara la estoa para izar las pesadas redes del lecho de la bahía, todos los chinos habían bajado a dormir. Eso nos animó y formamos rápidamente nuestro plan de batalla.

-Que cada uno de tus hombres aborde un junco -me susurró Le Grant desde la salmonera-, y tú te amarras a otro. Nosotros hacemos lo mismo y no veo ningún motivo para no capturar por lo menos seis juncos.

Entonces nos separamos. Hice cambiar de bordo al Reno, me puse a sotavento de un junco, flameé la vela mayor al viento y perdí arrancada, pasé junto a la popa del junco tan despacio y tan cerca que uno de mis patrulleros lo abordó de un solo paso. Entonces me aparté, volví a hinchar la vela y me dirigí hacia un segundo junco.

Hasta aquel momento no había habido ni un ruido, pero ahora llegó un escándalo del primer junco capturado por la salmonera. Se oyeron chillidos orientales, un disparo de pistola y más chillidos.

-¡Se acabó! Están avisando a los otros -dijo George, el patrullero restante, que estaba a mi lado en la cabina.

Ya estábamos en medio de la flota y la alarma se extendía a una velocidad increíble. Las cubiertas se empezaban a llenar de chinos medio dormidos y medio desnudos. Los gritos y los chillidos de alarma y de ira volaban sobre el agua en calma, y alguien daba la señal de alerta soplando en una concha con gran éxito.

A nuestra derecha vi que el capitán de un junco cortaba la amarra de un hachazo e iba de un salto a ayudar a sus hombres a izar la enorme vela al tercio. Pero a la izquierda, en otro junco, vi que empezaban a asomar cabezas de chinos que se despertaban, y orcé al Reno a su costado, justo el tiempo suficiente para que lo abordara George de un salto.

Ya estaba en marcha toda la flota. Además de las velas, habían sacado unos remos largos y los juncos fugitivos surcaban la bahía por todas partes. Me había quedado sólo en el Reno y trataba febrilmente de capturar una tercera presa. El primer junco que perseguí me eludió limpiamente, porque orientó las velas al viento y salió sorprendentemente disparado. Se ceñía al viento por lo menos media cuarta más que el Reno y empecé a respetar aquellos barcos tan feos.

Al advertir la inutilidad de perseguirlo llené las velas, lancé la mayor y aproveché el viento para lanzarme hacia los juncos de sotavento, donde les llevaba ventaja.

El que había escogido titubeó indeciso ante mí y cuando borneé bien para que el abordaje fuera suave, llenó las velas de repente y salió a toda velocidad, mientras aquellos mongoles cetrinos gritaban a un ritmo salvaje al darle a los remos pareles.

Pero ya estaba yo preparado para aquello. Orcé de golpe. Sostuve la caña del timón con el cuerpo mientras con la mano ponía en faena la mayor sobre la marcha, para mantener el máximo de fuerza en el impacto. Rompí los dos remos de estribor del junco y luego las dos embarcaciones chocaron fuerte. El bauprés del Reno, como un puño monstruoso, destrozó el rechoncho mástil del junco y su enorme vela.

La respuesta a esto fue un grito de rabia. Un chino muy alto, de aspecto verdaderamente malvado, con un pañuelo de seda amarilla liado a la cabeza y la cara toda picada de viruela, empujó con una pica la proa del Reno para separar los dos barcos enganchados. Sin hacer más que una pausa para soltar las drizas del foque, y justo en el momento en que el Reno se separaba y empezaba a derivar hacia popa, salté a bordo del junco con un cabo en la mano y lo amarré.

El del pañuelo amarillo y la cara picada de viruela se me acercó amenazador, pero me llevé la mano al bolsillo del pantalón y titubeó. Yo iba desarmado, pero los chinos han aprendido a tener mucho cuidado con los bolsillos de los pantalones norteamericanos, y con esto contaba yo para mantenerlos a distancia a él.y a su tripulación de salvajes.

Le ordené que echara el ancla de proa del junco, a lo que replicó: ¦¦No entender". Igual respondió la tripulación, y aunque expliqué por señas lo que quería decir, se negaron a comprender. Cuando advertí que era inútil seguir hablando del asunto, fui yo mismo a proa, tiré del cabo y solté el ancla.

-¡Ahora, a bordo cuatro de vosotros! -dije a gritos, indicando con los dedos que cuatro de ellos tenían que venir conmigo y el quinto quedarse en el junco. Pañuelo Amarillo titubeó, pero repetí la orden con tono feroz, al tiempo que me llevaba la mano al bolsillo. Aquello volvió a impresionar a Pañuelo Amarillo, que, con gestos de resentimiento, llevó a tres de sus hombres a bordo del Reno.

Largué inmediatamente, y sin izar el foque fui rumbo al junco de George. Allí resultó más fácil, porque éramos dos y George tenía una pistola a la que recurrir si las cosas se ponían feas. E, igual que en mi junco, hicimos pasar a la balandra a cuatro chinos y dejamos uno a bordo para que atendiera a la embarcación.

En el tercer junco añadimos cuatro chinos más a nuestra lista de pasajeros. La salmonera ya había tomado sus doce presos y llegado a nuestro costado, muy sobrecargada. Para empeorar las cosas, como era una lancha pequeña, los patrulleros estaban tan apretados entre sus presos que en caso de apuro tendrían pocas posibilidades.

-Vais a tener que ayudarnos -dijo Le Grant.

Contemplé a mis presos, que se habían hacinado en el camarote y en el techo de éste.

-Puedo sacarte tres -respondí.

-Que sean cuatro -sugirió-, y me llevo a Bill (Bill era el tercer patrullero). Aquí no tenemos espacio y si hay pelea, la proporción justa sería un blanco por dos de ellos.

Hicimos el cambio, la salmonera izó la vela tarquina y enfiló por la bahía hacia las ciénagas de San Rafael. Icé el foque y seguí con el Reno. San Rafael, donde

teníamos que entregar nuestras presas a las autoridades, se comunicaba con la bahía por un marjal largo y tortuoso, o ensenada cenagosa, que no era navegable más que cuando subía la marea. Estaba empezando a bajar, como ya iba vaciándose, teníamos que darnos prisa si no queríamos quedarnos medio día esperando a la próxima marea.

Pero la brisa de tierra había empezado a morir con la salida del sol y ahora no llegaba más que en débiles soplos. La salmonera sacó los remos y pronto nos dejó muy atrás. Algunos de los chinos estaban en la parte más a proa de la cabina, cerca de las puertas del camarote, y una vez, cuando me incliné sobre el balaustre de la cabina para alisar un poco la escota del foque, noté que alguien me rozaba el bolsillo del pantalón.

No hice nada, pero por el rabillo del ojo vi que Pañuelo Amarillo había descubierto que el bolsillo que tanto le había impresionado hasta ahora estaba vacío.

Para acabar de agravar las cosas, con toda la excitación del abordaje de los juncos no habíamos achicado el agua del Reno, y ahora empezaba a inundar las tablas. Los pescadores de camarones la señalaron y me miraron interrogantes.

-Sí -dije-. Y ahola todos ahogalnos si no achicáis. ¿Sabel?

No, no sabían, o por lo menos eso indicaron con la cabeza, aunque en su propia jerga hablaron entre sí con toda elocuencia. Saqué tres o cuatro de las tablas de abajo y un par de cubos de un pañol, y con el lenguaje inconfundible de las señas los invité a ponerse a trabajar. Pero se echaron a reír y unos se metieron en el camarote y otros se subieron al techo.

Aquella risa no tenía nada de gracia. Contenía una sugerencia de amenaza, un algo de malicia que verificaban las miradas torvas que me lanzaban. Desde que Pañuelo Amarillo descubrió que mi bolsillo estaba vacío, había adoptado una actitud de lo más insolente, y se paseaba entre los demás detenidos, a quienes hablaba en tonos muy serios.

Tragué saliva, bajé a la cabina y empecé a achicar el agua. Pero apenas había empezado cuando por encima de mí se balanceó la botavara, se hinchó de golpe la vela mayor y el Reno se escoró. Estaba empezando el viento del día. George no tenía ni idea de navegación, de modo que me vi obligado a dejar de achicar y tomar la caña del timón. El viento soplaba directamente de Punta de San Pedro y las montañas de tierra adentro, y por eso era racheado e inseguro: unas veces henchía las lonas y otras las dejaba lacias e inútiles.

George era la persona más totalmente incompetente que jamás he conocido. Entre sus impedimentos estaba el de ser tísico, y yo sabía que si se ponía a achicar le podía dar una hemorragia. Pero la subida del agua me advertía que tenía que hacer algo. Volví a ordenar a los pescadores de camarones que echaran una mano con los cubos. Se rieron desafiantes y los que estaban dentro del camarote, con el agua hasta los tobillos, se pusieron a hablar a gritos con los que iban sentados en el techo.

-Más vale que saques la pistola y les hagas achicar -le dije a George.

Pero negó con la cabeza con clarísimas muestras de tener miedo. Los chinos podían ver igual que yo tenía "canguelo", y su insolencia llegó al nivel de lo insufrible. Los que estaban en el camarote descerrajaron los pañoles de la comida y los de arriba bajaron como pudieron y se sumaron a ellos en un festín compuesto por nuestras galletas y nuestras latas de conservas.

-¿Qué importa? -preguntó George débilmente.

Yo estaba que echaba chispas de rabia impotente.

-Si se insubordinan será demasiado tarde para que nos importe nada. Lo mejor es que los controles inmediatamente.

Cada vez subía más el agua, y las rachas de viento, precursoras de una brisa constante se hacían cada vez más fuertes. Y entre racha y racha los presos, tras dar cuenta de las provisiones de una semana, se dedicaron a ponerse todos primero de un costado y luego del otro, hasta lograr que el Reno se bamboleara como una cáscara de nuez. Se me acercó Pañuelo Amarillo y, señalando su aldea en la playa de Punta San Pedro, me dio a entender que si llevaba allí al Reno, ellos a su vez se pondrían a achicar. En el camarote, el agua llegaba ya hasta las literas, y la ropa de cama estaba empapada. En la cabina, había subido hasta los 30 centímetros. Pero me negué y por el gesto de George vi que lo lamentaba.

-¡Si no te pones duro nos van a tirar por la borda! -le dije-. Si quieres salir de ésta, más vale que me des tu revólver.

-Lo más seguro -castañeteó- es desembarcarlos. Lo que es yo, no quiero ahogarme por unos cuantos chinos de mierda.

-¡Y lo que es yo, no estoy dispuesto a ceder a unos cuantos chinos de mierda para no ahogarme. -respondí indignado.

-Si seguimos así vas a lograr que el Reno se hunda con todos nosotros -gimió--, y no veo que eso nos valga de nada.

-¡Hay gustos para todo! -repliqué.

No contestó, pero vi que temblaba lamentablemente. Entre la actitud amenazadora de los chinos y la vía de agua estaba fuera de sí de miedo; en cambio, a mí más que los chinos y el agua me daba miedo él y lo que su miedo podía llevarle a hacer. Vi que miraba anhelante al chinchorro de popa, de modo que en el siguiente momento de calma lo acerqué de un tirón a nuestro costado. Cuando me vio hacerlo se le iluminaron los ojos de esperanza, pero antes de que pudiera adivinar mis intenciones reventé el fondo del bote con un hacha de mano y el chinchorro se llenó de agua hasta la borda. -O nos hundimos todos o llegamos todos -le dije-, y si me das el revólver, en medio minuto tenemos achicado el Reno.

-Son demasiados para nosotros dos -gimoteó-. No podemos luchar contra todos ellos.

Le di la espalda, asqueado. Hacía rato que habíamos perdido de vista la salmonera tras el pequeño archipiélago llamado Islas de Marín, de forma que no podíamos esperar que viniera en nuestra ayuda. Se me acercó Pañuelo Amarillo con aquel aire suyo, abriéndose camino entre el agua que le lamía las piernas. No me agradó su gesto. Me daba la sensación de que tras aquella sonrisa amable se escondían malas intenciones. Le ordené que se hiciera atrás, en tono tan decidido que me obedeció.

-¡Ahora, quédate ahí -ordené- y no des ni un paso más!

-¿Pol qué? -preguntó indignado-. Yo cleel que hablal sel bueno.

-¡Hablal, hablal! -respondí. enfadado, porque ahora me daba cuenta de que había comprendido todo lo que le había dicho a George-. ¿Hablar para qué? Tú no sabes hablar.

Sonrió con gesto empalagoso:

-Sí, yo sabel mucho. Yo chinito honlado.

-Muy bien -contesté-. Si tú saber hablar, tú saber achichar. Después de achicar mucho, nosotros hablar.

Negó con la cabeza, al mismo tiempo que señalaba a sus camaradas por encima del hombro:

-No podel. Chinitos muy malos, muy malos. Cleo...

-¡Atrás! -grité, pues había visto que se metía la mano debajo de la camisa y se preparaba para dar un salto.

Desconcertado, volvió al camarote, aparentemente para celebrar consejo, dado el parloteo que comenzó inmediatamente.

El Reno iba muy hundido, y sus movimientos empezaban a ser los de un madero sin rumbo. En mar gruesa se habría hundido sin remedio, pero cuando soplaba el viento era de tierra, y apenas si había un rizo en el agua de la bahía.

-Creo que más vale que aproes a la playa -dijo George abruptamente, en un tono que revelaba que su miedo le había obligado a decidir un rumbo de acción.

-¡yo creo que no! -respondí malhumorado.

-¡Te lo ordeno! -dijo con tono de matón.

-Mis órdenes son llevar presos a éstos a San Rafael Habíamos ido alzando gradualmente la voz, y el ruido del altercado hizo salir a los chinos del camarote.

-Y ahora, ¿quieres ir a la playa? -preguntó George-. Y me encontré contemplando el cañón de su revólver, del revólver que se atrevía a usar contra mí, pero que era demasiado cobarde para utilizar contra nuestros prisioneros.

Fue como si me invadiera el cerebro un brillo cegador. Toda la situación, en todos sus aspectos, se centraba en mí: la vergüenza de perder nuestros detenidos, la indignidad y la cobardía de George, la reunión con Le Grant y los demás patrulleros y las explicaciones y excusas, además del combate que había sido tan duro, de la victoria que se me arrebataba justo cuando creía tenerla ál alcance de la mano. Y con el rabillo del ojo vi cómo se amontonaban los chinos junto a las puertas del camarote nos miraban triunfantes. No podía ser.

Subí una mano y bajé la cabeza. Con la primera levanté el cañón- la segunda apartó mi cabeza de la trayectoria de la bala que pasó silbando a un lado. Con una mano le agarré a George de la muñeca; con la otra el revólver. Pañuelo Amarillo y su pandilla saltaron hacia mí. Era ahora o nunca. Con todas mis fuerzas, y de un solo movimiento repentino, empujé a George para que chocara con ellos. Después tiré de él hacia atrás igual de repentinamente, le arranqué el revólver de entre los dedos y le levanté en vilo del suelo. George cayó sobre las rodillas de Pañuelo Amarillo, que tropezó con él, y los dos se quedaron debatiéndose en el agujero que habíamos hecho para achicar, donde habíamos arrancado el entablado de la cubierta. Al instante siguiente los tenía cubiertos con mi revólver, y los camaroneros rebeldes se acobardaban e iban retirándose.

Pero no tardé mucho en descubrir que es completamente distinto disparar contra alguien que ataca que hacerlo contra alguien que meramente se niega a obedecer. Porque cuando les ordené que se pusieran a achicar, no me obedecieron. Los amenacé con el revólver, pero se quedaron tranquilamente sentados en el camarote lleno de agua o en el techo, y no se movieron.

Pasaron 15 minutos en que el Reno se iba hundiendo cada vez más, con la vela mayor lacia en la calma. Pero vi que junto a la costa de Punta San Pedro se formaba una línea oscura en el agua, que avanzaba hacia nosotros. Era la brisa constante que tanto tiempo llevaba esperando yo. Llamé a los chinos y se la señalé. La acogieron con exclamaciones. Después indiqué la vela y el agua que había dentro del Reno e indiqué por señas que cuando el viento llegase a la vela, con el agua que llevábamos embarcada íbamos a naufragar. Pero se burlaron de mí, porque sabían que yo podía orzar y soltar la vela mayor, para dejar pasar el viento y escapar al peligro.

Pero yo ya estaba decidido. Halé la vela medio metro o así, la aferré y, apoyándome con los pies, me apoyé con la espalda en la caña del timón. Así tenía una mano para la escota y la otra para el revólver. La línea oscura se acercaba cada vez más, y vi cómo miraban de mí a ella y de ella a mí, con un temor que no podían disimular. Se enfrentaban mi inteligencia, mi voluntad y mi capacidad de resistencia con las de ellos, y el problema era quién podía aguantar más tiempo sin ceder la tensión de una muerte inminente.

Entonces nos golpeó el viento. La vela mayor se tensó con un restallar de los motones, se levantó la botavara, se hinchó la vela y el Reno empezó a escorarse y a escorarse hasta que se hundió en el agua la regala de sotavento, se hundió la cubierta, se hundieron las ventanas del camarote y empezó a entrar a raudales toda la bahía sobre la regala de la cabina. Tan rápida fue la escora que los que estaban en el camarote cayeron unos encima de otros en la litera de sotavento, donde se retorcían y agitaban en el agua, los de abajo, peligrosamente a punto de ahogarse.

Refrescó un poco el viento y el Reno se escoró más que nunca. Por un momento creí que todo había terminado y comprendí que si llegaba otra ráfaga igual no cabía duda del final.

Pero mientras pensaba en esto y debatía conmigo mismo si debía ceder o no, los chinos gritaron que se rendían. Creo que jamás he oído voces más dulces. Y entonces, pero no antes, orcé y solté la vela mayor. El Reno se fue enderezando con gran lentitud y cuando por fin recuperó la vertical estaba tan a flor de agua que dudé que se pudiera salvar.

Pero los chinos se lanzaron como locos a la cabina y se pusieron a achicar con cubos, ollas, sartenes, con todo lo que encontraban a mano. ¡Qué bonito resultaba ver cómo salía el agua por la borda! Y cuando el Reno volvió a recuperar su airosa línea sobre el agua salimos disparados con la brisa a nuestro largo y en el último momento posible cruzamos la ciénaga y entramos en el marjal.

Los chinos habían perdido ánimos, y estaban tan dóciles que antes de llegar a San Rafael ya habían sacado las amarras con Pañuelo Amarillo a la cabeza. En cuanto a George, fue su último viaje con la patrulla pesquera. Explicó que aquello no era lo suyo y que prefería un empleo de oficina en tiérra.

El Rey de los Griegos

La patrulla pesquera nunca había capturado a "Alejandro el Grande". Este presumía de que no había nacido quien pudiera capturarlo vivo, y la verdad era que de los muchos que habían tratado de capturarlo muerto, ninguno lo había logrado. Además, no había quien violase las leyes de pesca de manera más sistemática y deliberada que "Alejandro el Grande".

Le llamaban "Alejandro el Grande" por su gigantesca estacura. Medía más de un metro noventa y tenía unos hombros y un tórax en proporción. Su musculatura era espléndida, y entre los pescadores circulaban innumerables relatos sobre su prodigiosa fortaleza.

Era tan atrevido y dominante como fuerte, y eso le había valido el que en general también se lo conociera por otro nombre, el de "Rey de los Griegos". Muchos de los pescadores eran griegos, y lo admiraban y lo obedecían como su jefe. Y como jefe suyo combatía por ellos, se encargaba de que estuvieran protegidos, los rescataba

de la ley cuando caían en las garras de ésta y hacía que en tiempos de peligro los unos protegieran a los otros y todos lo protegieran a él.

En los viejos tiempos, la patrulla pesquera había intentado capturarlo muchas veces con resultados desastrosos, y había acabado por abandonar, de forma que cuando llegó la noticia de que venía a Benicia, yo tenía muchas ganas de verlo. Y no tuve que ir en su busca.

Con su osadía habitual, lo primero que hizo al llegar fue ir a buscarnos. En aquella época, Charley Le Grant y yo estábamos a las órdenes de un patrullero llamado Carmintel, y nos hallábamos los tres a bordo del Reno preparándonos para salir, cuando llegó a bordo "Alejandro el Grande". Era evidente que Carmintel ya lo conocía, pues se dieron la mano como quienes ya se han visto muchas veces. "Alejandro el Grande" no nos hizo caso a Charley ni a mí.

-He venido a pescar esturión un par de meses -le dijo a Carmintel.

Al hablar le brillaban los ojos desafiantes, y vimos que el patrullero bajaba la mirada.

-Muy bien, Alejandro -dijo Carmintel en voz baja. No seré yo quien te lo impida. Ven al camarote y podemos charlar.

Cuando entraron y cerraron las puertas, Charley me hizo un guiño muy lento. Pero yo no era más que un muchacho, recién llegado al mundo de los adultos y a las cosas de los adultos, de manera que no comprendí. Tampoco Charley se explicó, aunque me dio la sensación de que en todo aquello había algo turbio.

-¿Qué vas a hacer cuando se ponga a pescar esturiones? -pregunté-. Seguro que utiliza un palangre chino.

Charley se encogió de hombros y dijo enigmáticamente:

-Lo que sea, sonará.

El "palangre chino" es un artilugio muy astuto inventado por la gente que le ha dado su nombre. Mediante un sistema sencillo de flotadores, contrapesos y anclas se cuelgan miles de anzuelos, cada uno de ellos de un ramal separado, entre 15 y 30 centímetros del fondo. Lo más notable de esos palangres son los anzuelos. No llevan lengüeta, sino que tienen la punta afilada como una aguja. Cada anzuelo está separado sólo unos centímetros del otro, y cuando se cuelgan unos miles de ellos junto al fondo, formando una hilera como los flecos de una corona, a lo largo de unas 200 brazas, presentan un obstáculo formidable a los peces que se desplazan por el fondo.

Uno de esos peces es el esturión, que va hozando por ahí como un cerdo, y al que de hecho hay quien llama "pez cerdo". Cuando le pincha el primer anzuelo que toca, el esturión da un salto de susto y entra en contacto con media docena más de anzuelos. Entonces se pone a revolverse como loco, hasta que se le clava un anzuelo tras otro en la carne blanda, y como los anzuelos le entran desde muchos ángulos diferentes, lo retienen cautivo hasta que muere.

Como no hay esturión que pueda salir vivo de un palangre chino, las leyes de pesca clasifican a éste entre las trampas, y como amenaza con exterminar a los esturiones, las leyes de pesca lo declaran ilegal. Estábamos seguros de que uno de esos palangres era lo que Alejandro el Grande se proponía tender abiertamente, en flagrante violación de la ley.

Pasaron varios días tras la visita de Alejandro el Grande, y Chárley y yo estuvimos muy atentos a lo que hacía. Remolcó su barca de fondo plano en torno al muelle de Solano y hacia la cala grande del astillero de Turner. Sabíamos que aquella cala era buen sitio para el esturión y estábamos seguros de que allí era donde se

proponía el Rey de los Griegos iniciar sus operaciones. La marea formaba torbellinos al entrar y salir de la cala y no permitía colocar ni levantar un palangre chino más que en la estoa. De manera que, en las estoas Charley y yo nos propusimos estar vigilando el uno o el otro desde el muelle de Solano.

Al cuarto día, cuando estaba yo echado al sol detrás de la escalera del muelle, vi que de la costa de enfrente salía un esquife que bogaba adentrándose en la cala. En un instante me llevé los prismáticos a los ojos y me dediqué a seguir cada uno de los movimientos del esquife. Iban en él dos hombres, y aunque estaban a más de dos millas, distinguí que uno de ellos era Alejandro el Grande, y antes de que el esquife volviera a tierra pude ver lo suficiente para saber que el griego había echado el palangre.

-Alejandro el Grande ha echado un palangre chino en la cala frente al astillero de Turner -le dijo aquella tarde Charley Le Grant a Carmintel.

Por la cara del patrullero pasó una expresión fugaz de ira, y luego dijo:

-¿Ah sí? -con aire ausente. Nada más.

Charley se mordió el labio con ira contenida y giró sobre sus talones. Más tarde, cuando acabábamos de terminar de baldear la cubierta del Reno y estábamos preparándonos para irnos a la cama, me preguntó:

-¿Estás dispuesto tú, muchacho

?Se me hizo un nudo en la garganta y no pude hacer más que asentir con la cabeza.

-Bueno --dijo Charley con los ojos brillantes y tono decidido-, pues tenemos que capturar a Alejandro el Grande entre los dos, tú y yo, y tenemos que lograrlo a despecho de Carmintel.

No era tarea fácil. Para que se pudiera condenar a alguien por pesca ilegal era necesario atraparlo in fraganti, con todas las pruebas de su delito: los anzuelos, los sedales, los pescados y el propio pescador. Aquello significaba que teníamos que agarrar a Alejandro en la mar, donde podía vernos llegar y prepararnos una de aquellas cálidas recepciones que le habían dado fama.

-No hay vueltas --dijo Charley una mañana, si podemos abarloarlo tenemos una posibilidad, y lo único que nos queda es tratar de abarloarlo. ¡Vamos, chico!

Estábamos en la salmonera del río Columbia, la que habíamos utilizado contra los camaroneros chinos, como he relatado en una experiencia anterior. Estábamos en la estoa. Y cuando dimos la vuelta al muelle de Solano vimos a Alejandro el Grande que trabajaba en su palangre e iba sacando los pescados.

-Cambia de sitio -me ordenó Charley-, y llévanos justo a popa de él, como si fueras a entrar en el astillero.

Tomé la caña del timón y Charley se sentó en un banco en los medios, con el revólver al alcance de la mano.

-Si empieza a disparar -advirtió-, tírate al fondo y gobierna desde ahí, para que no te quede al descubierto más que la mano.

Asentí y después continuamos en silencio, mientras el bote se deslizaba suavemente por el agua y nos acercábamos cada vez más a Alejandro el Grande. Lo podíamos ver con toda claridad mientras acababa a los esturiones con el bichero, los echaba al fondo de su barca y su compañero tiraba de palangre, y les arrancaba los anzuelos antes de volver a echar estos últimos al agua. Pero todavía estábamos a 500 metros de distancia cuando nos llamó el hombretón:

-¡Eh! ¡Vosotros! ¿Qué queréis? -gritó. -Sigue adelante -susurró Charley-; haz como que no lo has oído.

Los momentos siguientes fueron de ansiedad. El pescador nos estudiaba atento y nosotros nos acercábamos más a cada segundo.

-¡Si no queréis tener un disgusto, no os acerquéis más! -exclamó repentinamente como si acabara de determinar quiénes y qué éramos-. ¡Si no, os vais a enterar !

Se llevó un fusil al hombro y me apuntó.

-Y ahora, ¿vais a largaros? -preguntó.

Oí que Charley soltaba un gruñido de desilusión y me susurraba:

-Apártate. Por ahora, no hay nada que hacer.

Levanté la caña y solté la escota, y la salmonera se apartó cinco o seis cuartas. Alejandro el Grande se quedó contemplándonos hasta que quedamos fuera de su alcance, y entonces volvió a su trabajo.

-Más vale que dejes en paz á Alejandro el Grande -dijo Carmintel en tono un tanto agrio a Charley aquella noche.

-¿Con que se te ha venido a quejar, eh? -preguntó Charley con voz intencionada.

Carmintel se ruborizó hasta las orejas y repitió:

-Te digo que más vale que lo dejes en paz. Es un tipo peligroso y no es rentable hacer el tonto con él.

-Sí -replicó Charley sin elevar la voz-; ya he oído que es más rentable dejarlo en paz.

Eso era un ataque directo a Carmintel, y por la expresión que puso vimos que se había dado cuenta Porque todo el mundo sabía que a Alejandro el Grande le daba lo mismo sobornar a alguien que pelearse con él, y que en los últimos años más de un patrullero había recibido dinero del pescador.

-¿Quieres decir...? -empezó Carmintel con tono de matón. Pero Charley lo interrumpió inmediatamente:

-No quiero decir nada. Ya has oído lo que te he dicho, y el que se pica...

Se encogió de hombros y Carmintel se quedó contemplándolo mudo.

-Lo que nos hace falta es un poco de imaginación -me dijo Charley un día, cuando nos habíamos acercado a Alejandro el Grande en la niebla matutina y él nos había recibido a tiros.

Y a partir de entonces pasé una serie de días devanándome los sesos y tratando de imaginar alguna forma de que dos hombres pudieran, en aguas abiertas, capturar a otro que sabía utilizar un fusil y que nunca se separaba de él. Regularmente, a cada estoa, sin disimulos, descarada y abiertamente en medio de la ancha bahía, se veía a Alejandro el Grande con su palangre. Y lo que hacía que aquello fuera más exasperante era que no había un pescador, desde Benicia hasta Vallejo, que no estuviera énterado de que nos desafiaba con total éxito.

También Carmintel nos fastidiaba, porque nos hacía ocuparnos entre los pescadores de arenque de San Pablo, de forma que nos quedaba poco tiempo para dedicarnos al Rey de los Griegos. Pero como la mujer y los hijos de Charley vivían en Benicia, allí habíamos instalado nuestro cuartel general, y allí volvíamos siempre.

-¿Sabes lo que podemos hacer? -dije un día al cabo de varias semanas infructuosas-. Podemos esperar a una estoa hasta que Alejandro el Grande haya sacado el palangre y desembarcado con el pescado, y entonces podemos salir y capturarle el palangre. Hasta que prepare otro le va a llevar tiempo y dinero, y entonces podemos

ver cómo se lo capturamos también. Si no podemos agarrarlo, por lo menos podemos hacer que se canse, ¿no?

Charley estuvo de acuerdo y dijo que no era mala idea. Esperamos a una oportunidad y a la siguiente estoa de la marea baja, cuando Alejandro el Grande sacó su pescado y volvió a tierra, salimos con la salmonera. Habíamos tomado la marcación por cotas desde la costa y sabíamos que no nos iba a costar trabajo encontrarlo. Estaba empezando a subir la marea cuando llegamos a donde creíamos que estaba tendido el palangre y lanzamos el ancla de un bote de pesca. Le pusimos un cabo corto, de forma que apenas si rozaba el fondo, y empezamos a arrastrarla con cuidado hasta que golpeó en algo y la barca se paró de pronto.

-¡Ya lo tenemos! -gritó Charley-. ¡Ven a echar una mano para subirlo a bordo!

Tiramos juntos de la cuerda hasta que salió a la superficie el ancla con el palangre de los esturiones enganchado en una de las uñas. Brillaron ante nuestros ojos docenas de aquellos anzuelos asesinos cuando sacamos el ancla del todo, y acabábamos de empezar a tirar del palangre hasta el extremo, para comenzar a levantarlo, cuando nos alarmó un golpetazo en la lancha.

Miramos alrededor, pero no vimos nada y volvimos a nuestra tarea. Un instante después volvió a sonar otro golpetazo igual y saltó en pedazos la borda entre el cuerpo de Charley y el mío.

-Eso se parece mucho a una bala, muchacho -dijo en tono reflexivo-. Y tira de lejos, el tal Alejandro el Grande. Está usando pólvora de esa sin humo -concluyó tras examinar la costa a una milla de distancia; por eso no podemos ver dónde está.

Miré hacia la costa, pero no vi ninguna seña de Alejandro el Grande, que sin duda estaba escondido entre algunas rocas y nos tenía a su merced. Una tercera bala dio en el agua, rebotó y pasó silbando por encima de nuestras cabezas, para volver a hundirse en el agua lejos de nosotros.

-Creo que más valdrá que nos marchemos -observó Charley tranquilo-. ¿Qué te parece, muchacho?

A mí me parecía lo mismo, y dije que de todos modos no nos hacía falta el palangre. En vista de eso, largamos e izamos la vela tarquina. Inmediatamente cesaron los disparos y nos alejamos, desagradablemente conscientes de que Alejandro el Grande se reía de nuestros apuros.

Lo peor fue que al día siguiente, en el muelle pesquero, mientras inspeccionábamos las redes, se dedicó a reírse y burlarse de nosotros, y delante de todos los pescadores. A Charley se le puso la cara negra de rabia, pero se controló bien y se limitó a prometerle a Alejandro el Grande que al final podía estar seguro de que lo iba a meter entre rejas.

El Rey de los Griegos lanzó entonces su frase de que no había patrulla pesquera que lo hubiera atrapado ni que pudiera hacerlo, y los pescadores lo aplaudieron y dijeron que era verdad.

Empezaron a animarse y durante un momento pareció que iba a haber problema, pero Alejandro el Grande afirmó su monarquía y los apaciguó.

También Carmintel se rió de Charley con comentarios sarcásticos, y se dedicó a ponerle todas las dificultades posibles. Pero Charley se negó a enfadarse, si bien me dijo confidencialmente que aunque le llevara el resto de sus días iba a capturar a Alejandro el Grande.

-No sé cómo voy a lograrlo -dijo-, pero como me llamo Charley Le Grant, que lo agarro. No tengas miedo, que seguro que se me ocurrirá una idea cuando llegue el momento.

Y efectivamente llegó el momento, y de la forma más inesperada.

Había pasado todo un mes y no hacíamos más que remontar y bajar el río y cruzar la bahía de un lado a otro, sin un momento libre que dedicar a aquel pescador que tendía un palangre chino en la cala del astillero de Turner. Una tarde estábamos visitando la fundición de Selby en servicio de patrulla cuando, de la forma más imprevista, se presentó la oportunidad.

Apareció en forma de un yate inutilizado lleno de gente mareada, de modo que no era de prever que lo reconociésemos como tal oportunidad. Se trataba de una balandra grande y estaba inutilizada porque los alisios soplaban muy fuertes y a bordo no había marineros expertos.

Desde el amarradero de Selby contemplamos sin gran interés cómo aquellos marineros de agua dulce hacían la maniobra de echar torpemente el ancla del yate y con igual torpeza bajaban el chinchorro.

Un hombre con cara de sentirse muy mal, vestido con un traje blanco empapado, nos pasó la boza, después de casi lograr que el chinchorro naufragase en la mar agitada, y saltó a tierra. Andaba tambaleándose, como si el amarradero estuviera moviéndose, y nos contó sus problemas, que eran los problemas del yate.

El único buen marinero que había a bordo, del que dependían todos, había tenido que volver a San Francisco después de recibir un telegrama, y los demás habían tratado de continuar el crucero por sí solos. Los vientos fuertes y la mar gruesa de la Bahía de San Pablo habían sido demasiado para ellos, todos estaban mareados y nadie sabia nada ni podía hacer nada, y por eso se habían acercado a la fundición para abandonar el yate o conseguir que alguien lo llevara a Benicia. En resumen, ¿conocíamos nosotros a algún marinero que quisiera llevar el yate hasta Benicia?

Charley me miró. El Reno estaba anclado en lugar seguro. No teníamos trabajo de la patrulla que hacer hasta media noche. Con el viento que estaba soplando podíamos llevar el yate a Benicia en un par de horas, pasar varias horas más en tierra y volver a la fundición en el tren de la tarde.

-Muy bien, capitán -dijo Charley al desconsolado señorito, que sonrió con expresión enfermiza ante el título.

-No soy más que el propietario -explicó.

Lo llevamos a remo hasta el yate con mucho mejor estilo que el empleado por él para venir a tierra y pudimos ver por nuestros propios ojos lo indefensos que estaban los pasajeros.

Serían una docena entre hombres y mujeres, y todos ellos estaban demasiado mareados para dar ni siquiera muestras de alegría al vernos aparecer. El yate seguía balanceándose brutalmente de flanco, y apenas el propietario tocó con los pies en cubierta se derrumbó y se quedó como los demás.

Nadie podía echarnos una mano, de forma que entre Charley y yo arreglamos el aparejo, que estaba enredadísimo, izamos las velas y levamos el ancla.

Fue una travesía dura, aunque rápida. El Estrecho de Kamiques era un caos de espuma y neblina, y lo cruzamos a toda velocidad y viento en popa, con la gran vela mayor a ratos lacia y otras veces con el botalón apuntando hacia el cielo en nuestro avance furioso.

Pero a aquella gente le daba igual. Todo les daba igual. Dos o tres de ellos, comprendido el propietario, estaban despatarrados en la cabina, temblando cuando el yate se levantaba y se echaba a correr, o se hundía vertiginosamente en el seno de una ola, y en los momentos intermedios contemplaban la costa con miradas ansiosas. El resto estaba agrupado en el suelo del camarote, tendidos entre cojines en el suelo. De vez en cuando uno lanzaba un gemido, pero por lo general estaban tan lacios e inmóviles como si ya hubieran muerto.

Al abrirse ante nosotros la cala del astillero de Turner, Charley se metió en ella para entrar en aguas más tranquilas.

Se podía ver Benicia, e íbamos deslizándonos por aguas relativamente fáciles cuando apareció en frente de la proa de nuestro barco la mota de un botecillo.

Era el momento de estoa de la marea baja. Charley y yo nos miramos. No dijimos ni una palabra, pero inmediatamente el yate empezó a actuar del modo más extraño, con el zig-zag y vacilaciones como si estuviera al timón el aficionado más inexperto del mundo.

Era un espectáculo impropio de un marino. Cualquiera podría imaginarse que un yate desbocado corría locamente de un lado a otro de la cala, aunque de vez en cuando cedía a las tentativas de control, en una tentativa desesperada de llegar a Benicia.

El propietario se olvidó de su mareo el tiempo suficiente para adoptar un gesto de preocupación. La mota del botecillo empezó a hacerse cada vez mayor, hasta que pudimos ver a Alejandro el Grande y su compañero, que con un largo de sedal de esturión enganchado a un soporte, descansaban de su faena y se reían de nosotros.

Charley se bajó el sueste por encima de los ojos y yo seguí su ejemplo, aunque no podía imaginarme la idea que evidentemente había concebido y que se proponía ejecutar.

Llegamos espumeantes al costado del esquife, tan pegados a él que por encima del viento podíamos oír las voces de Alejandro el Grande y su compañero, que nos gritaban con ese desprecio que todos los marineros profesionales sienten por los aficionados, especialmente cuando los aficionados están haciendo el ridículo.

Pasamos a toda vela junto a los pescadores y no pasó nada. Charley sonrió al ver el desencanto que se pintaba en mi rostro, y después gritó:

-¡Listo para acuartelar la vela mayor!

Puso el timón todo a la banda y el yate giró obediente. La vela mayor aflojó y quedó lacia, y después salió disparada por encima de nuestras cabezas tras el botalón y se tensó con un restallido en el racamento. El yate se escoró casi sobre los baos y sus mareados pasajeros emitieron un gran gemido colectivo al resbalar por el piso del camarote en una masa confusa y caer amontonados en las literas de estribor.

Pero no había tiempo que dedicarles. El yate, al terminar la maniobra, aproó a barlovento con las lonas restallantes y ya enderezado sobre la quilla Seguíamos avanzando muy rápidos, y el esquife estaba justo en nuestro camino. Vi que Alejandro el Grande se tiraba rápido al agua y que su compañero saltaba para agarrarse a nuestro bauprés.

Entonces sonó el golpe al chocar nosotros con el bote y una serie de tableteos mientras iba pasando bájo nuestra quilla.

-¡Se le acabó el fusil! -escuché murmurar a Charley que saltó a cubierta a ver dónde estaba Alejandro el Grande, que flotaba algo a popa.

El viento y el mar frenaron rápidamente nuestro avance, y empezamos a volver a la deriva, lentamente, hacia el punto en que antes estaba el esquife. Surgieron la

cabeza negra de Alejandro el Grande y su cara cetrina al alcance de la mano, y sin que sospechara nada, indignado por lo que interpretaba como torpeza de unos marineros aficionados, lo subimos a bordo. Además, estaba sin aliento, pues había buceado hasta muy hondo y se había quedado bajo el agua mucho rato para eludir nuestra quilla.

Al momento siguiente, con gran perplejidad y consternación del propietario, Charley se había echado encima de Alejandro el Grande en la cabina y yo estaba ayudándolo a amarrarlo con matafioles.

El propietario saltaba arriba y abajo, nerviosísimo, pero para entonces el compañero de Alejandro el Grande había trepado por el bauprés y llegado a popa y miraba aprensivo a la cabina por encima de la regala.

Charley le echó un brazo al cuello y el tipo cayó de espalda junto a Alejandro el Grande.

-¡Más matafioles! -gritó Charley, y me apresuré a dárselos.

El esquife destrozado se balanceaba pesadamente a corta distancia a barlovento, y orienté las velas mientras Charley tomaba el timón y aproaba hacia él.

-Estos dos hombres son unos delincuentes empedernidos -explicó al enfadado propietario, y son los infractores más persistentes de las leyes sobre caza y pesca. Ha visto usted cómo los atrapábamos in fraganti, y puede usted esperar una citación de comparecencia como testigo de cargo cuando se celebre el juicio.

Mientras hablaba iba doblando en torno al esquife. El palangre se había cortado, pero había un largo pegado a los restos de la embarcación. Subió 12 ó 15 metros de sedál, con un esturión pequeño todavía enganchado en una maraña de anzuelos sin lengüeta, de un navajazo separó esos metros del resto, y los tiró dentro de la cabina junto con nuestros prisioneros.

-Y ahí está la prueba, la prueba número 1 de la acusación -continuó Charley-. Contémplela cuidadosamente para que pueda identificarla en la sala, junto con el lugar y la hora de la captura.

Y después, triunfalmente, sin más vacilaciones ni desviaciones, fuimos hacia Benicia, con el Rey de los Griegos bien atado en la cabina, prisionero por primera vez en su vida, de la patrulla pesquera.

Incursión contra los ostreros furtivos

De los distintos patrulleros a cuyas órdenes hemos servido, creo que Charley Le Grant y yo estábamos de acuerdo en que Neil Partingtón era el mejor. No era deshonesto ni cobarde, y aunque exigía una obediencia estricta cuando estábamos a sus órdenes, al mismo tiempo nuestras relaciones eran de amigable camaradería, y nos permitía una libertad a la que por lo general no estábamos acostumbrados, como demostrará el presente relato.

La familia de Neil vivía en Oakland, que está en la Bahía Baja, a menos de seis millas frente a San Francisco. Un día mientras estaba de vigilancia entre los camaroneros chinos de Punta San Pedro, recibió la noticia de que su mujer estaba muy enferma, y aquel mismo día, en menos de una hora, el Reno, salió para Oakland con una fuerte brisa del noroeste a popa.

Llegamos al estuario de Oakland y lanzamos el ancla, y en los días siguientes, mientras Neil estaba en tierra, arreglamos la arboladura del Reno, le cambiamos el lastre, lo rascamos todo y dejamos la balandra en las mejores condiciones posibles.

Librodot

Hecho esto, nos empezó a parecer largo el tiempo. La mujer de Neil estaba gravísima, y teníamos en perspectiva una semana de espera hasta que pasara la crisis. Charley y yo nos paseábamos por los muelles, preguntándonos qué hacer, y así fue como tropezamos con la flota ostrera, que estaba en el muelle de Oakland. En general, se trataba de barcos ligeros, construidos para alcanzar grandes velocidades y afrontar el mal tiempo, y nos sentamos en la escalera del muelle a estudiarlos.

Había vendedores ambulantes que llevaban los carretillos hasta el borde del muelle y logré enterarme del precio al que iban las ostras.

-Ese bote debe tener, por lo menos, por valor de 200 dólares a bordo -calculé-. Me gustaría saber cuánto tiempo lleva sacar una cantidad así.

-Tres o cuatro días -contestó Charley-. No está mal para dos hombres.

El bote de que hablábamos, el Fantasma, estaba inmediatamente debajo de nosotros. Tenía una tripulación de dos hombres, uno de ellos un tipo rechoncho de hombros muy anchos y brazos muy largos, como los de un gorila; el otro, alto y bien proporcionado, ojos de color claro y un mechón de pelo negro y liso. Tan desusada y llamativa era aquella combinación de ojos y pelo que Charley y yo nos quedamos allí más tiempo del previsto, observando a aquel individuo.

E hicimos bien. Después llegó un hombre ya mayor, robusto y de aire próspero, que se puso a nuestro lado a mirar la cubierta del Fantasma. Parecía estar muy enfadado, y cuanto más miraba, más enfadado se ponía.

-Esas ostras son mías -dijo por fin-. Sé que son las mías. Anoche vinisteis a mi criadero a robármelas.

Los del Fantasma levantaron la vista.

-Hola, Taft -dijo el más bajo con úna familiaridad insolente (entre la gente de la Bahía se había ganado el apodo de "El Ciempiés")-. ¿De qué te quejas ahora? cuando Charley se presentó y le explicó lo que quería-. Esos ladrones me están robando miles de dólares al año. Como ya he dicho, ofrezco cincuenta dólares por cabeza, y no me parece demasiado. Me han robado los criaderos, me han destrozado los letreros, han aterrorizado a mis guardas y el año pasado mataron a uno de ellos. No se pudo demostrar nada. Lo hicieron todo en la oscuridad de la noche. Los detectives no pudieron hacer nada. Nunca hemos logrado detener ni a uno de esos hombres. De manera que por eso le digo, señor... ¿cómo dijo que se llamaba

?-Le Grant -contestó Charley.

-Por eso le digo, señor Le Grant, que le agradezco mucho el ofrecimiento de ayuda que me hace. Y colaboraré gustosamente con usted en todo lo que sea. Puede usted disponer de mis guardas y de mis barcos. Venga a verme a mi oficina de San Francisco cuando quiera, o telefonéeme. Y gaste todo lo que haga falta.

-Vamos a ver a Neil -dijo Charley cuando se marchó el señor Taft.

No sólo no opuso Neil Partington ningún obstáculo a nuestra aventura, sino que resultó sernos muy útil.

Charley y yo no sabíamos nada de la industria de la ostra, pero Neil tenía en la cabeza toda una enciclopedia de datos. Además, al cabo de una hora o así nos presentó a un chico griego de 17 ó 18 años que estaba al tanto de todos los detalles de los furtivos.

Más vale que explique que los de la patrulla pesquera éramos crabajadores autónomos, en cierto sentido. Mientras que Neil Partington, como patrullero de plantilla, estaba en nómina, Charley y yo, que éramos meros ayudantes, no cobrábamos más que lo que nos ganábamos, es decir, un determinado porcentaje de las

multas impuestas, a los infractores convictos de las leyes de pesca. Y además, las recompensas, si las había, las cobrábamos nosotros.

Ofrecimos compartir con Partington lo que nos diera el señor Taft, pero el patrullero no quiso ni oír hablar del asunto. Nos dijo que celebraba podernos hacer un favor, después de tantos como nosotros le habíamos hecho a él..

Celebramos un largo consejo de guerra y trazamos el siguiente plan de acción. Nosotros éramos unos desconocidos en la Bahía Baja, pero el Reno era conocidísimo como balandra de la patrulla pesquera, de forma que el chico griego, que se llamaba Nicholas, y yo iríamos en algún barco de aspecto inocente hasta la Isla de los Espárragos para unirnos a la flota de los ostreros furtivos. Allí, según la descripción que hizo Nicholas de los criaderos y de la forma en que los saqueaban, podríámos agarrar a los furtivos en el acto de robar las ostras y al mismo tiempo dejarlos a nuestra merced.

Charley estaría en tierra, con los guardas del señor Taft y un grupo de agentes de policía, para ayudarnos en el momento oportuno.

-Ya sé el barco que os hace falta -dijo Neil al terminar la charla- una balandra absurda y viejísima que está varada en Tiburón. Nicholas y tú podéis ir en el transbordador, fletarla por cuatro perras e iros directamente a los criaderos.

Cuando nos separamos, dos días después nos dijo:

-Que tengáis suerte, chicos. Recordad que son tipos peligrosos, de manera que tened cuidado.

Nicholas y yo logramos fletar la balandra muy barato, y entre risas, mientras izábamos velas, convinimos en que era todavía más absurda y más vieja de lo que nos había hecho esperar la descripción de Neil. Se trataba de una embarcación de quilla plana; grande, con la popa cuadrada, aparejo de balandra, un mástil rajado, el cordaje flojo, las velas medio deshechas y un maniobra desastrosa, marcha torpe y timón incierto olía que apestaba a brea de alquitrán, con cuyo extraño material estaba untada de popa a proa, y del techo del camarote hasta la punta de la orza. Para acabar de arreglarlo, tenía pintado en grandes letras blancas el nombre de Maggie la Embreada a todo lo largo de cada costado.

Tuvimos una travesía tranquila, aunque bastante cómica, desde Tiburón hasta la Isla de los Espárragos, donde llegamos al día siguiente por la tarde. Los furtivos, en una docena de balandras, estaban anclados en los llamados "criaderos abandonados". Maggie la Embreada llegó dando tumbos entre ellos, con una ligera brisa de popa, y todos salieron a cubierta a mirarnos. Nicholas y yo le habíamos aprendido las mañas a aquella barca absurda y la maniobramos para dar la peor impresión posible.

-¿Qué es eso? -preguntó alguien.

-El que lo sepa que se lo quede... -gritó otro.

-¡Apuesto a que es el Arca de Noé! -se burló el Ciempiés desde el Fantasma.

No hicimos caso de las bromas, sino que, cual meros novatos, actuamos como si Maggie la Embreada exigiera toda nuestra atención. Aparentemente, se debió a nuestra torpeza el que la cadena se enredara e impidiese que el ancla llegara al fondo. Y aparentemente, Nicholas y yo estábamos muy nerviosos mientras tratábamos de arreglar aquello. En todo caso, engañamos perfectamente a los furtivos, que se divirtieron enormemente con nuestro problema.

Pero la cadena siguió enredada, y mientras recibíamos toda clase de consejos burlones, fuimos pasando a la deriva y chocamos con el Fantasma, cuyo bauprés se nos metió en la vela mayor y la rasgó casi de parte a parte.El Ciempiés y el Delfín se

morían de risa en la cabina, y nos dejaron que lo arreglásemos lo mejor que pudiéramos. Así lo hicimos de la manera menos marinera posible, y también desenredamos la cadena del ancla, y soltamos unos 90 metros de ella. Como el calado no pasaría de los tres metros, ello permitiría a Maggie la Embreada desplazarse en un círculo de 180 metros de diámetro, en cuyo círculo podía chocar con, por lo menos, la mitad de la flota.

Los furtivos estaban anclados muy cerca unos de otros, unidos con estachas cortas, pues hacía buen tiempo, y protestaron a voces contra nuestra ignorancia por echar tantísima cadena. Y no se limitaron a protestar, sino que nos hicieron volver a levarla casi toda y no dejar más que unos nueve metros.

Tras impresionarlos suficientemente con nuestra falta general de capacidad marinera, Nicholas y yo bajamos a felicitarnos y a preparar la cena. Apenas habíamos terminado de comer y de lavar los platos cuando rozó un chinchorro contra el costado de Maggie la Embreada y sonaron pisotones en cubierta. Después apareció en la escala de cámara la cara brutal del Ciempiés, que bajó al camarote acompañado del Delfín. Antes de que pudieran sentarse en una litera llegó otro chinchorro, y luego otro y otro, hasta que toda la flota estuvo representada en el grupo que teníamos en el camarote.

-¿Dónde habéis afanao este leño? -preguntó un hombre rechoncho y peludo, con ojos crueles y cara de mexicano.

-¡No lo hemos afanao! -respondió Nicholas, haciéndoles frente en su propio terreno, para alentar la idea de que sí lo habíamos robado-. Y, además, ¿qué pasa si es afanao?

-Preferiría pudrirme en una playa antes que llevarme un leño que no puede ni navegar a derechas -se burló el de la cara de mexicano.

-¿Y cómo vamos a saberlo hasta que lo hayamos probao? -preguntó Nicholas con expresión tan inocente que a los otros les dio risa Y siguió inmediatamente:

-Y, ¿dónde están las ostras? Lo que queremos es llevarnos un montón, que es a lo que hemos venido, a llevarnos un montón de ostras.

-¿Pa qué las queréis? -preguntó el Delfín.

-Hombre, pa convidar a nuestros amigos -replicó Nicholas-. Igual que hacéis vosotros, digo yo.

Eso volvió a hacerlos reír, y como nuestros visitantes cada vez estaban de mejor humor, comprendimos que no sospechaban nuestra identidad ni nuescro objetivo.

-¿No te vi el otro día en el muelle de Oakland -me preguntó el Ciempiés.

-Sí -respondí directamente-. Estaba mirándoos y me pregunté si valía la pena ir a ostras o no. He calculado que debe ser buen negocio y por eso hemos venido. Bueno -me apresuré a añadir-, si no os importa a vosotros.

-Te voy a decir una cosa -contestó-, y es que vas a tener que encargarte de conseguir una barca mejor que ésta. No nos puedes avergonzar con un leño así. ¿Comprendes

?-¡Claro que sí! -dije-. En cuanto que vendamos unas cuantas ostras nos pondremos a punto.

-Y si eres legal y buen compañero -continuó-, pues puedes venir con nosotros. Pero si no -y ahora habló con voz seria y amenazadora-, pues puedes pasarlo lo peor de tu vida. ¿Comprendes

?-¡Claro! -dije.

Después, tras más advertencias y amenazas del mismo estilo, la conversación se generalizó y nos enteramos de que iban a saquear los criaderos aquella misma noche.

Cuando volvieron a sus barcos tras pasar una hora con nosotros, nos invitaron a sumarnos a la operación, con la frase de "cuantos más, mejor".

-¿Has visto a ese tío bajito con aire de mexicano? -preguntó Nicholas cuando volvieron todos a sus balandras-. Es Barchi, de la Banda de los Deportistas, y el que vino con él es Skilling. Los dos están en libertad provisional con 5.000 dólares de fianza.

Ya había oído yo hablar de la Banda de los Deportistas, una partida de gamberros y delincuentes que tenía aterrada a la parte baja de Oakland, dos terceras partes de los cuales solían encontrarse siempre en las prisiones del Estado por delitos que iban desde el perjurio y el pucherazo electoral hasta el asesinato.

-No siempre están de furtivos de ostras -continuó Nicholas-. Esos han venido a divertirse y a sacarse unos dólares. Pero tenemos que andarnos con cuidado con ellos.

Nos quedamos sentados en la cabina comentando los detalles de nuestro plan hasta después de las once, cuando oímos el ruido de un remo que llegaba de la dirección del Fantasma. Bajamos nuestro propio chinchorro, echamos dentro unos cuantos sacos y fuimos remando hasta allá. Nos encontramos con que se ha bían reunido todos los chinchorros, pues se trataba de robar las ostras en grupo.

Descubrí sorprendido que apenas si había 30 centímetros de agua, cuando al echar el ancla pasaba de los 3 metros. Era la temporada de las grandes mareas de la luna llena de junio, y como todavía quedaba hora y media de marea baja, comprendí que nuestro anclaje quedaría completamente en seco antes de que llegara la estoa.

Los criaderos del señor Taft estaban a tres millas de distancia, y pasamos mucho rato remando en silencio en la estela de los otros botes, a veces encallando y en todo momento rozando el fondo con los remos. Por fin llegamos a una extensión de barro cubierto por 5 centímetros de agua, como máximo, que no era suficiente para que flotaran los botes. Pero los furtivos saltaron inmediatamente al agua y seguimos avanzando, unas veces tirando de aquellos botes de quilla plana y otras empujándolos.

Tras recorrer media milla por el barro llegamos a un canal profundo que remontamos a remo, entre paredes formadas por bajíos de ostras que se erguían en seco a ambos lados. Por fin llegamos a los criaderos. En uno de los bajíos, dos hombres nos gritaron que nos fuéramos. Pero el Ciempiés, el Delfín, Barchi y Skilling se pusieron a la cabeza y, seguidos por el resto de nosotros, por lo menos 30 hombres en 15 botes, continuamos remando hacia los guardas, que se retiraron ante una fuerza tan abrumadora, y volvieron a llevar su bote por el canal hacia el punto en que debía estar la costa. Además, el plan preveía que se retirasen.

Subimos las proas de los botes para que descansaran en el lado de la costa de un gran bajío y todos, sacos en mano, nos desplegamos y empezamos a recoger las ostras. De vez en cuando se abrían las nubes ante la cara de la luna y veíamos con claridad unas ostras muy grandes. En un momento quedaron llenos los sacos y los volvimos a llevar a los botes, de los que sacamos otros vacíos. Nicholas y yo volvíamos a menudo, preocupados, a los botes con nuestros sacos medio vacíos, pero siempre nos encontrábamos con uno u otro de los furtivos que iban o venían.

-No importa -dijo Nicholas-. No tenemos prisa. Cuando tengan que alejarse más para recogerlas les hará falta más tiempo para volver a los botes. Entonces pondrán los sacos llenos de pie para recogerlos cuando entre la marea y los chinchorros lleguen flotando hasta donde están ellos.

Pasó media hora y había empezado a entrar la marea cuando pasó precisamente eso. Dejamos a los furtivos con su trabajo y volvimos a escondidas a los botes. Uno

por uno, sin hacer ruido, los empujamos... y los atamos todos juntos en una especie de flotilla. Justo cuando estábamos empujando el último de los chinchorros, el nuestro, tropezamos con uno de aquellos hombres. Era Barchi. De un vistazo se dio cuenta de la situación y saltó hacia nosotros, pero nos alejamos de un fuerte empujón y quedó sumergido en agua que le cubría por encima de la cabeza. En cuanto volvió al bajío levantó la voz para dar la alarma.

Remamos con todas nuestras fuerzas, pero con tantos botes que remolcar íbamos despacio. Sonó un tiro de pistola desde el bajío, un segundo y un tercero. Y después fueron auténticas andanadas. Nos silbaban las balas por todas partes, pero la luna estaba tapada por nubarrones, y en aquella oscuridad disparaban al azar. No podían acertarnos más que por casualidad.

-¡Ojalá tuviéramos una lancha! -jadeé.

-Yo prefiero que la luna siga tapada -jadeó en respuesta Nicholas.

Era un trabajo lento, pero a cada golpe de remo nos alejábamos más del bajío y nos acercábamos más a la costa, hasta que por fin cesaron los disparos, y cuando salió la luna estábamos demasiado lejos para correr ningún peligro. Poco después respondimos a una voz desde tierra y se nos acercaron a toda prisa dos lanchas costeras, cada una de ellas impulsada por tres pares de remos. Se inclinó sobre nosotros la cara de Charley, que nos agarró de las manos mientras exclamaba:

-¡Estupendo! ¡Sois estupendos los dos!

Una vez llevada a tierra la flotilla, Nicholas y yo, con uno de los guardas, salimos a remo en una de las lanchas costeras, con Charley en la tilla de popa. Nos siguieron otras dos lanchas, y como ahora la luna lucía clara, podía ver fácilmente a los furtivos en su bajío solitario. Cuando nos acercamos dispararon una ráfaga de sus revólveres y nos retiramos lejos de su alcance.

-Hay tiempo de sobra -dijo Charley-. La marea entra muy rápido, y cuando les llegue el agua al cuello no van a tener más ganas de pelea.

Así que descansamos sobre los remos y esperamos a que la marea hiciera su trabajo. Ese era el problema que tenían los furtivos: igual que bajaba mucho, la marea venía luego a entrar con gran violencia, y ni siquiera el mejor nadador del mundo podía desafiar la distancia de tres millas que quedaban hasta las balandras. Entre los furtivos y la costa estábamos nosotros, lo que les impedía escapar en esa dirección. Además, el agua iba subiendo rápidamente por los bajíos, y no era más que cuestión de horas hasta que les llegase a cubrir por encima de la cabeza.

Hacía una calma bellísima, y a la luz brillante de la luna los observábamos con los prismáticos nocturnos, mientras le contábamos a Charley la travesía a bordo de Maggie la Embreada. Llegó primero la una y luego las dos de la mañana, y los furtivos estaban apiñados en el punto más alto de los bajíos, con el agua hasta la cintura.

Justo entonces oí un gorgoteo apenas perceptible de agua y levanté la mano para pedir silencio, me di la vuelta y señalé hacia una ondulación que se extendía lentamente en un círculo cada vez mayor. No estaría a más de 15 metros de nosotros.

Nos mantuvimos en total silencio y a la espera. Al cabo de un minuto se rompió el agua a dos metros de distancia, y a la luz blanca de la luna se vieron una cabeza negra y un hombro blanco. Con un borboteo de sorpresa y de exhalación repentina, la cabeza y el hombro volvieron a desaparecer.

Dimos unas cuantas remadas hacia adelante y dejamos que nos llevara la corriente. Cuatro pares de ojos surcaron la superficie del agua, pero no se volvió a ver ni una ondulación más, ni a avistar la cabeza negra y el hombro blanco.

-Es el Delfín -dijo Nicholas--. Tendría que hacer pleno día para que pudiéramos atraparlo.

A las tres menos cuarto los furtivos dieron la primera seña de debilidad. Escuchamos gritos de socorro, emitidos por la voz inconfundible del Ciempiés, y esta vez, cuando nos acercamos a remo, no nos dispararon.

El Ciempiés estaba en una situación verdaderamente peligrosa. Los demás furtivos sólo tenían por encima del agua las cabezas y los hombros en su lucha contra la corriente, pero él ya estaría debajo del agua si no fuera porque sus compañeros lo tenían en vilo, y no le llegaban los pies al fondo.

-Bueno, chicos -dijo Charley en tono animado-, os tenemos atrapados y no podéis escaparos. Si os ponéis a las malas tendremos que dejaros en paz y el agua acabará con vosotros. Pero si os portáis bien, os dejamos embarcar, de uno en uno, y os salváis todos, ¿qué decís

?-¡Que sí! -gritaron roncamente a coro.

-Entonces de uno en uno, y primero los más bajitos.

El Ciempiés fue el primero que subimos a bordo, y llegó de buena gana aunque protestó cuando el agente le puso las esposas. Después llegó Barchi, manso y resignado después de la mojadura. Cuando tuvimos diez en nuestra lancha nos retiramos y la segunda tomó su cargamento. la tercera no recibió más que nueve presos, una captura de 29 en total.

-¡Pero no habéis agarrao al Delfín! -dijo exultante el Ciempiés, como si la fuga del otro disminuyera en mucho nuestro triunfo.

Charley se echó a reír:

-Pero de todos modos lo hemos visto -dijo-, jadeando hacia la costa como un cerdo cansado.

Cuando llevamos a la lonja de las ostras a nuestra banda de furtivos, éstos formaban un grupo manso y tiritante. En respuesta a la llamada de Charley se abrió la puerta y de allí salió una deliciosa bocanada de aire caliente.

-Muchachos, aquí os podéis secar la ropa y tomar un café caliente -anunciaba Charley a medida que iban entrando. Y allí, sentado cabizbajo junto al fuego, con un tazón humeante en la mano, estaba el Delfín. De común acuerdo, Nicholas y yo nos volvimos a mirar a Charley. Este rió animado.

-Es cosa de imaginación -dijo-. Cuando se mira una cosa hay que mirarla por todos los lados, porque, si no, ¿de qué vale mirarla? Yo ya había visto la playa, de forma que dejé detrás un par de agentes para que la vigilasen. Nada más.

El asedio del "Reina de Lancashire"

Es posible que nuestra experiencia más exasperante en la patrulla pesquera fuese cuando Charley Le Grant y yo asediamos durante dos semanas un gran buque inglés de cuatro palos. Antes de terminar con el asunto, se había convertido en un difícil problema matemático, y si logramos entrar en posesión del instrumento que aportó su feliz solución fue por pura casualidad.

Tras nuestro ataque a los ostreros furtivos habíamos vuelto a Oakland, donde pasaron dos semanas más hasta que la mujer de Neil Partington salió de peligro e inició su recuperación. De forma que cuando pusimos la proa del Reno rumbo a Benicia llevábamos ausentes, en total, un mes.

Cuando falta el gato juegan los ratones, y en aquellas cuatro semanas los pescadores se habían dedicado a violar la ley descaradamente. Cuando pasamos la Punta San Pedro vimos muchos indicios de actividad entre los camaroneros, y bien adentro de la Bahía de San Pablo observamos por toda ella una flota de pesqueros de la Bahía Alta que izaban a toda prisa sus redes y sus velas.

Eso era lo bastante sospechoso como para justificar una investigación, y el primer y único barco que logramos abordar resultó tener una red ilegal. Inmediatamente detuvimos a los dos pescadores. Neil Partington se llevó a uno de ellos, y Charley y yo seguimos con el otro en el bote capturado.

Pero la flota del arenque ya se había dirigido hacia la costa de Petaluma en fuga desordenada, y en el resto del recorrido por la bahía de San Pablo no vimos ni un solo pescador más.

Nuestro prisionero, un griego bronceado y barbudo iba sentado malhumorado en su red mientras nosotros tripulábamos su bote. Era una salmonera nueva del Río Columbia, evidentemente en su primera salida, y navegaba pero que muy bien.

Charley y yo subimos por el estrecho de Karquines, viramos hacia la cala del astillero de Turner en busca de aguas más tranquilas. Allí había varios buques ingleses de vela, de acero, que esperaban la cosecha del trigo, y allí, en el lugar más inesperado, en el sitio exacto en que habíamos capturado a Alejandro el Grande, nos encontramos con dos italianos, en un esquife que iba cargado con un palangre "chino" en toda regla para la pesca del esturión.

La sorpresa fue mutua, y estábamos encima de ellos antes de que ni ellos ni nosotros supiéramos lo que pasaba. Charley apenas si tuvo tiempo de orzar contra el viento y llegar hasta ellos. Yo corrí a proa y les eché un cable, con órdenes de que lo ataran. Uno de los italianos le dio una vuelta a un soporte, mientras yo me apresuraba a arriar nuestra gran vela tarquina. Una vez hecho esto, la salmonera se quedó a popa, tirando como podía del esquife; pero Charley fue a proa para abordar nuestra presa; cuando tratamos de acercarnos a su costado tirando del cable, los itálianos lo largaron. Inmediatamente empezamos a derivar hacia sotavento, mientras ellos sacaban dos pares de remos e impulsaban su ligera embarcación directamente a barlovento. Esta maniobra nos desconcertó de momento, porque en nuestra barca, grande y muy cargada, no podíamos aspirar a alcanzarlos a remo.

Pero nuestro prisionero vino imprevistamente en nuestra ayuda. Le brillaban ansiosos los ojos negros, y se le habían subido los colores a la cara de excitación contenida al dejar caer la orza, llegar a proa de un solo salto e izar la vela.

-Ya había oído decir yo que los griegos no son nada amigos de los italianos -rió Charley mientras corría a popa, a tomar la caña del timón.

Y jamás en mi vida he visto a nadie tan deseoso de capturar a otro como a nuestro prisionero en la persecución que siguió. Se le salían los ojos de las órbitas, y las aletas de la nariz le temblaban y se le dilataban de la forma más extraordinaria. Charley llevaba el timón y atendía a la vela, y aunque Charley era más rápido y atento que un gato, el griego apenas si podía contener su impaciencia.

Los italianos estaban cortados de la costa, cuyo punto más cercano estaba por lo menos a una milla. Si trataban de llegar a ella, podíamos cambiar el rumbo con el viento por el través y adelantarlos antes de que hubieran cubierto ni una cuarta parte de la distancia Pero eran demasiado listos para intentarlo, y se contentaron con remar vigorosamente hacia barlovento, junto al costado de estribor de un buque grande, el Reina de Lancashire. Sin embargo, más allá del buque había una extensión abierta de

por lo menos dos millas hacia la costa en aquella dirección. Tampoco se atreverían a intentarlo por allí, porque no podíamos por menos de atraparlos antes de que pudieran recorrer la distancia. De forma que cuando llegaron a la proa del Reina de Lancashire no les quedó más remedio que darle la vuelta y pasar por su costado de babor hacia la popa, lo que significaba remar a sotavento y darnos ventaja.

Los de la salmonera, abarloados al viento, dimos una bordada, cruzamos bajo la proa del buque. Después, Charley subió la caña del timón y aproó al costado de babor del buque, mientras el griego largaba la escota y sonreía encantado. Los italianos ya habían recorrido casi la mitad de la longitud del buque, pero la fuerte brisa que nos llegaba a popa nos impulsaba con más rapidez de la que ellos podían remar. Cada vez nos acercábamos más, y ya estaba yo, que me inclinaba sobre la proa, a punto de echar mano al esquife cuando éste viró y nos eludió tras la alta popa del Reina de Lancashire.

La persecución había vuelto prácticamente a empezar. Los italianos iban remando del costado de estribor del buque y nosotros estábamos abarloados al viento y alejándonos lentamente del buque al navegar a barlovento. Después le dieron una vuelta rápida a la proa y empezaron a bogar por el lado de babor, y nosotros dimos una bordada, cruzamos bajo la proa y empezamos a correr tras ellos. Y una vez más, justo cuando iba yo a agarrar el esquife, éste se metió bajo la popa del buque y se alejó del peligro. Y así una y otra vez, vuelta tras vuelta, con el esquife escapándose por los pelos.

Para entonces, la tripulación del buque había visto lo que pasaba y les podíamos ver las cabezas, en una larga fila, mientras nos contemplaban por encima de las amuradas. Nos lanzaron, a nosotros y a los italianos, una lluvia de consejos y de bromas, lo que irritó tanto a nuestro griego que una vez, por lo menos, de cada vuelta les levantaba un puño y se lo sacudía, lleno de rabia. Ya lo esperaban y a cada exhibición lo recibían con unas carcajadas estentóreas.

-¡Vaya un circo! -gritaba uno.

-Pa que luego digan que no hay hipódromos en la mar. ¡Pues tendrían que ver esto! -declaraba otro.

-¡A ver si aguantan seis días seguidos! -anunciaba un tercero.

A la siguiente bordada a barlovento, el griego se ofreció a cambiar de puesto con Charley.

-Dejadme navegar la barca -dijo-. Yo los pesco, los pesco; ¡seguro!

Aquello era una ofensa al orgullo profesional de Charley, pero le cedió la caña del timón al prisionero y se puso a la escota. Volvimos a recorrer el circuito tres veces, y el griego vio que no le podía sacar a la salmonera más velocidad que Charley antes que él.

Entre tanto, yo no había estado ocioso, y por fin se me había ocurrido una idea:

-Sigue, Charley, una vez más -le dije.

A la siguiente bordada a barlovento enganché un cabo corto en un arpeo pequeño que había visto tirado con los trastos de achicar. El extremo del cabo lo amarré a la argolla de proa, y con el arpeo escondido, esperé a la próxima oportunidad de usarlo.

Los italianos volvieron a hacer su recorrido a sotavento por el costado de babor del Reina de Lancashire, y nosotros volvimos a lanzarnos tras ellos viento en popa. Cada vez nos acercábamos más, y yo hacía como si volviera a tratar de agarrarlos,

igual que antes. La popa del esquife estaba a menos de dos metros de distancia, y se reían de mí burlones cuando se metieron tras la popa del buque.

En aquel instante me puse en pie de golpe y les lancé el arpeo. Se enganchó perfectamente en la regala del esquife, que se paró de repente cuando el cable se tensó mientras la salmonera seguía adelante.

Arriba, los marineros soltaron un suspiro de desaliento, que rápidamente se convirtió en una ovación cuando uno de los italianos sacó un machete y cortó el cable. Pero ya no estaban en posición segura, y Charley, desde su puesto en la tilla de popa, alargó el brazo y agarró la popa del esquife.

Todo ocurrió en el espacio de un segundo, pues mientras el primer italiano estaba cortando el cable y Charley echando mano al esquife, el segundo italiano le dio un golpe en la cabeza con un remo. Charley soltó y se cayó, atontado, al fondo de la salmonera, y los italianos volvieron a escapar bajo la popa del buque.

El griego tomó la caña del timón y la escota, y así se reanudó la persecución en torno al Reina de Lancashire, mientras yo me encargaba de Charley en cuya cabeza iba levantándose un feo chichón. Nuestro público de marineros estaba encantado, y vitoreaban como un solo hombre a nuestros italianos fugitivos. Charley se volvió a sentar, con una mano en la cabeza, y miró vidriosamente alrededor.

-Ahora sí que no podemos dejar que se nos escapen -dijo, al mismo tiempo que sacaba su revólver.

A la vuelta siguiente amenazó a los italianos con el arma. Pero ellos siguieron remando impasibles. Y tampoco logramos que se rindieran por miedo, ni siquiera cuando Charley les hizo varios disparos a una distancia peligrosa. No se podía esperar de él que les diera un tiro a hombres desarmados, y ellos lo sabían igual que nosotros.

-¡Vamos a pasarlos por ojo! -exclamó Charley-. ¡Vamos a destrozarlos!

Y continuó la persecución. Pero a la siguiente vez que pasamos bajo la proa vimos que escapaban por la escala del buque, que habían bajado de repente. Se trataba de un acto concertado por parte de los marineros, y evidentemente tolerado por el capitán, pues cuando llegamos allí nosotros, donde estaba la pasarela ya la estaban izando, y también desaparecía de nuestro alcance el esquife, al que habían enganchado en el pescante.

La negociación que siguió con el capitán fue breve y directa. Nos prohibió absolutamente subir a bordo del Reina de Lancashire, y se negó de forma igualmente absoluta a entregarnos a aquellos dos hombres.

Charley estaba ya tan furioso como el griego. No sólo le habían burlado en una persecución larga y ridícula, sino que además los mismos que se le habían escapado, lo habían dejado sin sentido de un golpe en el fondo de su barca.

-¡Que me ahorquen -declaró enfáticamente, dándose un golpe en la palma de una mano con el puño de la otra- si esos dos se me escapan! Me voy a quedar a atraparlos aunque tarde lo que me queda de vida.

Y así empezó el asedio del Reina de Lancashire, asedio memorable tanto en los anales de los pescadores como en los de la patrulla pesquera.

Cuando llegó el Reno, tras su infructuosa persecución de la flota del arenque, Charley encargó a Neil Partington que le enviara su propia lancha salmonera con mantas, provisiones y un hornillo de carbón, de los que usan los pescadores. Al atardecer ya se había hecho el intercambio de lanchas y le habíamos dicho adiós a nuestro griego, que por fuerza tenía que ir a Benicia a que lo encerrasen por sus propias infracciones de la ley.

Después de la cena, Charley y yo nos alternamos en guardias de cuatro horas hasta el amanecer. Los pescadores no intentaron escaparse aquella noche, aunque el buque arrió un bote con fines de exploración, a ver si había moros en la costa.

Al día siguiente nos encargamos de montar un asedio organizado, y perfeccionamos nuestros planes con miras a nuestra propia comodidad. Para ello nos servimos de un muelle, llamado el muelle de Solano, que estaba en la costa de Benicia.

Daba la casualidad de que el Reina de Lancashire, la costa donde estaba el astillero de Turner y el muelle de Solano formaban los vértices de un triángulo equilátero. Del barco a la costa -el lado del triángulo por el que tenían que escapar los italianos- había una distancia igual a la existente entre el muelle de Solano y la costa, el lado del triángulo que habíamos de recorrer nosotros para llegar a tierra antes que los italianos.

Pero como nosotros podíamos navegar a vela mucho más rápido que ellos bogar a remo, podíamos dejarles que recorrieran justo la mitad de su lado del triángulo antes de lanzarnos por el nuestro. Si les permitíamos recorrer más de la mitad del camino, no cabía duda de que podían llegar a tierra antes que nosotros, mientras que si nos lanzábamos antes de que hubieran recorrido ellos la mitad del camino, también era seguro que podían volver al buque antes de que nosotros pudiéramos atraparlos. En la otra dirección, la costa estaba demasiado lejos para que tuvieran ni la más mínima oportunidad de escapar.

Concluimos que una línea imaginaria, trazada desde el final del muelle hasta un molino de viento en un punto más distante de la costa, cortaba exactamente en dos la línea del triángulo por la que tenían que pasar los italianos para llegar a tierra. De forma que esta línea nos facilitaba la determinación de hasta dónde debíamos dejarles llegar antes de lanzarnos en su persecución.

Día tras día los observábamos por nuestros catalejos mientras ellos iban lentamente a remo hasta el punto intermedio, y cuando se acercaban a la línea que llegaba al molino de viento saltábamos a la lancha e izábamos la vela. En cuanto veían nuestros preparativos, daban la vuelta y volvían calmosamente a remo hasta la Reina de Lancashire, perfectamente seguros de que no podíamos alcanzarlos.

Para asegurarnos contra la calma chicha -momento en que nuestra salmonera sería inútil- teníamos dispuesto un esquife ligero a remo equipado con remos de cuchara. Pero en aquellos momentos, cuando no teníamos viento, nos veíamos obligados a salir a remo del muelle en cuanto ellos salían remando el buque. En cambio, por la noche nos veíamos forzados a patrullar en las cercanías inmediatas del buque, y así lo hacíamos, con turnos alternos de guardias de cuatro horas divididos por igual entre Charley y yo.

Los amigos de los italianos establecieron con ellos una clave de señales desde tierra, de forma que nosotros no nos atrevíamos a levantar el cerco ni un momento. Y, además, siempre había uno o dos pescadores de aspecto sospechoso que acechaban en torno al muelle de Solano y se mantenían al tanto de nuestras actividades. No podíamos hacer más que "poner al mal tiempo buena cara", como dijo Charley, aunque aquello nos ocupaba todo el tiempo y nos impedía hacer nada más.

Pasaban los días y la situación no cambiaba. Y no porque no hubiera tentativas de introducir cambios en ella. Una noche vinieron de tierra unos amigos de ellos en un esquife y trataron de engañarnos mientras los dos italianos se fugaban. Si no tuvieron éxito fue porque el pescante del buque estaba un poco falto de aceite; porque el chirrido del pescante fue lo que nos hizo abandonar la persecución del bote recién

llegado, y llegamos junto al Reina de Lancashire justo en el momento en que los dos italianos estaban empezando a arriar su bote.

Otra noche, por lo menos media docena de chinchorros se dedicaron a remar a nuestro alrededor en la oscuridad, pero nos quedamos pegados como una lapa al costado del buque y frustramos su plan hasta que se enfadaron y nos llenaron de insultos.

Charley se retorcía de risa en el fondo de nuestro bote y me dijo:

-Esto es buena señal, muchacho. Cuando la gente empieza a insultar, seguro que está perdiendo la paciencia, y cuando pierde la paciencia, no falta mucho para que pierda la cabeza. Lo que te digo es que si logramos aguantar, un buen día se van a descuidar y entonces los agarramos.

Pero no se descuidaron, y Charley confesó que ésta era una de las veces en que fracasaban todas las previsiones. Parecían tener tanta paciencia como nosotros, y la segunda semana del asedio se fue prolongando monótonamente.

Hubiéramos podido pedir ayuda a los agentes federales y abordar el buque inglés respaldados por la autoridad del Gobierno. Pero las instrucciones de la Comisión de Pesca indicaban que los patrulleros teníamos que evitar las complicaciones, y si en este caso recurríamos a las autoridades superiores podíamos terminar con un lío internacional de cuidado.

Las cosas cambiaron el decimocuarto día por la mañana, y cambiaron por medios tan imprevistos por nosotros como por los hombres a los que intentábamos capturar.

Charley y yo, tras nuestra habitual vigilia nocturna al costado del Reina de Lancashire, llegamos a remo al muelle de Solano.

-¡Hombre! -exclamó Charley sorprendido-. En nombre de la razón y del sentido común, ¿qué es eso? ¿Has visto barco más raro que eso?

Y era lógico su asombro, pues allí, amarrado al muelle, estaba la lancha más extraña que había visto yo en mi vida. Tampoco es que fuera exactamente una lancha, pero se parecía más a una lancha que a ningún otro tipo de embarcación.

Mediría poco más de 20 metros, pero era tan estrecha y tenía tan poca superestructura que parecía mucho más pequeña de lo que era en realidad. Estaba hecha totalmente de acero y pintada de negro. Sus tres chimeneas, bastante distanciadas y colocadas muy a popa, formaban una fila india en los medios, mientras que la proa, larga, esbelta y afilada como un cuchillo, anunciaba claramente que aquel barco estaba construido para alcanzar la mayor velocidad posible. Al pasar bajo la popa leímos la palabra Rayo escrita en letras pequeñas y blancas.

Pocos minutos después estábamos a bordo charlando con un mecánico, que contemplaba el amanecer desde la cubierta. Estaba perfectamente dispuesto a satisfacer nuestra curiosidad, y en unos minutos nos enteramos de que el Rayo había llegado de San Francisco después del oscurecer; de que esta travesía era lo que podríamos decir de prueba, y de que era propiedad de Silas Taft, un joven millonario propietario de minas cuya afición eran los yates superveloces.

Hablamos un rato de motores de turbina, de la inyección directa de vapor y de la ausencia de pistones, vástagos y manivelas. Todo esto me sonaba a griego, pues yo no conocía más que los barcos de vela, pero lo último que dijo el mecánico lo entendí perfectamente:

-Tres mil caballos y 35 nudos por hora, aunque no lo parezca -concluyó orgulloso.

-¿De verdad? ¿De verdad? -exclamó Charley en tono excitado.

-Tres mil caballos y 35 nudos por hora -repitió el mecánico con una sonrisa de satisfacción.

-¿Dónde está el propietario? -fue lo que preguntó después Charley-. ¿Puedo hablar con él?

El mecánico negó con la cabeza:

-No; me temo que no. Está durmiendo, ¿sabe?

En aquel mismo momento salió a cubierta, más a popa, un joven vestido de uniforme azul, que se quedó contemplando el amanecer.

-Ahí está; ese es; ese es el Sr. Taft -dijo el mecánico.

Charley fue a popa y se dirigió a él, y le habló animadamente; el joven lo escuchaba con expresión de interés. Debe haber preguntado qué calado había cerca de tierra junto al astillero de Turner, pues vi que Charley hacía gestos de explicación. Un momento después volvió con una sonrisa de oreja a oreja.

-Vamos chico -dijo-. ¡Ya son nuestros!

Tuvimos suerte en salir del Rayo cuando lo hicimos, pues poco después apareció uno de los pescadores que nos espiaban. Charley y yo ocupamos nuestro puesto de costumbre junto a la escalera, un poco por delante del Rayo y justo encima de nuestra propia lancha, desde donde podíamos vigilar cómodamente al Reina de Lancashire.

No pasó nada hasta las nueve más o menos, cuando vimos que los dos italianos salían del buque y empezaban a remar por su lado del triángulo hacia tierra. Charley parecía totalmente despreocupado, pero antes de que hubieran recorrido una cuarta parte de la distancia me susurró:

-Casi 40 millas por hora; no hay quien los salve... ¡Son nuestros!

Los dos hombres siguieron remando lentamente hasta llegar casi frente al molino de viento. Ese era el momento en que siempre saltábamos a nuestra salmonera e izábamos la vela, y los dos hombres, que evidentemente se esperaban eso, parecieron sorprenderse de que no hiciéramos nada.

El pescador espía, sentado a nuestro lado en la escalera, también estaba sorprendido. No podía comprender nuestra inactividad.

Los hombres del esquife siguieron acercándose a remo a la costa, pero después se pusieron en pie a contemplarla, como si pensaran que estábamos escondidos en tierra. Pero a la playa salió un hombre que les hizo una señal con un pañuelo para indicar que no había moros en la costa. Eso los tranquilizó. Se inclinaron sobre los remos, dispuestos a ir a toda prisa. Y Charley seguía esperando.

Hasta que recorrieron las tres cuartas partes de la distancia desde el Reina de Lancashire, con lo que no les quedaba más que un cuarto de milla para llegar a tierra, me dio Charley en el hombro y gritó:

-¡Son nuestros! ¡Son nuestros!

Corrimos la escasa distancia hasta el costado del Rayo y saltamos a bordo. En un instante se soltaron las amarras de proa y de popa. El Rayo, que había estado acumulando presión todo el tiempo salió disparado del muelle. El pescador espía al que habíamos dejado detrás de nosotros en la escalera sacó un revólver y disparó cinco tiros seguidos al aire. Los hombres del esquife hicieron caso inmediato de la advertencia, pues vimos que remaban como locos.

Pero si ellos remaban como locos, me pregunto ¡cómo describir nuestra propia marcha! Aquello era como ir volando. Tan terrible era la velocidad con que

desplazábamos el agua que a cada lado de nuestra propia proa se levantaba una oleada de agua que espumajeaba a popa en una serie de tres olas tensas y altas, mientras que más a popa nos perseguía una ola gigantesca que formaba una cresta amenazadora, como si en cualquier momento pudiera caer sobre nosotros y destrozarnos.

El Rayo temblaba, se agitaba y rugía como si estuviera vivo. El aire que levantábamos con nuestro avance era como una borrasca, una borrasca de 40 millas por hora. No podíamos hacerle cara, pues nos quedábamos sin aliento. Hacía que el humo saliera recto de las chimeneas en ángulo recto a la perpendicular. De hecho, viajábamos a tanta velocidad como un tren expreso.

-Fuimos como rayos -comentaba Charley después, y creo que esta descripción es más correcta que cualquiera que se me pueda ocurrir a mí.

En cuanto a los italianos del esquife, apenas habíamos zarpado nosotros, me dio la sensación, cuando ya estábamos encima de ellos. Naturalmente, tuvimos que ir frenando a medida que nos acercábamos a ellos, pero incluso así, pasamos rugientes mucho más allá de donde estaban, y nos vimos obligados a volver en círculo para interponernos entre ellos y la playa.

Habían seguido remando firme, levantándose entre los bancos a cada remada, hasta el momento en que los pasamos, cuando nos reconocieron a Charley y a mí. Eso les quitó de la cabeza toda idea de huir. Levantaron los remos y se sometieron malhumorados a la detención.

-Bueno, Charley -dijo Neil Partington más tarde cuando estábamos hablando del asunto en el muelle-. Lo que no entiendo es cómo intervino en este caso tu famosa imaginación.

Pero Charley se mantenía fiel a sus opiniones y preguntó, señalando al Rayo:

-¿Imaginación? ¡Mira eso! ¡No hay más que mirarlo! Si eso no es imaginación, entonces, ¿qué es? Claro -añadió- que es la imaginación de ese tipo, pero de todos modos de algo ha servido.

El "golpe" de Charley

Charley dijo que fue un "golpe", porque había oído a Neil Partington emplear el término, pero yo creo que lo había entendido mal, y lo que quería decir era un "copo", por lo que había atrapado. Pero los pescadores, fuera golpe o copo, deben haber dicho que fue su Waterloo, porque fue el golpe más fuerte que jamás les había asestado la patrulla pesquera.

En la época en que según se dice "se abre la veda", los pescadores podían sacar todos los salmones que la suerte les trajese y que sus botes pudieran transportar. Pero existía una restricción importante. Del anochecer del sábado al amanecer del lunes no se les permitía echar las redes.

Esta disposición de la Comisión de Pesca estaba bien, porque era necesario dejar a los salmones que desovaban alguna oportunidad de ascender el río y poner los huevos. Y los pescadores griegos que capturaban salmones para las fábricas de conservas y el mercado habían observado obedientes esta ley, con sólo alguna infracción que otra.

Un domingo por la mañana, Charley recibió una llamada telefónica de un amigo de Collinsville, que le dijo que todos los pescadores habían salido con sus artes. Charley y yo saltamos a nuestra salmonera y nos pusimos en marcha hacia el lugar del

problema. Con un viento ligero a nuestro favor, pasamos por el estrecho de Karquines, cruzamos la Bahía de Suisun, pasamos el Faro de la isla y nos encontramos con toda la flota dedicada a faenar.

Pero permítaseme primero describir el método con que trabajaban. La red que utilizaban era una de esas verticales para la pesca por enmalle. Tiene una malla sencilla de forma romboidal, con por lo menos 18 centímetros entre los nudos. Estas redes, que miden de 150 a 200 e incluso 250 metros de largo, tienen una boca de sólo unos metros. No se colocan estacionarias, sino que flotan con la corriente, con la parte superior sostenida por boyas, y la inferior hundida por la acción de pesas de plomo.

Este sistema hace que la red se mantenga vertical en la corriente, e impide a todos los peces, salvo los más pequeños, remontar el río. El salmón, que nada cerca de la superficie como tiene por coscumbre, se mete de cabeza en esas mallas y no puede seguir adelante porque el cuerpo es más ancho que la cabeza, ni retroceder porque las agallas lo atrapan en la malla.

Para colocar una de esas redes hacen falta dos pescadores; uno que rema en el bote mientras que el otro, de pie a popa, va echando cuidadosamente la red. Cuando está extendida, cubriendo todo el ancho del río, los marineros amarran el bote a un extremo de la red y se dejan ir a la deriva con ella.

Al irnos acercando a la flota no observamos la actividad nerviosa que nuestra aparición solía provocar. Por el contrario, cada bote seguía tranquilamente amarrado a su red, y los pescadores no nos prestaban la más mínima atención.

Pero no siguió siendo así mucho tiempo, porque al irnos acercando a la red más próxima, los hombres a quienes pertenecía soltaron su bote y fueron remando lentamente hacia tierra. El resto de los botes no dio la menor señal de intranquilidad.

-Qué raro -observó Charley-. Pero, en todo caso, podemos confiscar la red.

Arriamos velas, recogimos uno de los extremos de la red y empezamos a halarla dentro del bote. Pero al primer tirón oímos una bala que silbaba a nuestro lado sobre el agua, seguida del estampido distante de un fusil. Los hombres que habían remado a tierra nos estaban disparando.

Charley le dio la vuelta a una espiga y se sentó. No hubo más disparos. Pero en cuanto empezó a halar otra vez se reanudó el tiroteo.

-Vale -dijo tirando el extremo de la red por la borda-. Parece que os hace más falta que a nosotros, así que os podéis quedar con ella.

Seguimos remando hacia la siguiente red, porque Charley estaba decidido a averiguar si nos estábamos enfrentando con un desafío organizado.

Cuando nos acercamos, los dos pescadores procedieron a soltar la red e irse a remo a tierra, mientras que los dos primeros volvían a remo y se amarraban a la red que habíamos abandonado. Y en la segunda red nos vimos saludados por disparos de fusil hasta que desistimos y seguimos hacia la tercera, donde se volvió a repetir la maniobra.

Entonces renunciamos, totalmente derrotados, izamos la vela e iniciamos el largo regreso a Benicia, a barlovento. Pasaron varios domingos, en cada uno de los cuales se infringió persistentemente la ley. Pero salvo que dispusiéramos de una fuerza de soldados armados, no podíamos hacer nada. A los pescadores se les había ocurrido una idea nueva y la estaban aprovechando al máximo, y no parecía haber forma de que pudiéramos derrotarlos.

Entonces, una mañana, nos vino la idea. Estábamos en el muelle de los vapores, donde desembarcaban los pasajeros de los Vapores fluviales, y donde nos encontramos

Librodot

con un grupo de estibadores y de vagos escuchando muy divertidos lo que contaba un joven de aire somnoliento que llevaba botas altas de pescar. Era una especie de pescador aficionado, decía, que pescaba para vender en el mercado local de Berkeley. Pero Berkeley estaba en la Bahía Baja, a 30 millas de distancia la noche anterior, dijo, había echado la red y se había quedado adormilado en el fondo del bote.

Eso era lo último que recordaba. Cuando volvió a enterarse ya era de mañana, y al abrir los ojos se encontró con que su bote estaba rozándose blandamente contra los pilotes del Muelle de los Vapores de Benicia Además, vio que el vapor fluvial Apache estaba delante de él y que un par de marineros estaban desenredando los girones de su red de la rueda de paletas.

En resumen, después de quedarse dormido se le había apagado la lámpara de pescar y el Apache le había roto la red. Después de deshacerla totalmente, quedaban todavía trozos enganchados, y lo había remolcado las 30 millas.

Charley me dio con el codo. Inmediatamente me di cuenta de lo que pensaba, pero objeté:

-No vamos a fletar un barco de vapor.

-Ni me lo propongo -replicó-. Pero vamos al astillero de Turner. Se me ha ocurrido algo que puede valernos.

Y allí fuimos al astillero, donde Charley se abrió camino hasta el Mary Rebecca, que estaba en el dique seco, donde generalmente se limpiaba y reparaba.

Era un lanchón que ambos conocíamos bien, con una capacidad de carga de 140 toneladas y más superficie de velamen que cualquiera de las goletas de la bahía.

-¿Qué tal, Ole? -Saludó Charley a un sueco alto de camisa azul que estaba engrasando las garras de la cangreja mayor con un pedazo de corteza de cerdo.

Ole Ericsen confirmó la conjetura de Charley de que el Mary Rebecca, en cuanto saliera del dique seco, remontaría el San Joaquín, casi hasta Stockton, a buscar un cargamento de trigo. Entonces Charley le hizo su propuesta y Ole Ericsen meneó la cabeza.

-Basta con un garfio, un garfio de buen tamaño -imploró Charley-. Podemos pasar el extremo del garfio por el fondo desde fuera, y fijarlo por dentro con una tuerca. Después de utilizarlo no tenemos más que bajar a la bodega, desatornillar la tuerca y el garfio se cae solo. Luego, metemos un taco de madera en el agujero y el Mary Rebecca vuelve a estar como nuevo.

Ole Ericsen se mantuvo terco un rato, pero al final, después de cenar con nosotros, logramos su asentimiento.

-¡De acuegdo! -dijo dándose un puñetazo en la mano-. Pego tenéis que dagos pgisa con el gancho. El Magy Gebecca sale del dique seco esta noche.

Era sábado, y Charley efectivamente tenía que darse prisa. Fuimos a la herrería del astillero, donde, a las órdenes de Charley, hicieron un garfio de acero con una curva generosísima.

Volvimos a toda prisa al Mary Rebecca. A popa del cajón de la orza hicimos un agujero por la quilla propiamente dicha. El extremo del garfio lo fijamos desde fuera, y Charley, por dentro, atornilló la tuerca bien apretada. Una vez puesto, el gancho proyectaba más de 30 centímetros bajo la quilla del lanchón. Tenía una curva parecida a la de una hoz, pero más pronunciada.

A la mañana siguiente el sol brillaba fuerte, pero había algo más que marejada en el estrecho de Karquines. El Mary Rebecca se hizo a la mar con dos fajas de rizos en la vela mayor y una en la de trinquete. La mar estaba brava en el estrecho y en la

Bahía de Suisun, pero al ir metiéndonos tierra adentro las aguas fueron calmándose, aunque el viento no aflojaba.

Al llegar frente al Faro de la Isla se soltaron los rizos y por sugerencia de Charley se preparó una gran vela de estay de pesquero para izar, y se montó la gavia, recogida en una tapa en el tope, para que pudiéramos desplegarla en un momento.

Ibamos a toda velocidad viento en popa cuando nos encontramos con la flota salmonera. Allí estaban todos, botes y redes, repartidos ordenadamente por el río hasta donde alcanzaba la vista. Habían dejado un espacio estrecho libre del lado derecho del canal para los barcos a vapor, pero el resto del río estaba cubierto de aquellas redes tan extensas. Este espacio estrecho era nuestro rumbo lógico, pero Charley, al timón, lanzó al Mary Rebecca derecho hacia las redes.

-¡Ahí vamos! -exclamó Charley, mientras nos metíamos en medio de una línea de flotadores que señalaba una red.

A un extremo de esta línea había una boya de barrilete, y al otro extremo estaban los dos pescadores en su bote. Inmediatamente empezaron a aproximarse entre sí el bote y la boya, y los pescadores dieron un grito cuando tiramos de ellos. Un par de minutos después habíamos enganchado una segunda red, y luego una tercera, y así fuimos pasando triunfalmente por el centro de la flota.

La consternación que causamos entre los pescadores fue enorme. En cuanto enganchábamos una red, sus dos extremos, bote y boya, se unían y nosotros los arrastrábamos a nuestra popa, y eran tantos los botes y las boyas los que se unían a tanta velocidad que los pescadores tenían que dedicar todos sus sentidos a no chocar los unos contra los otros.

Una sola red ya frena mucho, e incluso con aquel viento, Charley y Ole Ericsen decidieron el máximo que podía llevarse el Mary Rebecca. De forma que cuando tuvimos enganchadas diez redes, con diez botes que contenían 20 hombres, todos ellos a rastras nuestras, viramos a la izquierda para salirnos de la flota y pusimos proa a Collinsville.

Estábamos todos entusiasmados, y Charley manejaba el timón como si tuviera en sus manos el yate vencedor de una carrera. Los dos marineros que formaban la tripulación del Mary Rebecca bromeaban y se reían. Ole Ericsen se frotaba las manazas con una alegría infantil.

-Creo que los de vuestga patgulla nunca tuviegon tanta suegte como cuando navegag con Ole Egicsen -decía, cuando a popa sonó fuerte un disparo de fusil y una bala trazó un surco en el camarote recién pintado, rebotó en un clavo y salió silbante al espacio.

Aquello era demasiado para Ole Ericsen. Al ver que se violaba de aquel modo su bien amada pintura, dio un salto y les mostró el puño a los pescadores, pero una segunda bala dio en el camarote a menos de 15 centímetros de su cabeza, y se tuvo que tirar a cubierta para protegerse tras la barandilla.

Todos los pescadores tenían fusiles, y ahora iniciaron una andanada en regla. Tuvimos que protegernos todos, incluso Charley, que se vio obligado a soltar el timón. De no haber sido por lo que frenaban las redes no cabe duda de que habríamos hecho capilla y quedado a merced de los furiosos pescadores. Pero las redes, pegadas al fondo del Mary Rebecca bien a popa, mantuvieron ésta al viento, y continuó avanzando, aunque de forma un tanto errática.

Entonces Ole Ericsen se acordó de una plancha grande de acero que llevaba en la bodega. De hecho, era una plancha del New Jersey, un vapor que había naufragado hacía poco, y en cuyo salvamento había participado el Mary Rebecca.

Los dos marineros, Ole y yo gateamos cautelosamente por la cubierta para sacar la plancha de acero y traerla a popa, donde la pusimos en pie como escudo entre el timón y los pescadores. Las balas chocaban y zumbaban contra ella, pero Charley sonreía a su abrigo y seguía pilotando tranquilamente. Así continuamos corriendo, mientras detrás de nosotros arrastrábamos un manicomio de griegos airados y vociferantes, con Collinsville ante nosotros y balas que llovían tableteantes en todo nuestro derredor.

-Ole -comentó Charley en voz baja, ¡No sé qué hacer!

Ole Ericsen, acostado de espaldas junto a la barandilla y sonriendo hacia el cielo, se dio la vuelta de costado y lo miró:

-Yo cgeo que de todos modos ig a Collinsville -dijo.

-¡Pero no podemos pararnos! -gimió Charley-. No se me había ocurrido, pero no podemos pararnos.

Por la cara de Ole Ericsen fue difundiéndose lentamente un gesto de consternación. Era cierto, por desgracia. Teníamos un avispero en nuestras manos, y si nos deteníamos en Collinsville íbamos a recibir miles de picaduras.

-Cada uno de esos tipos tiene un fusil -observó uno de los marineros, como si fuera un chiste.

Al cabo de unos minutos llegabamos a Collinsville y pasamos espumeantes sin detenernos, con el muelle a tiro de galleta del lanchón.

-Espero que se mantenga el viento -dijo Charley.

-¿Qué más da el viento? -preguntó Ole, desconsolado-. Lo que no nos va a dugag mucho es el gío, y entonses...

-Habrá que subirse a los árboles y que los griegos se las arreglen como puedan -sentenció el marinero chistoso.

Habíamos llegado a una encrucijada. A la izquierda estaba la embocadura del Río Sacramento, a la derecha la del San Joaquín. El marinero chistoso fue a gatas a proa y acuarteló la vela de trinquete, mientras Charley daba un golpe de timón a estribor, y nos lanzamos por la derecha hacia el San Joaquín. El viento, que hasta ahora nos llegaba completamente a popa, pasó a estar por el través, y la Mary Rebecca se escoró del lado de babor como si estuviera a punto de naufragar.

Seguimos avanzando a toda marcha, con los pescadores arrastrados a gran velocidad tras nosotros. El valor de sus redes era mayor que el de las multas que tendrían que pagar por infringir las leyes sobre pesca, de manera que de poco les valía largar las redes y escaparse, lo que les hubiera resultado fácil. Además, se había despertado en ellos el deseo de venganza, y podíamos contar con que nos siguieran hasta el confín del mundo si es que los podíamos remolcar hasta allí.

Habían cesado los disparos de fusil y miramos hacia atrás a ver qué hacían. Los botes estaban repartidos a distancias irregulares, y vimos que los cuatro más cercanos iban formando un grupo. Para ello el bote de delante echaba un cable corto por la popa al inmediatamente siguiente. Cuando lo cogían, largaban de su red y halaban del cable hasta que se ponían a la altura del bote de delante.

Pero avanzábamos a tal velocidad que esta faena llevaba mucho tiempo. A veces, los hombres tiraban con todas sus fuerzas y no lograban avanzar ni un centímetro con el cable, otras avanzaban con más rapidez.

Cuando los cuatro botes estuvieron lo bastante cerca para que un hombre pasara del uno al otro, un griego de cada uno de los tres se metió en el bote más próximo a nosotros sin soltar su fusil. Así quedaban cinco en el más próximo, y era evidente que se proponían abordarnos. Procedieron a intentarlo, para lo cual utilizaron la fuerza bruta, a base de avanzar mano sobre mano utilizando la línea de flotadores de una red. Y aunque tardaban y tenían que pararse a menudo a descansar, cada vez se iban acercando más.

Charley sonrió ante sus esfuerzos y dijo:

-Métele la gavia, Ole.

Deshicimos el paquete del tope del mayor y salieron de golpe la vela y la cargadera, enmedio de una ráfaga irregular de disparos de fusil de los botes, y el Mary Rebecca salió disparado a mayor velocidad todavía que antes.

Pero los griegos no cejaban. Como a aquella mayor velocidad no podían seguir acercándose a mano, organizaron con los motones de sus velas lo que los marineros llaman "aparejo de guardia". Uno de ellos, sostenido de las piernas por sus compañeros, se inclinaba por encima de la proa y enganchaba el aparejo en la línea de flotadores. Después se ponían todos a halar hasta unir los motones, momento en que repetían otra vez la maniobra.

-Hay que meter la vela de estay -dijo Charley.

Ole Ericsen contempló el Mary Rebecca, que ya iba muy forzado, y dijo mientras negaba con la cabeza:

-Se quedagía sin mástiles.

-Y si no se la metemos nos quedamos sin vida -replicó Charley.

Ole contempló preocupado sus mástiles, echó una mirada al bote lleno de griegos armados y consintió.

Aquellos cinco hombres estaban en la proa del bote, mal lugar cuando un bote va a remolque. Yo contemplaba el comportamiento del bote cuando desplegamos la gran vela de estay de pesquero, mucho, mucho más grande que la gavia y que no se utiliza más que cuando la brisa es leve.

Cuando el Mary Rebecca aceleró de un salto, con un tirón tremendo, la proa del bote se hundió en el agua, y los hombres cayeron unos sobre otros en su carrera hacia popa para impedir que todo el bote se hundiera bajo el agua.

-¡Se acabó con ellos! -observó Charley, aunque estudiaba preocupado el comportamiento del Mary Rebecca, que navegaba con mucha más lona de la que podía desplegar en condiciones de seguridad.

-¡Próxima parada, Antioch! -anunció el marinero chistoso como si fuera un revisor de tren-. Y después viene Merryweather.

-¡Ven aquí, rápido! -me dijo Charley.

Gateé por cubierta y me puse en pie al llegar a él, al abrigo de la plancha de acero.

-Mete la mano en el bolsillo de dentro -me ordenó-, y saca mi bloc de notas. Así. Arranca una página en blanco y escribe lo que te dicto.

Escribí lo siguiente:

"Telefoneen a Merryweather, al agente de policía, al sheriff o al juez. Díganles que estamos a punto de llegar y que movilicen a todo el pueblo. Que todos vengan armados. Que bajen al muelle a recibirnos, porque si no somos hombres muertos".

-Ahora átalo a ese pasador y prepárate para tirarlo a tierra.

Hice lo que me ordenaba. Ya estábamos llegando a Antioch. El viento rugía entre nuestra arboladura, el Mary Rebetca iba completamente escorado y corría como un galgo marino. Los marineros de Antioch nos habían visto y corrían a las puntas del muelle a ver qué pasaba.

Cruzamos el puente a toda velocidad, con Charley ciñéndose al muelle hasta que casi se podía sáltar a tierra. Cuando me dio la señal tiré el pasador.

Todo pasó en un relámpago, pues al momento siguiente habíamos dejado atrás Antioch y avanzábamos San Joaquín arriba hacia Merryweather, a seis millas de distancia. Allí el río hacía una recta, de forma que nuestro rumbo era casi directo al este y braceamos en cruz para ajustarnos al viento.

Afinamos la vista a ver si distinguíamos el pueblo, y en cuanto lo avistamos nos dio un alivio inmenso. Los muelles estaban llenos de gente. Cuando nos acercamos vimos que todavía seguían llegando, que bajaban corriendo por la calle mayor, y casi todos ellos llevaban un arma en la mano. Charley miró hacia popa a los pescadores, con un gesto de dominación en la mirada que hasta entonces no había mostrado.

Evidentemente, los griegos estaban impresionados por aquella exhibición de fuerza armada y empezaron a soltar sus fusiles.

Arriamos la gavia y la vela de estay, además de la driza mayor, y cuando llegamos junto al muelle principal, acuartelamos la vela mayor. El Mary Rebecca dio la vuelta con el viento -con los pescadores cautivos trazando un gran arco tras él-y siguió adelante hasta perder velocidad, momento en que echamos las amarras a tierra y nos detuvimos.

Ole Ericsen lanzó un gran suspiro:

-Cgeí que nunca volvegía a veg a mi muheg -confesó.

-Pero, hombre, si no hemos corrido el menor peligro -dijo Charley.

Ole lo contempló incrédulo.

-Pero no te quepa duda -siguió Charley-. En cualquier momento nos bastaba con soltar de nuestro lado, que es lo que voy a hacer ahora para que esos griegos puedan desenredar sus redes.

Bajó a la bodega con una lláve inglesa, desatornilló la tuerca y dejó que el garfio cayera al fondo. Cuando los griegos metieron las redes en sus botes y lo pusieron todo en orden, un grupo de ciudadanos nos los quitó de encima.

Demetrios Contos

No debe pensarse por lo que he contado en varias ocasiones que todos los pescadores griegos fueran malos. Ni mucho menos. Pero eran tipos duros, agrupados en comunidades aisladas y obligados a combatir con los elementos para ganarse la vida. Vivían muy lejos de la ley y sus exigencias, no la comprendían y la consideraban una tiranía.

Las leyes sobre la pesca les parecían especialmente tiránicas, y por eso consideraban que la gente de la patrulla pesquera era sus enemigos naturales.

Pero esta historia de Demetrios Contos la cuento para demostrar que eran tan capaces de actuar con generosidad como de odiar a muerte.

Demetrios Contos vivía en Vallejo. Después de "Alejandro el Grande" era el más corpulento, el más valiente y el más influyente de los griegos. No nos había

creado ningún problema, y probablemente nunca hubiera tropezado con nosotros si no hubiera invertido su dinero en una salmonera nueva.

Había hecho que se la construyeran conforme a sus propias instrucciones y en ellas se habían modificado algo las normas de las salmoneras corrientes.

Para gran alegría suya, su nueva lancha era muy rápida; de hecho, más rápida que ninguna otra lancha de la bahía ni de los ríos. Eso le hizo sentirse orgulloso y bravucón, y cuando nuestra incursión con el Mary Rebecca contra los salmoneros dominicales atemorizó a éstos, envió un desafío a Benicia.

Nos lo contó uno de los pescadores locales, y consistía en que al día siguiente Demetrios Contos llegaría de Vallejo y echaría las redes y pescaría salmones, de modo que todo el mundo pudiera verlo en Benicia, y que Charley Le Grant, el patrullero, fuera a atraparlo si podía.

Llegó el domingo. El desafío había recibido mucha publicidad, y todos los pescadores y los marineros de Benicia vinieron a verlo, amontonados en el Muelle de los Vapores hasta que parecía que aquello fuera la general de un partido de fútbol.

Por la tarde, cuando ya soplaba fuerte la brisa, apareció a la vista de todos la vela del griego, que llegaba viento en popa. Viró a seis metros del muelle, saludó con la mano teatralmente, como un caballero medieval a punto de entrar en liza, recibió a cambio un vítor unánime y se alejó doscientos metros por el estrecho.

Después arrió la vela, y dejando que el bote bajase de costado con el viento, procedió a echar su red.

No es que la echara toda, quizá unos 15 metros, pero Charley y yo nos quedamos estupefactos ante el descaro de aquel hombre.

Entonces no lo sabíamos, aunque después nos enteramos, pero la red que utilizó era muy vieja y no valía para nada. Claro que con ella se podian capturar peces, pero una captura de dimensiones mínimas habría deshecho la red en mil pedazos.

Charley meneó la cabeza y dijo:

-La verdad es que no lo entiendo. ¿Qué importa que no haya echado más que 15 metros? Si nos lanzamos a él no podría recogérla. Y, en todo caso, ¿qué viene a hacer aquí, a exhibir su infracción delante de nuestras narices?

Entre tanto, el griego se dejaba mecer en la popa de su bote y contemplaba los flotadores de la red. Cuando un pez grande se enmalla en una red vertical, su presencia se anuncia por la agitación de los flotadores. Y evidentemente así ocurrió ahora con Demetrios, porque de pronto sacó casi 4 metros de red y los tuvo en alto un momento, antes de tirar al fondo del bote un salmón grande y reluciente.

El público que había en el muelle lo saludó con varias rondas de vítores.

Esto ya era más de lo que Charley podía soportar.

-¡Vamos, muchacho! -me gritó, y no perdimos tiempo en saltar a nuestra lancha salmonera e izar la vela.

La multitud alertó a gritos a Demetrios, y cuando nosotros salimos disparados bajo el muelle vimos que se desprendía de su vieja red inútil de un tajo con un cuchillo largo.

Tenía preparada la vela para izarla, y un momento después estaba ondeando en la brisa. Corrió a popa, tiró de la escota e inició la larga bordada hacia los cerros de Contra Costa.

Entonces no estaríamos a más de diez metros de distancia. Charley estaba entusiasmado. Sabía que nuestra lancha era rápida y sabía además que eran pocos quienes podían compararse con él en la navegación, en situaciones de apuro. Estaba

convencido de que no cabía duda de que íbamos a capturar a Demecrios, y yo compartía su seguridad. Pero, sin que pudiéramos explicárnoslo, parecía que no acortábamos distancias.

Hacía una brisa muy buena para navegar. Nos deslizábamos rápidos por el agua, pero Demetrios se alejaba de nosotros. Y no sólo iba más rápido, sino que aprovechaba una fracción de cuarta de viento más que nosotros. Así apreciamos claramente cuando cambió de bordo bajo los cerros de Contra Costa y nos pasó en la otra derrota a más de treinta metros a barlovento.

-¡Fiuu! -silbó Charley-. O esa lancha es una maravilla o llevamos una lata de petróleo de cinco galones pegada a la quilla.

Desde luego, parecía lo uno o lo otro, y para el momento en que Demetrios llegó frente a los cerros de Sonoma, al otro lado del estrecho, estábamos ya tan desesperadamente distanciados que Charley me dijo que aflojase la escota y pusimos rumbo a Benicia.

Los pescadores del Muelle de los Vapores nos cubrieron de burlas cuando llegamos y amarramos nuestra lancha.

Charley y yo desembarcamos y nos fuimos, sintiéndonos un tanto avergonzados, porque no es nada agradable para el amor propio cuando cree uno que tiene un buen barco y sabe manejarlo y llega otro y le vence a uno.

Charley estuvo mohíno con el asunto un par de días; después nos llegó el rumor de que al domingo siguiente Demetrios Contos iba a repetir su actuación. Charley despertó. Hizo sacar del agua nuestra lancha, limpió y reparó el fondo, hizo una diminuta modificación de la orza, reparó el aparejo y se pasó la mitad de la noche del sábado sin dormir, cosiendo una vela nueva y mucho mayor. De hecho, tan grande la hizo que necesitamos más lastre, y colocamos en el fondo de la lancha casi 250 kilos más de hierro viejo de ferrocarril.

Llegó el domingo, y con él llegó Demetrios Contos. Volvió a soplar la brisa vespertina y Demetrios volvió a deshacerse de un tajo de 12 o más metros de su red podrida, y se hizo a la vela debajo de nuestras mismas narices. Pero había previsto lo que haría Charley, y su propia vela era más alta que nunca, además de haber añadido toda una lona a la baluma.

Para el momento en que hicimos la bordada de retorno a los cerros de Sonoma no podíamos dejar de ver que, aunque íbamos a igual velocidad, Demetrios había aprovechado un mínimo más de viento que nosotros.

Claro que Charley podría haber sacado el revólver y disparado contra Demetrios, pero hacía mucho tiempo que habíamos decidido que nos resultaba antinatural disparar contra un culpable de un delito de menor cuantía que trataba de huir. Además, parecía que se hubiera llegado a un acuerdo tácito entre los patrulleros y los pescadores. Si no les disparábamos cuando huían, ellos a su vez no combatirían si les echáramos mano.

Así que Demetrios Contos huyó de nosotros, y nosotros no hicimos más que tratar con todas nuestras fuerzas de atraparlo, y si nuestra lancha resultaba ser más rápida que la suya, o le sacábamos mejor partido, sabíamos que no opondría resistencia cuando lo cogiéramos. Pero era en vano que tratásemos de atraparlo.

-¡Afloja la escota! -ordenó Charley, y al ir aflojando nosotros ante el viento nos llegó flotando la risa burlona de Demetrios.

Charley meneó la cabeza, diciendo:

-No hay nada que hacer. La lancha de Demetrios es mejor. Si vuelve a repetir su numerito, tendremos que preparar un plan diferente.

Esta vez fue mi imaginación la que vino en nuestro rescate.

-¿Qué te parece -sugerí al miércoles siguiente-, si el domingo que viene yo persigo a Demetrios con la lancha y tú lo esperas en el muelle de Vallejo?

Charley estudió la pregunta un momento y se dio un golpe en la rodilla.

-¡Buena idea! Estás empezando a utilizar la cabeza. Pero todo el mundo se enterará de que he ido a Vallejo y entonces puedes estar seguro de que Demetrios también se enterará.

-No -repliqué-. El domingo tú y yo estamos en Benicia justo hasta el momento en que aparezca Demetrios. Así nadie sospecha nada. Después, cuando se empiece a ver la vela de Demetrios, te vas tranquilamente paseando pueblo arriba. Todos los pescadores creerán que estás vencido y que reconoces tu derrota.

-Hasta ahora, vas bien -Comentó Charley mientras yo hacía una pausa para tomar aliento.

-En cuanto te hayas perdido de vista -continué-, te echas a correr a toda velocidad a casa de Dan Maloney. Te llevas esa yegüita que tiene y vas por carretera a Vallejo. La carretera está muy bien, y puedes llegar en menos tiempo del que le lleva a Demetrios recorrer todo ese camino contra el viento.

-Y mañana por la mañana lo primero que hago es encargarme de lo de la yegua -dijo Charley.

Como de costumbre, el domingo y Demetrios Contos llegaron juntos. Ya se había convertido en una costumbre que los pescadores se reunieran en el Muelle de los Vapores a saludar su llegada y reírse de nuestros apuros. Arrió la vela de 200 metros mar adentro y lanzó sus habituales 15 metros de red podrida.

-¡Supongo que esta estupidez va a durar tanto tiempo como le dure esa red vieja! -gruñó Charley intencionadamente al alcance del oído de varios griegos-. ¡Hasta luego, muchacho! -me dijo un momento después-. Creó que me voy a ir a ver a Dan Maloney.

-¿Puedo sacar yo la lancha? -pregunté.

-Si quieres -fue su respuesta mientras giraba sobre sus talones y se iba lentamente a pie.

Demetrios sacó de su red dos salmones grandes y yo salté a la lancha. Los pescadores se hacinaron con ganas de divertirse y, cuando empecé a izar la vela, me abrumaron con todo género de consejos burlones.

Pero yo no tenía prisa. Esperé para dar a Charley todo el tiempo posible, e hice como que estaba descontento con la forma en que se tensaba la vela y cambié ligeramente el aparejo pór el que sube la tarquina hasta la cresta. Hasta que estuve seguro de que Charley había llegado a casa de Dan Maloney no me separé del muelle ni desplegué la gran vela al viento. Se llenó a la primera ráfága y de pronto hizo bajar tanto la regala de sotavento que entraron a bordo dos cubos de agua.

Cosillas así les ocurren incluso a los mejores marineros de embarcaciones pequeñas, pero aunque inmediatamente solté la escota y enderecé; recibí gritos sarcásticos, como si acabara de cometer la mayor torpeza.

Cuando Demetrios vio que en la patrullera no había más que una persona, y que encima era un muchacho, se dedicó a jugar conmigo. Tras dar una bordada corta, volvió, con la vela un poco suelta hacia el Muelle de los Vapores. Y allí.se quedó

dando bordadas cortas, con vueltas y revueltas y giros, para delicia de su público de incondicionales.

Yo me mantuve justo detrás de él todo el tiempo, y me atrevía a hacer todo lo que él hacía, incluso cuando se ponía perpendicular al viento y acuartelaba su enorme vela, truco peligrosísimo con una vela así y un viento así.

El contaba con la fresca brisa y con la marea, que era fuerte, pues ambas cosas juntas hacían que la mar estuviera agitada, para crearme problemas. Pero yo estaba en forma y, aunque me esté mal el decirlo, nunca en mi vida he llevado un bote mejor que aquel día.

En cambio, el que tuvo problemas fue Demetrios. Algo le pasó a su orza, que se quedó encajada y no bajaba todo lo necesario.

En un ratito en que tuvo un momento de pausa, conseguido gracias a un truco hábil, vi que estaba trabajando impaciente con la orza, tratando de forzarla para que bajase. Le concedí poco tiempo y se vio obligado a volver rápido al timón y la escota.

La orza lo preocupaba. Dejó de jugar conmigo y empezó la larga travesía hacia Vallejo.

Para gran alegría mía, en la primera bordada larga vi que me podía ceñir al viento algo más que él. Ahora era cuando hubiera venido bien llevar a otro hombre en el bote, porque conmigo a sólo unos metros a su popa, no se atrevía a soltar la caña del timón y correr a los medios para tratar de bajar la orza por la fuerza.

Como ahora ya no podía aprovechar el viento tanto como antes, pasó a aflojar un poco la escota y largar un poco, a fin de sacarme más distancia. Se lo permití hasta que logré ponerme a barlovento, cuando me lancé hacia él.

Al acercarme hizo como que iba a cambiar de bordo. Eso me obligó a virar a bárlovento para impedírselo. Pero no era más que una finta, hábilmente ejecutada, y mantuvo su rumbo mientras que yo tuve que apresurarme para recuperar la distancia que me había sacado.

Indudablemente era mejor que yo en la maniobra. Una vez tras otra estuve a punto de alcanzarlo, y a cada vez me engañaba y se escapaba Además, el viento no hacía más que refrescar y ambos estábamos ocupadísimos en evitar un vuelco.

El reflujo, que era muy fuerte en el escrecho, sumado al viento, hacía que la mar estuviera desusadamente brava y mala, y nos entrara constantemente a bordo. Yo estaba empapado, e incluso la vela estaba mojada hasta media baluma. Una vez logré una maniobra mejor que la de Demetrios, de forma que le choqué con la proa en los medios.

Ahora era cuando me hacía falta otro hombre. Antes de que yo pudiera ir a proa y saltar a su bote, separó los dos con un remo, mientras se me reía burlón en la cara.

Estábamos ya en la boca del estrecho, en un trecho de mala mar. Era donde el estrecho de Vallejo y el de Karquines se enfrentan directamente.

Por el primero corrían todas las aguas del Río Napa y de las grandes marismas; por el segundo llegaban todas las aguas de la Bahía de Suisun y de los ríos Sacramento y San Joaquín. Y por donde corrían rápidos a unirse tan inmensos cauces de agua, se producían unas resacas y unas corrientes terribles.

Para empeorar las cosas, el viento rugía Bahía de San Pablo arriba en una extensión de unas 15 millas, y encrespaba enormemente el agua de aquel trecho. Corrientes encontradas fluían en todas las direcciones y chocaban entre sí, formando vórtices, puntos de succión y borbotones, o saltaban despechadas hacia arriba para formar olas huecas que entraban a bordo, tanto de sotavento como de barlovento. Y en

medio de todo ello, confusos, impulsados por una locura de movimientos, atronaban los grandes mares humeantes de la Bahía de San Pablo.

Yo estaba tan excitado y fuera de mí como el agua. La lancha se estaba comportando magníficamente, y saltaba y se revolvía en aquella confusión como un caballo de carreras. Apenas si podía contener la alegría que me causaba aquello. Y justo entonces, mientras yo avanzaba a toda velocidad como un héroe triunfante, la lancha recibió un golpe imponente e inmediatamente quedó detenida. Yo salí despedido a proa y al fondo.

Al ponerme en pie de un salto entreví un momento un objeto verdoso recubierto de percebes, e inmediatamente comprendí lo que era: el terror de los navegantes, un pilote hundido.

No existe quien pueda protegerse contra una cosa así. Como estaba saturado y flotaba bajo la superficie, era imposible verlo en aguas agitadas a tiempo para huir de él.

Debe haber reventado toda la proa de la lancha, porque en unos segundos estaba ésta medio llena de agua. Después llegaron un par de olas que acabaron de llenarla y se hundió de golpe, arrastrada al fondo por el gran lastre que llevaba. Todo aquello ocurrió a tal velocidad que me vi enredado en la vela y arrastrado abajo. Cuando logré llegar hasta la superficie, sofocado, con los pulmones a punto de estallar, no pude distinguir los remos. Aquellas corrientes caóticas debían habérselos llevado. Vi que Demetrios Contos miraba hacia atrás desde su bote, y escuché los tonos vengativos y burlones de su voz, mientras gritaba éxultante. Mantuvo decididamente su rumbo y me abandonó a mi muerte.

No me quedaba otra cosa que hacer que echarme a nadar, lo que en aquella loca confusión era algo que, en el mejor de los casos, no podría mantener más que unos momentos. Contuve el aliento y me despojé con las manos de la chaqueta y de mis pesadas botas marineras. Pero no podía respirar muy hondo, y pronto descubrí que no era tan importante nadar como respirar.

Me vi zarandeado y golpeado, hundido por la fuerza de las grandes olas de San Pablo, y estrangulado por las olas huecas de la resaca que se me metían en los ojos, la nariz y la boca. Después, aquellos extraños puntos de succión me agarraban en las piernas y me hacían hundir, para después lanzarme hacia arriba en los feroces borbotones, y luego, justo cuando intentaba recuperar el aliento, se me echaba encima una ola enorme.

Era imposible sobrevivir mucho tiempo. Estaba tragando más agua que aire y ahogándome poco a poco. Empecé a perder el sentido, y la cabeza me empezó a dar vueltas. Seguí luchando espasmódicamente, de forma instintiva, y apenas si estaba semiconsciente cuando sentí que me agarraban de los hombros y me subían sobre la regala de una barca.

Me quedé un rato echado encima de un banco, donde me habían puesto, cabeza abajo, mientras me salía el agua de la boca. Después, todavía débil y desmayado, me di la vuelta a ver quién me había rescatado. Y allí a popa, con la escota en una mano y la caña del timón en la otra, sonriente y haciendo gestos de buen humor, estaba Demetrios Contos.

Se había propuesto dejar que me ahogara -según me dijo más tarde-, pero sus mejores instintos entraron en liza, ganaron la batalla y lo hicieron volver por mí.

-¿Estás bueno? -preguntó.

Logré formar un "sí" con los labios, aunque todavía no podía hablar.

-Navegas el barco mucho bien -comentó-. Mismo de bueno que un hombre.

Un cumplido en boca de un hombre como Demetrios Contos era mucho cumplido, y lo agradecí mucho, aunque no pude más que asentir con la cabeza para reconocerlo.

No hablamos más, porque me costaba trabajo recuperarme y él estaba ocupado con el bote. Llegó hasta el muelle de Vallejo, amarró el bote y me ayudó a desembarcar. Entonces, cuando ya estábamos los dos en el muelle, apareció Charley, que estaba escondido detrás de una pila de redes y le puso la manó á Demetrios en el brazo.

-Me ha salvado la vida, Charley -protesté-, y no creo que debamos detenerlo.

Charley hizo un gesto de confusión, pero se le pasó inmediatamente, como ocurría siempre que había tomado una decisión.

-No puedo evitarlo, chico -dijo, aunque en tono cariñoso-. No puedo traicionar mis obligaciones, y evidentemente estoy obligado a detenerlo. Hoy es domingo, y en el bote lleva dos salmones que ha pescado hoy. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Pero me ha salvado la vida -persistí, sin poder aducir otro argumento.

A Demetrios Contos se le puso la cara negra de ira cuando se enteró de la decisión de Charley. Le parecía que se le estaba tratando injustamente. Había actuado con generosidad y salvado la vida de un enemigo indefenso, y a cambio el enemigo lo llevaba a la cárcel.

Charley y yo no estábamos en la mejor de las relaciones cuando volvimos a Benicia. Yo defendía el espíritu de la ley, y no la letra; pero Charley se atenía a la letra. Que él pudiera ver, no podía hacer otra cosa.

La ley decía claramente que en domingo no se podía pescar ni un salmón. El era patrullero y tenía el deber de imponer el respeto de esa ley. Y no había más que hablar.

Dos días después fuimos al juicio a Vallejo. Yo tuve que ir como testigo, y la tarea más repugnante que jamás haya realizado en mi vida fue cuando hube de declarar desde el banquillo de los testigos que había visto a Demetrios pescar dos salmones.

Demetrios había contratado a un abogado, pero su caso no ofrecía la menor esperanza. El jurado se ausentó sólo 15 minutos, y determinó que Demetrios era culpable. El juez sentenció a Demetrios a pagar una multa de 100 dólares o pasar 50 días en la cárcel.

Charley se acercó inmediatamente al secretario del juzgado.

-Yo pago esa multa -dijo, al mismo tiempo que depositaba en el escritorio 20 monedas de oro de cinco dólares-. Era lo único que se podía hacer, chico -dijo, volviéndose hacia mí.

Se me saltaron las lágrimas y le di la mano.

-Quiero pagar... -empecé...

-¿Quieres pagar tu mitad? -me interrumpió-. Naturalmente; eso espero.

Entre tanto, su abogado habíá informado a Demetrios de que Charley también había pagado sus honorarios.

Se acercó Demetrios a darle la mano a Charley, con la cara encendida porque se le había subido toda su caliente sangre meridional.

Después, para no permitir que nadie fuera más generoso que él, insistió en pagar él la multa y los honorarios de su abogado, y casi se muere de rabia cuando Charley se negó.

Creo que aquel acto de Charley convenció a los pescadores del significado profundo de la ley mejor que ninguna otra cosa que jamás hayamos hecho. Además,

Charley subió mucho en su estima, y a mí me correspondió mi parte de sus elogios como muchacho que sabía manejar un bote. Demetrios Contos no sólo no volvió a infringir la ley, sino que se hizo muy amigo nuestro y más de una vez vino a Benicia a pasar un rato charlando con nosotros.

"Pañuelo Amarillo"

-No es que quiera darte órdenes, muchachó -dijo Charley-, pero estoy muy en contra de que hagas una última operación. Ya has salido sano y salvo en varias ocasiones de choques con gente de armas tomar, y sería una pena que te pasara algo justo al final.

-Pero, ¿cómo no voy a hacer una última operación? -pregunté-. Ya sabes que siempre tiene que haber un último de todo.

-Muy cierto. Pero, ¿por qué no decir que la captura de Demetrios Contos fue la última? Has vuelto de ella sano y salvo, aunque te diste una buena mojadura y... y... -se le quebró la voz y por un momento no pudo seguir-, y jamás podría perdonármelo si ahora te fuese a pasar algo.

Me reí de los temores de Charley, aunque cedí a lo que por afecto me pedía, y convine en considerar que ya había hecho mi última operación.

Habíamos pasado dos años juntos, y ahora yo me marchaba de la patrulla pesquera para volver a terminar mis estudios. Había ganado y ahorrado dinero suficiente para que me durase cuatro años de escuela superior, y aunque faltaban unos meses para el principio del trimestre, me proponía estudiar mucho para los exámenes de ingreso.

Mis pertenencias estaban bien embaladas en un cofre marino y ya estaba yo listo para ir a comprar el billete y tomar el tren de Oakland cuando llegó a Benicia Neil Partington. Hacía falta el Reno inmediatamente para una operación al extremo de la Bahía Baja, y Neil dijo que se proponía ir directamente a Oakland. Como él vivía allí, y yo iba a quedarme con su familia durante mis estudios no veía ningún motivo, dijo, para que no embarcase mi baúl y me fuera con él.

A media tarde izamos la gran vela mayor del Reno y zarpamos. Era un día sugerente de otoño. La brisa, que había soplado constantemente todo el verano, había desaparecido, y en su lugar soplaban unos vientos caprichosos y el cielo estaba anubarrado, de forma que la hora de llegada a donde fuese era de lo más incierto.

Por la Bahía de San Pablo avanzaba una gran muralla de niebla hacia nosotros, y al cabo de unos minutos el Reno navegaba a ciegas en medio de aquella oscuridad húmeda.

-Parece que se levanta -dijo Neil Partington dos horas después de habernos metido en la niebla-. ¿Dónde crees que estamos, Charley?

Charley lo pensó un momento y luego respondió:

-La marea nos ha apartado un poco de nuestro rumbo, pero si se levanta ya la niebla, como se va a levantar, verás que no estamos a más de media milla del Desembarcadero de McNear.

Estábamos los tres tratando de penetrar la niebla con la mirada cuando el Reno chocó con algo y se detuvo en seco. Corrimos a proa y nos encontramos con que tenía el bauprés incrustado en la arboladura ocre de un mástil corto y grueso. Había chocado de frente con un junco chino anclado.

En el mismo momento en que llegábamos a proa salieron corriendo en grupo cinco chinos de la camareta del entrepuente, con los ojos todavía cargados de sueño.

A su frente venía un hombre grande y musculoso, notable por la cara picada de viruelas y por el pañuelo de seda amarilla que llevaba liado a la cabeza. Era "Pañuelo Amarillo", el chino al que habíamos detenido el año pasado por pesca ilegal de camarones y que, aquella vez, casi había hundido al Reno, igual que casi lo hundía ahora al violar las reglas de la navegación.

-¿Qué diablos os creéis, anclados en una línea de paso sin poner la sirena? gritó Charley enfadado.

-¿Que qué se creen? -respondió calmoso Neil-. Basta mirar para saberlo.

Seguimos con la mirada la dirección que indicaba Neil con el dedo y vimos que los medios abiertos del junco estaban casi llenos de gambas recién cogidas. Al mirar más de cerca vimos que entremezclados con las gambas había una miríada de pececillos, los más pequeños de los cuales medían unos pocos milímetros. Pañuelo Amarillo había sacado la red durante la estoa de la marea alta, y, aprovechando el camuflaje que le ofrecía la niebla, se había quedado a la espera temerariamente, para volverla a sacar con la estoa de la marea baja.

-Bueno -carraspeó Neil-, en toda mi experiencia de patrulla pesquera, que es larga y variada, he de decir que ésta es la presa más fácil de mi vida. ¿Qué hacemos con ellos, Charley?

-Remolcar el junco hasta San Rafael -naturalmente- fue la respuesta. Quédate tú en el junco, muchacho, y te paso un cable para el remolque. Si no falla el viento, llegaremos a la ensenada antes de que baje demasiado la marea, nos quedamos a dormir en San Rafael y mañana al mediodía llegamos a Oakland.

Con estas palabras, Charley y Neil volvieron al Reno y se pusieron en marcha, con el junco a remolque detrás. Fui a popa y me hice cargo de la presa, pilotando con una caña anticuada y un timón lleno de grandes agujeros romboidales por los que entraba y salía el agua a raudales.

Ya había desaparecido el último girón de niebla, y el cálculo hecho por Charley de nuestra posición se vio confirmado al avistar el Desembarcadero de McNear, a menos de media milla de distancia. Seguimos a lo largo de la costa occidental, dimos la vuelta a Punta San Pedro, a la vista de las aldeas de camaroneros chinos, donde se armó gran jaleo cuando vieron uno de sus juncos a remolque de la balandra de la patrulla pesquera, que tan bien conocían.

El viento que soplaba de tierra era un tanto racheado e incierto, y más nos hubiera convenido que hubiese sido más fuerte. La ensenada de San Rafael, que habíamos de remontar para llegar al pueblo y entregar nuestros prisioneros a las autoridades, pasaba por marjales muy amplios, y su navegación resultaba difícil cuando bajaba la marea, y cuando ya había bajado del todo era absolutamente innavegable. De manera que, con la marea ya casi baja, teníamos que darnos prisa. Pero el pesado junco nos lo impedía, porque iba pesadote atrás y frenaba al Reno al añadir tanto peso muerto.

-¡Diles a esos culis que icen la vela -acabó por gritarme Charley-. No queremos quedarnos hundidos en el barrizal toda la noche.

Repetí la orden a Pañuelo Amarillo, que se la pasó con voz ronca a sus hombres. Tenía un catarro muy fuerte, que lo hacía doblarse en dos cuando le llegaban ataques de tos convulsiva, y tenía los ojos cargados e inyectados en sangre. Esto le daba una

expresión todavía más perversa que de costumbre, y cuando me contemplaba indignado me hacía recordar con temblores la ocasión de su detención anterior.

Sus tripulantes se lanzaron malhumorados a las drizas, y surgió en el aire aquella extraña vela de aparejo latino teñida de un marrón cálido. Navegábamos de bolina, y cuando Pañuelo Amarillo alisó la escota, el junco aceleró y el cable de remolque quedó ensenado.

Pese a lo rápido que era el Reno, el junco lo era más, y para evitar que chocáramos, cambié para ceñirme, un poco más al viento. Pero el junco seguía adelantando, y en dos minutos me encontré delante y a barlovento del Reno. El cable de remolque estaba tenso y trazaba un ángulo recto entre los dos barcos; el problema era ridículo.

-¡ Larga! grité.

Charley titubeó.

-No hay problema -añadí-. No puede pasar nada. De esta bordada llegamos a la ensenada, y estaréis detrás de mí todo el camino hasta San Rafael.

Al oír esto, Charley largó, y Pañuelo Amarillo envió a proa a uno de sus hombres para que recogiera el cable. Con la oscuridad que iba cayendo yo apenas si podía ver la boca de la ensenada de San Rafael, y cuando entramos en ella, a duras penas las riberas.

El Reno estaba por lo menos a cinco minutos a nuestra popa, y seguimos dejándolo atrás al remontar el canal; estrecho y tortuoso. Con Charley detrás de nosotros, parecía que tenía poco que temer de mis cinco prisioneros, pero la oscuridad me impedía vigilarlos bien, de forma que trasladé el revólver del bolsillo del pantalón al de la chaqueta, donde me resultaba más fácil alcanzarlo.

El que me inspiraba temor era Pañuelo Amarillo, y lo que pasó después demuestra que él lo sabía y se aprovechó de ello. Estaba sentado a pocos metros de mí, en el lado del junco que en aquel momento estaba a barlovento. Apenas si veía su silueta, y pronto me convencí de que iba acercándoseme lenta, muy lentamente. Lo observé cuidadoso. Con la mano izquierda en la caña del timón, metí la derecha en el bolsillo y aferré el revólver.

Vi que se deslizaba otros 5 centímetros, y estaba a punto de ordenarle que se hiciera atrás cuando me golpeó con fuerza una figura pesada que me había saltado encima desde el lado de sotavento.

Era uno de los tripulantes. Me tenía atenazado el brazo derecho, de modo que no podía sacar la mano del bolsillo, y al mismo tiempo me había puésto la otra mano en la boca. Naturalmente, podría haberme zafado de él y haber liberado la mano o la boca para dar un grito de alarma, pero un instante después se me abalanzó encima Pañuelo Amarillo.

Me debatí inútilmente en el fondo del junco, mientras me ataban los brazos y las piernas y me tapaban bien la boca con lo que después supe era una camisa de algodón. Después me dejaron tumbado al fondo.

Pañuelo Amarillo tomó la caña del timón y empezó a dar órdenes en susurros, y desde donde estábamos en aquel momento y por las alteraciones de la vela que podía apenas distinguir por encima de mí como una mancha contra las estrellas, colegí que el junco se dirigía hacia la boca de un pequeño marjal que vaciaba en aquel punto en la ensenada de San Rafael.

Al cabo de un par de minutos encallamos blandamente en la ribera y arriaron la vela en silencio. Los chinos estaban muy callados. Pañuelo Amarillo se sentó en el

fondo a mi lado y noté que se esforzaba por contener aquella tos ronca y convulsiva. Unos siete u ocho minutos después oí la voz de Charley cuando el Reno pasó junto a la boca del marjal.

-No puedes imaginarte lo aliviado que me siento -oí claramente que le decía a Neil- de que el chico haya terminado con la patrulla pesquera sin accidentes.

Entonces Neil dijo algo que no pude captar y la voz de Charley siguió diciendo:

-El chico ha nacido para la mar y si cuando termine la escuela superior hace cursos de navegación y va a alta mar, no me extrañaría que llegase a capitán del barco mayor y mejor del mundo.

Todo eso me resultaba muy halagador, pero allí echado, atado y amordazado por mis propios prisioneros, he de decir que no estaba precisamente en la mejor situación para disfrutar con mi risueño futuro.

Con el Reno desapareció mi última esperanza. No me podía imaginar lo que iba a venir a continuación, pues los chinos eran de una raza distinta de la mía, y por lo que sabía de ellos, estába convencido de que no podía esperar juego limpio por su parte.

Tras esperar unos minutos más, la tripulación izó la vela latina y Pañuelo Amarillo nos llevó ensenada de San Rafael abajo. Cuando salimos de ella se inició una discusión a gritos, y comprendí que el tema era yo. Pañuelo Amarillo hablaba con vehemencia, pero los otros cuatro se le oponían con la misma vehemencia. Era evidente que él proponía que se deshicieran de mí y que los otros tenían miedo de las consecuencias.

Es fácil imaginar lo que sentía yo, dado que era mi destino lo que estaba en juego. La discusión se convirtió en una pelea, y en medio de ella, Pañuelo Amarillo sacó la pesada caña del timón de su eje y se lanzó hacia mí. Pero se interpusieron sus cuatro compañeros y hubo una pelea desordenada. Al final, Pañuelo Amarillo fue el vencido y volvió malhumorado a pilotar, mientras que los otros lo amonestaban severamente por su temeridad.

Poco después, arriaron la vela y el barco fue avanzando lentamente a remo. Sentí que se encallaba blandamente en el cieno. Tres de ellos -todos ellos con botas altas de pescar-, saltaron por la borda, y dos me pasaron por encima de la regala. Pañuelo Amarillo me llevaba por las piernas, y sus dos compañeros por los brazos, y empezamos a avanzar a trompicones por el barro.

Al cabo de unos minutos empezaron a pisar terreno más firme y comprendí que me transportaban por una playa. No me cabía duda de dónde se hallaba aquella playa. No podía ser más que una de las Islas de Marín un grupo de islotes rocosos que había frente a la costa del Condado de Marín.

Cuando llegaron a la arena dura que señalaba el límite de la marea alta me dejaron caer sin miramientos. Pañuelo Amarillo, despechado, me dio una patada en las costillas, y después el trío volvió chapaleando por el barro hasta el junco. Un momento después oí que izaban la vela y ésta gualdrapeaba en el viento cuando tiraron del escotín. Después cayó el silencio y quedé abandonado a mi propia suerte.

Aunque me retorcí y forcejeé como un buen chico, los nudos siguieron igual.de apretados que antes. Pero con tanta agitación caí sobre un montón de conchas de almeja, los restos, evidentemente, de una comilona de la gente de algún yate. Eso me dio una idea. Tenía las manos atadas a la espalda, y tras coger una concha de almeja en ellas, fui dando vuéltas y vueltas hasta llegar a las peñas que sabía que había allí.

Di unas cuantas vueltas más hasta descubrir por fin una grieta en la que incrusté la concha. Tenía un filo agudo, y contra ese filo me puse a cortar la cuerda con la que me habían atado las muñecas.

El filo de la concha era frágil, y lo rompí cuando me apoyé demasiado en él. Entonces regresé dando vueltas al montón y volví con todas las conchas que me cabían en ambas manos. Rompí varias conchas, me hice varios cortes en las manos y me dieron calambres en las piernas debido a lo forzado de mi postura y a mis trabajos.

Mientras padecía los calambres y descansaba oí una llamada familiar que llegaba desde el agua. Era Charley que me buscaba. La mordaza me impedía replicar y no pude hacer más que seguir allí tumbado, cargado de una rabia impotente, mientras él seguía remando hasta alejarse de la isla.

Volví a ponerme a aserrar y al cabo de media hora logré cortar la cuerda. El resto fue fácil. Una vez libres las manos, fue cuestión de minutos soltarme las piernas y quitarme la mordaza de la boca. Di una carrera por la isla para cerciorarme de que era efectivamente una isla, no fuera a resultar por casualidad ser un punto de tierra firme.

Sí qué era una isla, de las del grupo de Marín, circundada por una playa de arena y un mar de barro. No podía hacer más que esperar el amanecer y mantenerme caliente, porque hacía una noche fría y cruda para California, con un viento que bastaba justo para penetrar bajo la piel y hacer temblar.

A fin de mantener la circulación recorrí la isla a la carrera una docena de veces o así, y escalé su espina dorsal rocosa otras tantas veces todo lo cual me valió de más, como descubrí más adelante, que de mero ejercicio de calentamiento.

En medio de éste me pregunté si habría perdido algo de lo que llevaba en los bolsillos mientras daba vueltas y vueltas por la arena. Un registro reveló que me faltaban el revólver y la navaja. Pañuelo Amarillo me había quitado el primero, pero la navaja la había perdido en la arena.

Estaba buscándola cuando me llegó el ruido de toletes. Naturalmente, al principio pensé en Charley, pero después de pensarlo concluí que Charley iría llamándome mientras remaba. Se apoderó de mí una repentina premonición de peligro. Las Islas de Marín son sitios muy solitarios, donde no cabe esperar muchos visitantes fortuitos en medio de la noche.

El ruido de los toletes fue haciéndose más distinto. Me agaché en la arena y escuché atento. El bote, que me pareció un chinchorro por la rapidez con que se sucedían las remadas, estaba llegando al barro, unos 50 metros playa arriba. Oí una tos ronca y convulsiva y se me subió el corazón a la boca. ¡Era Pañuelo Amarillo! ¡No estaba dispuesto a que sus compañeros más prudentes le privaran de su venganza y se había ido a hurtadillas de su aldea para volver a solas!

Me puse a pensar a toda prisa. Estaba desarmado e indefenso en un islote diminuto, y por mí venía un bárbaro amarillo, al que tenía motivos para temer. Cualquier sitio sería más seguro que la isla. Cuando empezó a chapalear por el barro hacia ésta, yo empecé a meterme en él en dirección opuesta, por el mismo camino que habían recorrido los chinos al desembarcarme y volver luego al junco.

Pañuelo Amarillo, convencido de que yo todavía estaría bien atado, no tomaba precauciones, sino que llegó a la playa ruidosamente. Esto me resultó útil, pues para el momento en que él llegaba yo ya había logrado recorrer unos 15 metros.

A esa distancia me tendí en el barro. Estaba frío y pegajoso y me hizo ponerme a tiritar, pero no quería ponerme en pie y correr el riesgo de que me descubriera aquella mirada penetrante.

Fue por la playa directamente a donde me había dejado en tierra, y tuve una sensación momentánea de pesar por no poder ver su sorpresa al no encontrarme.

Lo que hizo a partir de aquel momento he de deducirlo en gran medida por los datos de la situación, pues apenas si podía verlo a la pálida luz de las estrellas. Pero estaba seguro de que lo primero que hizo fue recorrer la playa a ver si había desembarcado alguien de otro bote. Era algo que podía deducir por la presencia o la ausencia de otras huellas en el barro.

Convencido de que no me había sacado de la isla ningún bote, pasó después a averiguar qué había sido de mí. A partir de la pila de conchas de almeja, empezó a encender cerillas para encontrar mis huellas en la arena.

La multiplicidad de mis huellas lo confundió. Entonces debe habérsele ocurrido la idea de que yo pudiera estar en el barro, pues vadeó unos metros en mi dirección y se paró, y se inclinó mirando atenta y detenidamente la superficie sombría. No podía estar a más de cinco metros de mí, y si hubiera encendido una cerilla, no cabe duda de que me habría descubierto.

Se me ocurrió la idea de encaminarme hacia el chinchorro de Pañuelo Amarillo y escaparme en él, pero en aquel mismo momento se volvió hacia la playa, y como si temiera que ocurriese lo mismo que había ideado yo, chapaleó por el barro para asegurarse de que el chinchorro estaba a salvo.

Comprendí que estaba convencido de que yo estaba escondido en el barro por alguna parte. Pero el buscar a un muchacho por la noche en un mar de barro era como buscar una aguja en un pajar, y no lo intentó.

Por fin se fue vadeando a su chinchorro y se marchó a remo. Me sentí enormemente aliviado, y empecé a salir a gatas hacia la playa. Pero se me ocurrió una idea. ¿Y si la partida de Pañuelo Amarillo era una treta? ¿Y si había actuado así únicamente para hacerme salir a tierra?

Cuanto más pensaba en eso más seguro estaba de que había hecho demasiado poco ruido con los remos al marcharse. Y allí me quedé, tumbado en el barro y tiritando. Tirité tanto que me empezaron a doler todos los músculos de la espalda, que me hacían tanto daño como el frío y tuve que recurrir a toda mi capacidad de autodominio para permanecer en aquella posición lamentable.

Pero hice bien en mantenerla, pues quizá una hora después creí vislumbrar algo que se desplazaba por la playa. Observé atentamente, pero fueron mis oídos los que primero oyeron algo, aquella tos rasposa que tan bien conocía yo. Pañuelo Amarillo había vuelto a hurtadillas, había desembarcado en el otro lado de la isla y había venido sigilosamente a sorprenderme en caso de que yo hubiera regresado.

Después de eso pasaron varias horas sin que diera señales de vida. La mera idea de volver a la isla me daba miedo. Por otra parte, también me daba miedo morirme de pasar tanto tiempo a la intemperie. Jamás me había imaginado que se pudiera sufrir tanto. Hacía tiempo que había empezado a subir la marea, que me acercaba a la playa centímetro a centímetro. La marea alta era a las tres de la mañana, y a las tres llegué a la playa, más muerto que vivo, y demasiado debilitado para ofrecer resistencia alguna si Pañuelo Amarillo se me lanzaba encima.

Pero Pañuelo Amarillo no apareció. Había renunciado a mí y vuelto a Punta San Pedro. Sin embargo, yo me encontraba en una situación deplorable, por no decir grave.

No podía tenerme en pie, y mucho menos andar. Mis prendas, pegajosas y embarradas, se me pegaban como si fueran planchas de hielo.

No podía hacer más que arrastrarme como un inválido, como un caracol, a costa de unos dolores constantes, arriba y abajo de la playa. Seguí haciéndolo todo el tiempo posible, pero cuando por Levante comenzó a clarear con la llegada de la aurora, empecé a sucumbir. El cielo se puso de un rojo sonrosado, y el reborde dorado del sol que se levantaba por el horizonte me halló yaciente, indefenso e inmóvil, entre las conchas de almeja.

Como en sueños vi la conocida vela mayor del Reno que salía de la ensenada de San Rafael con el primer soplo de aire de la mañana. Aquel sueño fue muy interrumpido. Hay intervalos que nunca logro recordar cuando reflexiono sobre el asunto.

Pero hay tres cosas que recuerdo distintamente: la primera visión del Reno y su vela mayor; la forma en que echó el ancla a unas docenas de metros de distancia y cómo salió de su costado un chinchorro, y la cocina del camarote que crepitaba al rojo vivo, mientras me envolvían entero en montones de mantas, salvo el pecho y los hombros, en los que Charley golpeaba como un loco, sin piedad, mientras la boca y la garganta me ardían del café que me vertía por ellas Neil Partington.

Cuando llegamos a Oakland me sentía tan ágil y fuerte como siempre, aunque Charley y Neil Partington temían que me fuera a dar una pulmonía y los primeros seis meses que pasé en la escuela, la Sra Partington me estuvo vigilando atentamente a ver si aparecían los primeros síntomas de la tisis.

¡Cómo vuela el tiempo! Parece que fuera ayer cuando yo era un mozo de 18 años en la patrulla pesquera. Pero sé que esta misma mañana he llegado de China y que me puedo anotar una travesía muy rápida como capitán del bergantín corbeta Harverter. Y sé qué mañana por la mañana iré corriendo a Oakland a ver a Neil Partington y su mujer y su familia, y que más tarde subiré a Benicia a ver a Charley Le Grant y a hablar con él de los viejos tiempos.

No, ahora que lo pienso no voy a ir a Benicia. Espero ser uno de los protagonistas de una boda que va a celebrarse dentro de poco. Ella se llama Alice Partington, y como Charley se ha comprometido a ser el padrino, tendrá que ser él quien venga a Oakland.

El furtivo perdido

-Pero no te aceptan las excusas. Has entrado en sus aguas y basta. Te toman preso. Adentro contigo, a Siberia y las minas de sal. Y en cuanto al Tío Sam, ¿cómo va a enterarse? A los Estados Unidos no llega ni una palabra. Los periódicos dirán: "El Mary Thomas desaparecido con toda su tripulación. Probable víctima de un tifón en aguas japonesas". Eso es lo que dirán los periódicos, y la gente lo mismo. Y tú allá, en las minas de sal de Siberia. Y todo el mundo, incluida tu familia, te cree muerto, aunque vivas cincuenta años más.

Así fue como John Lewis, llamado en general "el abogado de a bordo", aclaró el asunto inmediatamente.

Era un momento serio en el castillo de proa del Mary Thomas. Apenas la guardia de abajo había empezado a hablar del problema cuando llegó la guardia de cubierta a sumarse a ella. Como no hacía nada de viento, todo el mundo estaba libre,

salvo el timonel que seguía a la rueda, y únicamente por cuestión de disciplina. Hasta "Bub" Russell el paje de cámara, había venido a proa a enterarse de lo que pasaba.

Pero era un momento de gravedad como atestiguaban las caras serias de los marineros. Hacía tres meses que el Mary Thomas, goleta dedicada a la caza de focas, venía persiguiendo a éstas a lo largo de la costa del Japón y por el norte hasta el Mar de Bering. Allí, en el lado asiático del mar, se había visto obligada a abandonar la caza, o mejor dicho, a no seguir adelante, porque más allá de allí, los cruceros rusos patrullaban la zona prohibida donde las focas podían reproducirse en paz. Y allí, al borde mismo de la divisoria, el Mary Thomas cazaba haciendo zig-zags, atrapando las focas rezagadas que no habían cruzado al mismo tiempo que el grupo.

Hacía una semana, el barco había tropezado con un denso banco de niebla acompañado de calma. Desde éntonces no se había levantado la niebla, y los únicos vientos habían sido unas brisas y unos soplos suaves. En sí mismo, eso no era tan grave, porque las goletas que se dedican a la caza de la foca nunca tienen prisa, con tal de encontrarse en medio de las focas, pero lo malo era que en aquel punto la corriente la fue llevando muy al norte. Por eso, el Mary Thomas, sin quererlo, había pasado la frontera a la deriva, y a cada hora que pasaba iba adentrándose, impotente cada vez más en las peligrosas aguas en que montaba la guardia el oso ruso.

Nadie sabía cuánta distancia había recorrido a la deriva. Hacía una semana que no se veían el sol ni las estrellas, y el capitán no había podido hacer las observaciones necesarias para determinar su posición. En cualquier momento podía aparecer un crucero y llevarse a toda la tripúlación a Siberia. Los hombres del Mary Thomas sabían de sobra lo que les había ocurrido a otros cazadores de focas tomados por furtivos, y la gravedad de sus expresiones estaba justificada.

-Amicos míos -dijo un timonel de bote alemán-, esta cosa estag mucho mala. Pgesísamente cuando tenemos gran captura, y mucho hongada, alco va mal y los gusos nos agagan con nuestgas pieles y nos mandan con los anagquistas a Sibegia. ¡Ach! Cosa mucho mala.

-Sí, eso es lo malo -continuó el abogado de a bordo-. Mil quinientas pieles puestas a salar, y todo honradamente, con una buena paga para todos, ¡y que ahora nos vayan a capturar y lo perdamos todo! Sería diferente si hubiéramos venido de furtivos, pero todo lo hemos hecho como está mandado y en alta mar.

-Pero si no hemos hecho nada malo, no nos pueden hacer nada, ¿no? -preguntó Bub.

-A mí me parece que lo que no está bien es que un chaval de tu edad se ponga a hablar cuando están hablando las personas mayores -protestó un marinero inglés desde el borde de su litera.

-Vamos, Jack, da igual -respondió el abogado de a bordo-. Tiene perfecto derecho. ¿No corre él el mismo peligro de perder la paga que todos los demás?

-¡No doy ni tres cuartos por la paga esa! -repuso desdeñoso Jack, que había estado proyectando ir a casa a ver a su familia, en Chelsea, cuando le pagaran, y ahora se sentía bastante preocupado ante la clara posibilidad de no sólo perder la paga, sino hasta la libertad.

-Y, ¿cómo van a saberlo? -preguntó el abogado de a bordo como respuesta a la pregunta anterior de Bub-. Aquí estamos en aguas prohibidas. ¿Cómo van a saber que el venir aquí no ha sido idea nuestra? ¿Cómo van a saber si las hemos cazado en mar abierta o en aguas cerradas? Mira, Bub, todas las pruebas están en contra nuestra. Si tú agarraras a un hombre con los bolsillos llenos de manzanas como las que crecen en tu

manzano, y además al lado de tu manzano, ¿qué pensarías si te dijera que no era culpa suya, que había llegado por allí impulsado por el viento y que de todos modos aquellas manzanas eran de otro árbol? ¿Qué pensarías, eh?

Cuando se lo explicaron así, Bub lo entendió y sacudió la cabeza desanimado.

-Pues más vale morirse que ir a Siberia -dijo uno de los remeros de los botes-. Te ponen a trabajar en las minas de sal y te explotan hasta que te mueres. Ya no vuelves a ver la luz del día. Pero si me han contado lo de un tipo que iba encadenado a su compañero y se le murió el compañero. ¡Y estaban los dos encadenados juntos! Y si te mandan a las otras minas, te pones mercúrico. Yo prefiero que me ahorquen a ponerme mercúrico.

-¿Qué es ponerse mercúrico? -preguntó Jack sentándose en la litera al oír hablar de nuevos desastres.

-Hombre, es lo que te pasa cuando se te mete el mercurio en la sangre, creo yo. Y entonces se te hinchan las encías como si tuvieras el escorbuto, sólo que peor, y se te van aflojando los dientes. Y después se te hacen úlceras por todas partes y te mueres, una cosa horrible. No hay hombre que pueda aguantar en las minas de mercurio.

-Malo asunto -reiteró el timonel de bote con voz quejumbrosa, en el silencio que siguió-. Malo asunto. Ojalá estuviera yo en Yokohama. ¿Eh? ¿Qué ha sido eso?

Se iluminaron las caras de todos. El Mary Thomas se escoró. Se inclinaron las cubiertas. Rodó un platillo de lata por el nivel inclinado, chocando y resbalando por el piso. De arriba llegó el ruido de las lonas y el tableteo que hacía la baluma de popa de la vela de trinquete que se iba llenando. Y después llegó la voz del oficial que gritaba por la escotilla:

-¡Todo el mundo a cubierta, listos para izar velas!

Jamás se había dado respuesta tan entusiasta a ese llamamiento. Había cesado la calma. Había llegado el viento que los transportaría hacia el sur y la seguridad. Con un enorme vítor, salieron codos a cubierta. Trabajaron a una velocidad endiablada para desplegar juanetes, velas de estay y foques. Mientras trabajaban se levantó el banco de niebla enseguida y apareció a la vista la negra bóveda del cielo, tachonada con las estrellas que tanto conocían. Cuando todo estuvo listo, el Mary Thomas presentaba valeroso su costado a un viento del través y aproaba derecho al sur. -¡Luces de un vapor a proa, por babor, mi capitán! -gritó el vigía desde su puesto al puntal de proa. Tenía la voz muy nerviosa.

El capitán ordenó a Bub que bajara a buscarle sus gemelos de noche. Todo el mundo fue a la baranda de sotavento a contemplar aquel desconocido sospechoso, que ya empezaba a aparecer con una silueta indistinta, poco clara. En aquellas aguas tan poco frecuentadas, había una posibilidad entre mil de que no fuera un patrullero ruso. El capitán seguía mirando ansioso por sus prismáticos cuando del costado del desconocido salió un relámpago de fuego, seguido del estampido atronador del cañonazo. Se confirmaron los peores temores. Era un patrullero, que evidentemente disparaba un cañonazo de advertencia al Mary Thomas para obligarla a ponerse al pairo.

-¡Todo a la banda, timonel! -gritó el capitán al que estaba a la rueda, con voz totalmente desanimada. Después se dirigió a los marineros: -¡Fachear el foque y la vela trinquete! ¡Descargar el petifoque! ¡Meter la cofa de trinquete! ¡Los de popa, meter la escota mayor!

El Mary Thomas aproó al filo del viento, fue perdiendo velocidad y se puso a ondular gravemente ante las largas olas que llegaban desde el oeste.

El crucero a vapor se acercó algo más y arrió un bote. Los cazadores de focas lo contemplaron en un silencio desesperado. Veían la masa blanca del bote a medida que lo bajaban al agua, y a la tripulación que iba entrando a bordo. Oían el chirriar del pescante y las órdenes de los oficiales. Después el bote salió a toda velocidad bajo el impulso de los remos y se les fue acercando. El viento había ido subiendo, y la mar estaba ya demasiado gruesa para que aquella frágil embarcación se pusiera al lado de la goleta cimbreante; pero atentos a la oportunidad, y gracias a los cabos de abordaje que les lanzaron, treparon a bordo un oficial y dos marineros. Entonces, el bote se apartó para ponerse a salvo y quedó con los remos en el agua, a cargo de un joven guardiamarina sentado a popa y con la cruceta del timón en la mano.

El oficial, cuyo uniforme revelaba que se trataba de un teniente de navío de la marina rusa, bajó con el capitán del Mary Thomas a inspeccionar los documentos del barco. Volvió a salir al cabo de unos minutos Y, cuando sus marineros le levantaron las escotillas, pasó a la bodega con un farol para inspeccionar los montones de sal. Se enfrentó con un buen montón: mil quinientas pieles nuevas, la captura de la temporada, y en aquellas circunstancias no podía extraer sino una conclusión.

-Lo siento mucho -dijo en inglés con mucho acento al capitán de la goleta cuando subió a cubierta, pero estoy obligado a apresar su barco como furtivo que lleva pieles nuevas en un mar cerrado. Quizá sepa usted ya que la pena es la confiscación y la cárcel.

El capitán del Mary Thomas se encogió de hombros con gesto de aparente indiferencia y se dio la vuelta. Aunque suprimen todá manifestación externa, cuando estos hombres fuertes sufren una desgracia inmerecida a veces están cerca de las lágrimas. En aquel momento, lo que más presente tenía el capitán era la imagen de su casita de California y de su mujer y sus dos hijos rubios, y en la garganta tenía una extraña sensación de sofoco, que le hacía temer que si trataba de hablar se iba a poner a sollozar.

Y, además, pesaba sobre él la obligación que sentía para con sus hombres. No debía mostrar debilidad alguna ante ellos, pues había de ser como una torre de firmeza que los sostuviera en la desgracia. Ya le había explicado las cosas a aquel teniente y sabía lo desesperada que era la situación. Como había dicho el abogado de a bordo, todas las pruebas estaban en contra de él. De manera que se volvió a popa y empezó a pasear arriba y abajo por la toldilla del barco que ya no estaba a su mando.

Entonces el oficial ruso tomó el mando provisionalmente. Ordenó que subieran a bordo más de sus hombres y que se metiera más lona y se dejara bien aferrada. Mientras se hacía todo esto, el bote iba y venía entre los dos buques, transportando una gruesa estacha que se amarró a las grandes bitas de remolque que había en el castillo de proa de la goleta. Mientras se hacía todo esto, los cazadores de focas lo contemplaban en grupos malhumorados. La idea de resistir, con los cañones del buque de guerra a menos de un tiro de galleta, era una locura, pero se negaron a echar una mano, en lugar de lo cual prefirieron mantener un silencio sombrío.

Tras realizar aquella tarea, el teniente ordenó que todos sus hombres, menos cuatro volvieran al bote. Después vino a bordo el guardiamarina, un mozo de 16 años que parecía anormalmente maduro y digno con su uniforme y su espada, para tomar el mando del buque capturado. Justo cuando el teniente se preparaba para marcharse, sus ojos tropezaron por casualidad con Bub. Sin una palabra de advertencia, lo tomó del

brazo y le hizo pasar sobre la barandilla al bote que esperaba, y después con un saludo de despedida, lo siguió.

Era lo más natural del mundo que Bub se sintiera asustado ante aquel suceso inesperado. Todas las historias terribles que había oído contar de los rusos hacían que les tuviera miedo, y ahora se le volvieron a representar con más fuerza. Ya era bastante malo que lo capturasen a uno, pero el que se lo llevaran, separado de sus compañeros, era un destino que no se había ni imaginado.

-¡Pórtate bien, Bub -le gritó el capitán mientras el bote se lo llevaba del Mary Thomas-, y diles la verdad!

-¡A la orden, mi capitán! -respondió con voz aparentemente valerosa. Sentía un cierto orgullo racial, y le daba vergüenza pasar por cobarde ante aquellos enemigos desconocidos, aquellos osos rusos sin domesticar.

-¡Y ser cortés! -gritó el timonel alemán del bote, con una voz ronca que volaba por encima del agua como una sirena de niebla.

Bub movió la mano en gesto de adiós, y sus compañeros se apiñaron en torno a la barandilla para responder con un grito de ánimo. Encontró sitio en la tilla de popa, donde se quedó contemplando al teniente. Después de todo, este último no parecía ser un oso sin domesticar, concluyó Bub, sino más bien un hombre como los demás, y los marineros eran iguales a los de otros buques de guerra que había conocido. Pero, cuando dio con los pies en la cubierta metálica del crucero, se sintió como si acabara de traspasar las puertas de una cárcel.

Pasaron unos minutos sin que nadie le hiciera caso. Los marineros subieron el bote y lo dejaron colgado del pescante. Después salieron por la chimenea grandes nubes de humo y se pusieron en marcha. Hacia Siberia, no pudo por menos de pensar Bub. Vio que el Mary Thomas seguía rápidamente cuando se tensó el cable, y cómo subían y bajaban las luces de costado mientras el crucero lo remolcaba mar adelante.

A Bub se le nublaron los ojos ante aquella visión melancólica, pero justo entonces llegó el teniente para llevarlo a ver al capitán, y se enderezó y apretó los labios, como si se tratara de algo cotidiano y estuviera acostumbrado a que lo enviaran a Siberia todos los días de la semana. El camarote en que los esperaba sentado el capitán era como un palacio en comparación con los humildes alojamientos del Mary Thomas, y el propio capitán, todo lleno de galones y dignísimo, era un personaje de lo más augusto, completamente distinto del hombre sencillo que capitaneaba su goleta mientras perseguían a los grupos de focas.

Entonces Bub se enteró en seguida de por qué lo habían llevado a bordo y, en el largo intErrogatorio que siguió, no dijo más que la pura verdad. La verdad era inocua; lo único que podía hacerle daño era una mentira. No sabía gran cosa, salvo que llevaban tiempo persiguiendo a las focas por el sur en aguas abiertas y que, cuando tropezaron con la calma y la niebla, como estaban al lado de la divisoria, la habían pasado a la deriva. Insistió una y otra vez en que hacía una semana que no arriaban un bote ni disparaban contra una foca, todo el tiempo que habían pasado a la deriva en el mar abierto. Pero el capitán decidió que todo lo que decía era una serie de mentiras, y adoptó un tono intimidatorio en su tentativa de acobardar al muchacho. Pasaba, por turnos, de las amenazas a las promesas, pero no logró modificar en lo más mínimo las declaraciones de Bub, y por fin ordenó que lo sacaran de su presencia.

Por descuido no se encargó a nadie en concreto de la vigilancia de Bub, que se puso a pasear por cubierta sin que lo vigilasen. A veces los marineros, de pasada, le echaban miradas de curiosidad, pero salvo eso lo dejaron totalmente en paz. Y

tampoco podía atraer mucha atención, porque era bajito, la noche estaba oscura y la guardia en cubierta estaba atenta a sus propias cosas. A trompicones entre aquellos puentes desconocidos fue abriéndose camino hacia popa, donde podía contemplar las luces de costado del Mary Thomas, que seguía en línea detrás de él.

Se pasó largo rato mirándolo, y después se tendió en cubierta, cerca de donde pasaba el cable por la popa hasta la goleta capturada. Una vez se acercó un oficial a examinar la cuerda tensa para ver si se estaba desgastando con el roce, pero Bub se apelotonó en la sombra y no lo descubrió. Aquello, sin embargo, le dio una idea que afectó a las vidas y las libertades de 22 hombres, y que habría de evitar una pena abrumadora a más de un hogar feliz a muchos miles de millas de distancia.

En primer lugar, razonó, la tripulación era totalmente inocente de delito alguno, y sin embargo se la estaban llevando implacables a Siberia, a encarcelarla en una muerte viviente según había escuchado y creía implícitamente. En segundo lugar, él estaba preso y bien preso, y no tenía posibilidades de escapar. En tercer lugar, había una posibilidad de que escaparan los 22 hombres del Mary Thomas. Lo único que se lo impedía era aquella estacha de diez centímetros de grosor. Ellos no se atrevían a cortarla desde su extremo, pues no cabía duda de que sus captores rusos estarían en guardia, pero del suyo, ¡ah! del suyo...

Bub no se lo pensó más. Se acercó a rastras a la estacha, abrió su navaja y se puso al trabájo. La hoja no estaba demasiado afilada y tuvo que aserrar, hilo por hilo, mientras la imagen terrible del exilio que habría de soportar en solitario, en Siberia, se hacía más terrible a cada golpe. Ya era bastante malo aquel destino para soportarlo con sus compañeros, pero la idea de enfrentarse a solas con él parecía espantosa. Y, además lo que estaba haciendo le acarrearía, con toda seguridad, un castigo todavía peor.

En medio de aquellas ideas sombrías, escuchó unos pasos que se acercaban. Volvió a gatas hacia las sombras. Un oficial se detuvo donde había estado él, se medio inclinó a examinar la estacha, después cambió de idea y se irguió. Se quedó allí unos minutos, contemplando las luces de navegación de la goleta capturada y después volvió a dirigirse a popa.

¡Aquel era el momento! Bub volvió a gatas y siguió aserrando. Cortó dos hilos. Después tres más. Pero quedaba uno. La tensión que sufría este último era tan grande que acabó por ceder. ¡Plop! El extremo suelto cayó al agua. Bub se quedó en silencio, con el corazón en la boca, escuchando. En el crucero no lo había oído nadie más que él.

Vio que las luces verdes y rojas del Mary Thomas se iban apagando cada vez más. Después llegó un grito débil que lanzaban del otro lado los marineros rusos. Siguió sin oírlo nadie. Las chimeneas del crucero seguían vomitando humo, y las hélices seguían batiendo con la misma fuerza que antes.

¿Qué pasaba a bordo del Mary Thomas? Bub no podía sino imaginárselo; pero había una cosa de la que estaba seguro: sus compañeros se impondrían y dominarían a los cuatro marineros y el guardamarina rusos. Unos minutos después divisó un breve centelleo, y cuando afinó el oído escuchó el estampido apagado de una pistola. Y después, ¡qué alegría! desaparecieron de repente tanto el farol rojo como el verde. ¡Habían recuperado el Mary Thomas!

Cuando vio que venía a popa un oficial, Bub se deslizó hacia proa y se escondió en uno de los botes. No le había sobrado ni un minuto. Sonó la alarma. Sonaron fuertes voces de mando. El crucero cambió de rumbo.

Un foco eléctrico empezó a lanzar sus rayos blancos de un lado a otro del mar, acá, allá y acullá, pero en su brillante paso no descubrió ninguna goleta, a toda vela.

Bub se quedó dormido poco después, y no se despertó hasta que llegó el gris del amanecer. Las máquinas pulsaban monótonas, y el ruido de agua, que chapoteaba ruidosa por todas partes, le dijo que se estaban baldeando las cubiertas. De un vistazo advirtió que estaban solos en la vasta extensión del océano. El Mary Thomas había escapado. Cuando levantó la cabeza los marineros rompieron en carcajadas. Ni siquiera el oficial que ordenó que lo bajaran a encerrar podía disimular del todo la expresión risueña de su mirada. Bub pensó muchas veces, en los días de aislamiento que siguieron, que no estaban demasiado enfadados con él por lo que había hecho.

Y no estaba demasiado equivocado. En lo profundo de las almas de todos los hombres existe una cierta nobleza innata que les obliga a admirar un acto de valor, aunque lo realice un enemigo. Los rusos no eran, en absoluto diferentes de los demás hombres. Era cierto que un muchacho los había burlado, y verdaderamente no sabían qué hacer con él. Lo que resultaba imposible era presentar a un niño así como único representante restante del furtivo perdido.

Y así, dos semanas después, un buque de guerra estadounidense, que avanzaba a todo vapor desde el puerto ruso de Vladivostok, recibió señales de un crucero ruso. De un buque al otro pasó un bote, y por la barandilla del navío estadounidense saltó a bordo un muchachito. Una semana después desembarcó en Hakodate, y tras el envío de unos telegramas, recibió un billete pagado hasta Yokohama.

De la estación se fue corriendo por aquellas exóticas calles japonesas hacia el puerto, donde contrató al barquero de un sampan para que lo llevara a determinado barco cuyo aparejo conocido había advertido en seguida. Había soltado los matafoles, desplegado las velas; estaba a punto de iniciar la travesía de regreso a los Estados Unidos. Cuando se acercó más, un grupo de marineros se acercó al puntal de la proa, y se levantaron y cayeron las barras del molinete mientras el ancla se iba levantando del fondo cenagoso.

-¡Barco yanqui por el río! -se elevó la voz del abogado de a bordo al iniciar la canción del ancla.

-¡Tirad, muchachos, tirad! -rugió en respuesta aquel coro tan conocido, mientras los cuerpos de los marineros se levantaban y cimbreaban con el ritmo de la canción.

Bub Russell pagó al barquero y saltó a la cubierta. El ancla quedó olvidada. Los marineros lanzaron un enorme vítor, y antes casi de que pudiera recuperar el aliento, se encontró abrazado al capitán, rodeado de sus compañeros, y tratando de dar respuesta a veinte preguntas por segundo.

Al día siguiente, una goleta se puso en facha ante un pueblo de pescadores japoneses, envió a tierra a cuatro marineros y un pequeño guardiamarina y volvió a zarpar. Aquellos hombres no hablaban el inglés, pero tenían dinero y lograron llegar en seguida a Yokohama. Después, los pescadores japoneses no volvieron a oír de ellos, y todavía constituyen un misterio muy comentado. Como el Gobierno ruso nunca dijo nada del incidente, los Estados Unidos siguen sin saber qué fue del furtivo perdido, y tampoco se han enterado, oficialmente, de que algunos de sus ciudadanos habían secuestrado a cinco súbditos del zar. A veces, hasta las naciones tienen secretos.

Chris Farrington, marinero de primera

-Si estuviegas en un buque de mi país, un muchacho como tú no segía más que un grumete, y tendgías que atendeg a los maginegos de pgimega. Y cuando maginegos de pgimega gritag: "¡Chico, la jaga de agua!", tendgías que tgaegla de un salto. Y tendgías que seg cogtés y decig a todos: "Sí, señog", y "no, señog". Y cuando te dijegan: ¡Chico, las botas", tendgías que ig cogiendo a pog las botas. Pego estás en un bagco amegicano y te cgees que ya eges todo un maginego. Chgris, muchacho, yo soy maginego desde hace veintidós años, y, ¿te cgees que vales tanto como yo? Yo ya ega maginego antes que naciegas tú, y ya estaba haciendo nudos, y cogtes y gemiendos cuando tú estabas todavía volando las cometas.

-¡Pero eso no es justo, Emil! -exclamó Chris Farrington, con la cara sensible toda sonrojada y gesto dolido. Era un muchacho esbelto, pero fuerte, de 17 años, cuyo rostro delataba claramente su ascendencia yanqui.

-¡Lo ves, ya estás! -estalló el marinero sueco-. Yo me llamo señog Emil Johansen, ¡y un cgío, como tú me llama "Emil"! Eso es un insulto y pasa pogque estamos en un bagco amegicano.

-¡Pero a mí tú me llamas "Chris"! -adujo el chico en tono de reproche.

-Pego tú eges un muchacho.

-Que hace el mismo trabajo que un hombre -replicó Chris-. Y precisamente porque hago lo mismo que un hombre tengo derecho a llamarte de tú, igual que tú a mí. Aquí, en el castillo de proa, somos todos iguales, y tú lo sabes. Cuando nos enrolamos para el viaje en San Francisco, firmamos como marineros del Sophie Sutherland, y nadie dijo que unos fuéramos a ser diferentes de otros. ¿No he hecho siempre mi trabajo? ¿He escurrido el bulto alguna vez? ¿Habéis tenido alguno que hacerme una ronda? ¿O una guardia? ¿O que subir de vigía?

-Tiene razón Chris -interrumpió un joven marinero inglés-. Nadie ha tenido que echarle una mano. Se ha enrolao igual que nosotros y ha demostrao que vale tanto como...

-¡Vale más! -intervino un hombre de Nueva Escocia-. iVale más que algunos de nosotros! Cuando llegamos a los terrenos de caza resultó ser casi el mejor timonel de bote que llevamos a bordo. El único mejor que él es Louis el Francés, que lleva años en el oficio. Y yo no soy más que remero, igual que tú, Emil Johansen, que con todo tu golpe de veintidós años en la mar no eres más que remero. ¿Por qué no te haces timonel?

-Es demasiado torpe -rió el inglés-, y demasiado lento.

-Eso no importa nada -dijo Jurgensen el Danés, que llegaba en ayuda del otro escandinavo-. El caso es que Emil es mayor y marinero de primera, y el chico no es ninguna de esas cosas.

Y así continuó la discusión, con los suecos, los noruegos y los daneses agrupados por su común origen a favor de Johansen, y los ingleses, los canadienses y los estadounidenses de parte de Chris. Si se pensaba sin prejuicios, la razón la tenía éste. Como había dichó verazmente, trabajaba igual que un hombre, y tanto como el que más. Pero tenían prejuicios, y muchos, y aquella discusión degeneró en un enfado permanente que dividió al castillo de proa en dos bandos.

El Sophie Sutherland se dedicaba a la caza de focas, estaba registrado en San Francisco y recorría las costas del Japón a la caza de aquellos peludos animales marinos, hasta el mar de Bering. Los otros barcos eran goletas de dos palos, pero él tenía tres y era el mayor de la flota. De hecho, era una goleta de aparejo redondo en los tres masteleros, recién construida.

Aunque Chris Farrington sabía que tenía razón, y que hacía todo su trabajo atentamente y bien, muchas veces, en secreto, anhelaba que surgiera una situación de urgencia que le permitiese demostrar a los marineros escandinavos que también él era un marinero de primera.

Pero una noche de tormenta, debido a un accidente con el cual no tenía él nada que ver, al resacar una cadena de repuesto de un ancla se machacó todos los dedos de la mano izquierda. Y con ello perdió sus esperanzas, pues le resultaba imposible seguir cazando con los botes, y se vio obligado a mantenerse inactivo a bordo hasta que se le curasen los dedos. Pero, aunque no podía ni imaginárselo, aquel mismo incidente iba a darle la oportunidad tan deseada.

Una tarde de fines de mayo, el Sophie Sutherland se mecía pesadamente en la calma chicha. El mar estaba abundante, la caza era buena y todos los botes habían salido y se habían perdido de vista. Y con ellos se había ido casi toda la tripulación. Además de Chris sólo quedaban el capitán, el piloto mayor y el cocinero chino.

El capitán no lo era más que por cortesía. Era un anciano de más de 80 años, y lo ignoraba todo del mar y de sus cosas, pero era el propietario de la embarcación y de ahí el título honorífico: Claro que el piloto mayor, que era el verdadero capitán, era muy buen marino. El otro oficial, que debía haberse quedado a bordo, había salido con los botes para suplir provisionalmente a Chris como timonel de un bote.

Cuando iban juntos el buen tiempo y la buena caza, los botes solían alejarse mucho, y muchas veces no volvían a la goleta hasta mucho después del anochecer. Pero, aunque era un día perfecto para la caza, Chris observó que el piloto mayor estaba cada vez más preocupado. Paseaba nervioso arriba y abajo del puente y barría constantemente el horizonte con el catalejo. No se veía un solo bote. Cuando llegó la puesta de sol, incluso ordenó a Chris que subiera al cuello del mastelero de mesana, pero tampoco desde allí logró ver nada. Era imposible que los botes pudieran regresar antes de medianoche.

El barómetro llevaba bajando constantemente desde mediodía, y todos los indicios señalaban que se acercaba una tempestad, pero su importancia no la podía adivinár ni el piloto mayor. Este y Chris se pusieron a trabajar para prepararse a resistirla. Pusieron matafoles de tempestad en las gavias aferradas, arriaron y estibaron la vela trinquete y la cangreja y aferraron los dos foques. En el foque restante le pusieron un solo rizo, igual que en la vela mayor.

Cayó la noche antes de que terminaran, y con la oscuridad llegó la tormenta. Invadió la mar un gran lamento, y el viento dio de plano en el Sophie Sutherland. Pero éste se enderezó rápidamente y, con el piloto mayor a la rueda, puso la proa cinco cuartas del viento. Chris, haciendo todo lo que podía con la mano vendada, y con la escasa ayuda que le daba el cocinero chino, fue a proa y puso el foque a barlovento. Así, con la vela mayor lisa, la goleta quedó al pairo.

-¡Que Dios ayude a los botes! ¡No es un ventarrón! ¡Es un tifón! gritó el piloto mayor a Chris a las once-. ¡Demasiada lona! ¡Hay que meterle dos rizos más a la vela mayor, y ahora mismo! -miró al viejo capitán, que tiritaba en su suerte y se aferraba a la bitácora con todas sus fuerzas-. No quedamos más que tú y yo, Chris, y el cocinero chino, pero ese casi no vale para nada.

Para meterle el rizo había que arriar la vela mayor, y el sacar ésta con la presión que había no podia por menos de hacer que la goleta se abatiera ante el viento y las olas, debido a la presión del foque a proa.

-¡Toma la rueda! -ordenó el piloto mayor-. ¡Y cuando te dé la señal, todo a la banda, y cuando esté a escuadra, a la vía! ¡Y mantenlo así! En cuanto le meta los rizos nos volvemos a poner al pairo!

Chris asió las cabillas encabritadas y vio cómo el piloto y el desganado cocinero avanzaban a proa en medio de la oscuridad rugiente. El Sophie Sutherland se hundía en mares de proa y daba tumbos tremendos, y sus tensos estayes de acero y su arboladura recia zumbaban como cuerdas de arpa con el viento. Le llegó un grito ahogado y sintió que la proa de la goleta se sotaventaba por su propia cuenta. ¡Había caído la vela mayor!

Puso el timón todo a la banda y se mantuvo ansiosamente atento a los cambios de dirección del viento que le daba en la cara y a los movimientos verticales del barco. Este era el momento crucial. Al hacer la maniobra, el barco tendría que exponer todo el flanco al viento antes de ponerse de proa a él. El viento le daba a Chris directamente en la mejilla derecha cuando sintió que el Sopbie Sutherland se escoraba y empezaba a alzarse hacia el cielo, arriba, cada vez más arriba, a una distancia infinita. ¿Lograría superar la cresta de aquella ola gigantesca?

Una vez más, y por instinto, porque no podía ver nada, comprendió que muy por encima de él se remontaba una muralla de agua por todo el costado de barlovento. Hubo un instante de calma cuando la muralla líquida se interpuso ante el viento y lo cortó. La goleta recuperó la vertical y durante aquel instante pareció estar perfectamente en calma. Después se meció para hacer frente al golpe que le llegaba.

Chris gritó al capitán que se agarrase bien y se preparó para el golpe. Pero no había hombre viviente que pudiera resistirlo. Un océano de agua dio a Chris en la espalda y perdió su asidero en las cabillas, como si hubiera sido un niño. Atontado, impotente, como una paja en la corriente, se vio lanzado a proa sin saber a dónde iba. Pasó junto a la esquina del camarote y pasó rodando por la pasarela de la toldilla, hasta chocar violentamente con el pie del palo trinquete. Entró a bordo una segunda ola que lo devolvió de un golpe hacia el punto de partida, y lo dejó medio ahogado donde deberían haber estado los escalones de la toldilla.

Dolorido y ensangrentado, apenas consciente, buscó a tientas la barandilla y se puso en pie como pudo. Si no se podía hacer algo, sabía que había llegado el último momento. Al hacer frente a la toldilla, el viento se le metía por la boca con una fuerza asfixiante. Esto le hizo recuperar el sentido alarmado. ¡El viento soplaba directamente a popa! ¡La goleta había salido del seno de la ola y ahora lo tenía a proa! Pero la fuerza del mar no podía por menos de obligarla a hacer capilla una vez más. Se arrastró por la pasarela y logró llegar a la rueda del timón justo a tiempo para impedirlo. Seguía ardiendo la luz de la bitácora. ¡Estaban a salvo!

Es decir, estaban a salvo él y la goleta En cuanto al bienestar de sus tres compañeros no sabía nada. Y tampoco se atrevía a abandonar la rueda del timón para averiguarlo, porque no podía desviar su atención ni un segundo si aspiraba a mantener al barco en su rumbo. Al menor descuido, el empuje del mar bajo su aleta podía volver a meterlo en el seno de la ola. Y así fue cómo un muchacho de 60 kilos se consagró a la hercúlea tarea de guiar aquellas 200 toneladas tensas por en medio del caos de las grandes fuerzas de la tempestad.

Media hora después, con gruñidos y gemidos, llegó el capitán a rastras a los pies de Chris. Todo estaba perdido, gimoteó. El había recibido un golpe de muerte. La cocina había salido por la borda igual que la vela mayor, la maniobra, el cocinero, ¡todo!

-¿Dónde está el piloto? -preguntó Chris cuando recuperó el aliento tras corregir un violento bandazo de la goleta. El estar al timón de un buque con un foque que llevaba un solo rizo en medio de un tifón no era cosa de niños.

Justo a proa -contestó el anciano-. Atrapado bajo el puntal del castillo de proa, aunque todavía respira. Dice que tiene rotos los dos brazos y no sabe cuántas costillas. Está muy mal herido.

-Bueno, pues ahí se va a ahogar, con la forma que entra el agua por las bocinas de los escobenes. Vaya usted a proa -ordenó Chris tomando el mando como lo más natural del mundo-. Dígale que no se preocupe y que al timón estoy yo. Ayúdele todo lo que pueda y dígale que... -se interrumpió y echó las cabillas a estribor cuando una ola tremenda se levantó bajo la popa e hizo al barco guiñar a babor-...dígale que haga todo lo que pueda para salvarse. Abra la escotilla del castillo de proa y ayúdele a llegar a su litera. Después, vuelva a cerrar la escotilla.

El anciano capitán miró a proa y se quedó titubeante de miedo. El combés del barco estaba lleno de agua hasta los imbornales. Acababa de venir de allí y sabía que la muerte acechaba a cada paso.

-¡Váyase! gritó Chris ferozmente. Y cuando se puso en marcha el viejo asustado añadió: -¡Y busque también al cocinero!

Dos horas después, casí muerto de dolor, volvió el capitán. Había obedecido las órdenes. El piloto mayor estaba en una litera, aunque no podía moverse; el cocinero había desaparecido. Chris dijo al capitán que fuera al camarote a cambiarse de ropa.

Tras horas interminables de esfuerzo rompió el día, frío y gris. Chris miró a su alrededor. El Sopbie Sutherland corría ante el tifón como un poseído. No llovía, pero el viento azotaba hasta la altura de los masteleros la espuma del mar que lo oscurecía todo, salvo las cosas que estaban al alcance de la máno.

A cada vez, Chris no podía ver más que dos olas: la que estaba inmediatamente a proa y la que estaba inmediatamente a popa. ¡Así de pequeña e insignificante parecía la goleta en el gran oleaje del Pacífico! Tras remontar a toda velocidad una montaña enloquecedora, se quedaba posada como un cascarón en el tope revuelto, sin aliento y tambaleante, y salía disparada hacia abajo, al abismo que la esperaba, para enterrarse en el torbellino de espuma del fondo. Después se recuperaba, volvía a ascender otra montaña, volvía a posarse y se repetía el choque con el fondo. Delante de él y a estribor, como el fantasma de la tormenta, Chris veía al cocinero que colgaba y se movía igual que la goleta. Evidentemente, cuando salió por la borda se había agarrado a una driza y se había quedado enredado en ella.

Tres horas más tuvo Chris, a solas con su macabro compañero, que llevar al Sophie Sutherland contra el viento y las olas. Hacía mucho tiempo que se le habían olvidado sus dedos machacados. Se le habían arrancado las vendas y la fría espuma salada se le había metido en las heridas a medio curar, hasta dejárselas embotadas, de forma que ya no sentía el dolor. Pero no tenía frío. El enorme esfuerzo al timón le hacía sudar por todos los poros. Mas estaba débil de hambre y agotamiento, y se sintió encantado cuando salió a cubierta el capitán, que le hizo comer un cuarto de kilo de chocolate en pastillas. Le dio fuerzas inmediatamente.

Ordenó al capitán que cortase la driza de la que pendía el cadáver del cocinero chino, y que después fuese a proa y soltara la driza del foque y la escota. Cuando lo hizo, el foque se agitó unos momentos como un pañuelo y desapareció tras arrancar los cabos de los pernos. El Sopbie Sutherland navegaba con la arboladura desnuda.

Al mediodía se agotó la tormenta, y para las seis de la tarde, las olas habían aflojado lo suficiente como para que Chris pudiera abandonar la rueda del timón. Era casi absurdo soñar con que los botes hubieran podido sobrevivir al tifón, pero siempre existe una posibilidad de salvar una vida humana, y Chris se aplicó ahora a volver a recorrer el rumbo que había seguido en su huida. Logró meter un rizo a uno de los foques y dos a la cangreja, y después con la ayuda del aparejo de guardia, izarlos ante la fuerte brisa que seguía soplando. Y toda la noche, con bordadas adelante y atrás en el camino de regreso, fue flameando la lona a toda la velocidad que permitía el viento.

El piloto herido estaba delirante, y entre cuidar de él y echar una mano con el barco, Chris tuvo al capitán muy ocupado.

-Me enseñó más de navegación -diría éste después- de lo que había aprendido en toda la travesía. Pero, al amanecer, el débil físico del capitán no aguantó más y cayó en un sueño agotado en la toldilla de barlovento.

Chris, que ahora ya podía dejar atado el timón, tapó al cansado anciano con unas mantas que trajo de abajo y fue al pañol de popa a ver si encontraba algo de comida. Pero al día siguiente se vio obligado a ceder y dormitó a ratos junto a la rueda del timón, despertándose de vez en cuando para ver cómo iban las cosas.

Al tercer día por la tarde Chris vio una goleta, con la arboladura desmantelada y medio deshecha. Al acercarse, ciñéndose mucho al viento, vio que tenía hacinada en los puentes una tripulación anormalmente numerosa, y cuando se acercó más pudo distinguir entre otras las caras de sus compañeros desaparecidos. Y llegaba justo a tiempo, porque estaban empeñados en un combate imposible con las bombas de achicar. Una hora después habían pasado, junto con la tripulación del barco que se hundía, a bordo del Sopbie Sutherland.

Tras alejarse tanto de su propio barco, se habían refugiado en la otra goleta justo antes de que estallara la tormenta. Era un barco canadiense de caza de focas en su primera, y según se había visto última, salida.

El capitán del Sopbie Sutherland también tenía algo que relatar, y lo hizo bien, tan bien, de hecho, que cuando todos los marineros estuvieron reunidos en cubierta durante el primer cuartillo, Emil Johansen se acercó a Chris y le dio la mano.

-Chgis -dijo en voz alta para que lo oyeran todos-, Chgis, me gindo. Has sido tan buen maginego como yo. Has estado estupendo y eges un maginego de pgimega y estoy oggullosode ti. ¡Ah, Chgis! -dijo volviéndose como si hubiera olvidado algo, y gritó-: ¡Y desde ahoga llámame siempge "Emil", sin decig señog!

En la Bahía de Yeddo

Ante lo cual el dueño del restaurante levantó los brazos indignado y chilló:

-¡Veinticinco sen! ¡Veinticinco sen! ¡Paga ya!

Se había reunido toda una multitud, y las cosas se le estaban poniendo apuradas a Alf Davis.

Era algo tan ridículo y tan mezquino, pensó Alf. ¡Qué lío por nada! Y, desde luego, tenía que hacer algo. Le pasó por la cabeza la idea de lanzarse por entre aquel mar de piernas y deshacerse a golpes de quien tratase de impedírselo, pero como si le hubiera adivinado el pensamiento, uno de los camareros, un tipo bajito y robusto con una nube en un ojo que le daba una expresión perversa, lo agarró de un brazo.

-¡Paga ya! ¡Paga ya! ¡Veinticinco sen! -gritaba el propietario, ronco de ira.

A Alf también se le había subido la sangre a la cabeza de la vergüenza, pero decidió resueltamente explorar otra vía. Renunció a la bolsa y depositó sus últimas esperanzas en tener alguna moneda suelta En el bolsillo pequeño del chaquetón, el que utilizaba para la calderilla, encontró una de diez sen y otra de cobre de cinco; después recordó que hacía poco había echado de menos una moneda de diez sen y rasgó el forro del bolsillo, del fondo del cual sacó aquella moneda. Tenía en la mano 25 sen, la suma necesaria para pagar la cena que acababa de terminar. Se los entregó al propietario, que los contó, se calmó de repente y le hizo una reverencia obsequiosa; de hecho, toda la multitud hizo reverencias obsequiosas y se dispersó.

Alf Davis era un joven marinero que acababa de cumplir los 16 años y estaba enrolado en el "Annie Mine", una goleta estadounidense dedicada a la caza de focas que aquella temporada había ido a Yokohama para enviar a Londres las pieles capturadas durante la temporada. Y en aquella salida a tierra, la segunda que hacía, estaba empezando a tener sus primeras impresiones confusas de la mentalidad oriental. Cuando terminó la serie de reverencias se echó a reír y giró sobre sus talones para enfrentarse con otro problema. ¿Cómo iba a volver a bordo de su barco? Ya eran las 11 de la noche y ya no quedaría en tierra ninguno de los botes del barco, y la perspectiva de contratar un barquero indígena sin contar con nada más que unos bolsillos vacíos no le resultaba atractiva.

Muy atento, por si se encontraba con alguno de sus compañeros, fue bajando hacia el puerto. En Yokohama no existen largas hileras de muelles, sino sólo uno. Los barcos anclan a cierta distancia, lo que permite a unos cuantos centenares de estas gentes de piernas cortas ganarse la vida con el transporte de pasajeros a tierra o desde tierra.

Una docena de hombres y muchachos con sampanes ofrecieron sus servicios a Alf. Escogió al que parecía más favorable, un viejo de aspecto benévolo con una pierna seca. Alf bajó al sampán y se sentó. La noche era muy oscura y no podía ver lo que hacía el viejo, aunque evidentemente lo que no hacía era salir y llevarlo al barco. Por fin se acercó cojeando y miró a Alf a la cara:

-Diez sen -dijo.

-Sí, ya lo sé -respondió Alf despreocupado-. Diez sen. Pero date prisa. Goleta americana.

-Diez sen. Paga ya -insistió el viejo.

Alf sintió que le calentaba la sangre al volver oír las odiosas palabras de "paga ya" y dijo:

-Me llevas a la goleta americana y después te pago.

Pero el tipo se quedó paciente ante él, alargó la mano y le dijo:

-Diez sen. Paga ya.

Alf trató de explicarse. No tenía dinero. Había perdido la bolsa. Pero pagaría. En cuanto subiese a la goleta americana le pagaría. No; ni siquiera tenía que subir al barco. Llamaría a sus compañeros, que primero le darían los diez sen al barquero. Después subiría él a bordo. De manera que todo estaba en orden, no había problema.

A todo lo cual el viejo de aspecto benévolo respondía:

-Paga ya. Diez sen.

Y, para terminar de empeorar las cosas, los demás sampaneros lo escuchaban todo desde las escaleras del puerto.

Alf, enfadado y preocupado, se puso en pie para saltar a tierra. Pero el viejo le puso una mano en la manga para retenerlo y propuso:

-Tú dal camisa ahola. Yo lleval goleta amelicana.

Eso fue lo que ya hizo encender en el pecho de Alf todo su instinto estadounidense de independencia. Los anglosajones sienten una hostilidad innata a que se abuse de ellos, y a Alf aquello le pareció un robo descarado. Diez sen eran el equivalente de seis centavos estadounidenses, y aquella camisa, que era nueva y de buena calidad, le había costado dos dólares.

Le dio la espalda al hombre sin decir una palabra y se fue al otro extremo del muelle, y la multitud, que se reía a mandíbula batiente, lo siguió, pegada a sus talones. Casi todos ellos eran tipos robustos y musculosos, y como aquella noche de julio hacía un calor sofocante, llevaban la menor cantidad de ropa posible. La gente de los puertos de cualquier raza es dura y turbulenta, y se le ocurrió a Alf que el estar solo en el muelle a medianoche con tal multitud de gente alrededor, en una gran ciudad del Japón, no era lo más seguro que cabía imaginar.

Se le acercó un tipo fortachón con un mechón de pelo negro y ojos feroces. El resto se apretujó detrás de él para participar en la conversación.

-Dame zapatos -dijo aquel hombre-. Dame zapatos ya. Yo lleval a goleta amelicana.

Alf negó con la cabeza, ante lo que la multitud le gritó que aceptara la propuesta Pero la constitución del anglósajón es tal que el tratar de abusar de él o de imponérsele con amenazas es la peor forma posible de lograr que haga algo. Se atreverá a lo que sea de buena gana, pero no permite que le obliguen a hacer nada. Por eso, aquella tentativa de los barqueros de forzar a Alf no sirvió más que para despertar en él toda la terquedad obstinada de su raza. Latían en él las mismas cualidades que se hallan en todo el que se encuentra en una situación desesperada, y allí, bajo las estrellas, en el muelle solitario, rodeado por aquella pandilla que empujaba y se metía con él, resolvió que prefería morir antes que someterse a la indignidad de dejarse robar ni una puntada de ropa. Lo que estaba en juego no era el valor de las cosas, sino los principios.

Entonces alguien le dio un empujón por detrás. Se dio la vuelta con gesto airado y el círculo se abrió involuntariamente. Pero la multitud se estaba enardeciendo. Unos y otros le exigían una u otra prenda de las que llevaba, y estas exigencias se expresaban a pulmón herido y simultáneamente.

Hacía mucho rato que Alf no decía nada, pero sabía que la situación se estaba poniendo peligrosa, y que lo único que podía hacer era escapar de allí. Había puesto un gesto decidido, acerado los ojos y se había colocado en postura firme y confiada. Aquel aire de determinación bastó para impresionar tanto a los barqueros que le abrieron camino cuando se echó a andar hacia el lado de tierra del muelle. Pero seguían apiñados a sus talones, y se reían y gritaban más alto que nunca. Uno de los jóvenes, aproximadamente igual de alto y de fuerte que Alf le quitó insolente la gorra de la cabeza, pero antes de que pudiera ponérsela en la suya, Alf le dio un golpe con todas las fuerzas y lo echó a rodar por las piedras.

Le voló la gorra de las manos y desapareció entre aquel mar de piernas. Alf se puso a pensar rápido: su orgullo de marinero no le permitiría dejarles la gorra en las manos. Siguió en la dirección en que había volado y pronto la halló bajo el pie de un tipo fuerte que mantenía todo su peso sobre ella sin decir palabra. Alf trató de sacar la gorra de un tirón, pero sin éxito. Le dio un empujón al hombre en la pierna, pero el hombre no hizo más que soltar un gruñido. Aquello era un desafío directo, y Alf lo aceptó. Como un rayo echó una pierna por detrás del otro y le empujó vigorosamente

con los hombros en el pecho. No había nada que pudiera salvar al hombre de la fuerza feroz con que le hizo el truco, y cayó de espaldas.

Al momento siguiente, Alf se había colocado la gorra en la cabeza y puesto los puños en posición de defensa. Después se dio la vuelta para impedir un ataque por la espalda, y todos los que estaban de aquel lado se echaron a correr precipitadamente. Era lo único que necesitaba él. Ya no quedaba nadie entre él y el lado de tierra del muelle. Éste era estrecho. Haciéndoles frente, y amenazando con el puño a los que trataban de pasarlo por los costados, siguió retirándose. Era toda una tarea andar hacia atrás y al mismo tiempo vigilar a aquella masa de hombres que se le echaban encima. Pero los pueblos de piel oscura de todo el mundo han aprendido a respetar los puños del hombre blanco, y fueron los combates reñidos por muchos marineros, más bien que su propia actitud belicosa, los que le dieron la victoria a Alf.

Donde el muelle se une con tierra estaba la comisaría de la policía del puerto, y Alf entró en la oficina, que tenía luz eléctrica, para gran diversión del teniente de servicio, todo dé punta en blanco. Los de los sampanes, que ahora se habían callado y calmado, se apretaban como moscas junto a la puerta abierta, por la que podían ver y oír lo que pasaba dentro.

Alf explicó sus dificultades en unas palabras, y exigió, como privilegio de extranjero en país extraño, que el teniente lo llevara a bordo en una lancha de la policía. El teniente, a su vez, que se sabía de memoria "el reglamento", explicó que las lanchas de la policía no eran transbordadores y que los policías del puerto tenían cosas más importantes que hacer que andar transportando a marineros retrasados y sin un céntimo de vuelta a sus barcos. También dijo que ya sabía que la gente de los sampanes eran todos unos ladrones congénitos, pero mientras robasen dentro de la ley no podía hacerles nada. Tenían derecho a cobrar las tarifas por adelantado y, ¿quién era él para ordenarles que aceptasen un pasajero y cobrasen la tarifa al final del viaje? Alf reconoció la justicia de aquellas observaciones, pero sugirió que si bien no podía darles órdenes, al menos podía persuadirlos. El teniente estaba con ganas de agradar y fue a la puerta, desde donde hizo un discurso a la

multitud. Pero también ésta sabía sus derechos y cuando terminó el oficial, respondió a coro con su abominable grito de: "¡diez sen! ¡Paga ya! ¡Paga ya!"

-Ya ve usted que no puedo hacer nada -observó el teniente, que dicho sea de paso hablaba perfectamente el inglés-. pero les he advertido que no le hagan nada a usted, de forma que por lo menos está usted a salvo. Echese a dormir en cualquier parte. Yo le permitiría que se quedara aquí, pero eso va en contra del reglamento.

Alf le agradeció su amabilidad y cortesía, pero la gente de los sampanes había excitado su orgullo racial y su terquedad, y aquella no era forma de resolver el problema. El echarse a dormir en las piedras equivalía a reconocer la derrota.

-¿Los de los sampanes se niegan a llevarme?

Asintió el teniente.

-¿Y usted también se niega a llevarme?

Nuevo asentimiento del teniente.

-Bien, pero el reglamento no le prohíbe a usted que me deje irme yo solito, ¿no?

El teniente, perplejo respondió:

-No hay lancha.

-No es eso lo que le he preguntado -dijo Alf. Si me voy yo solito, todo el mundo se queda satisfecho y nadie sale perdiendo, ¿no?

-Sí, es cierto lo que dice -persistió el teniente, confuso-. Pero no se puede usted ir solo.

-Va usted a verlo -fue la respuesta.

Al suelo del despacho cayó la gorra de Alf. A izquierda y derecha dejó los zapatos. Siguieron la camisa y los pantalones.

-Y recuerde -dijo en tono desafiante- que, como ciudadano de los Estados Unidos, considero a usted, al Ayuntamiento de Yokohama y al Gobierno del Japón responsables de esta ropa. Buenas noches.

Salió corriendo por la puerta, obligando a los asombrados barqueros a hacerse a un lado y otro, y llegó al muelle. Pero se recuperaron rápidamente y salieron corriendo tras él, con gritos de alegría ante el nuevo giro que había dado la situación. Aquella fue una noche que recordaron mucho tiempo las gentes del puerto de Yokohama. Alf siguió corriendo hasta el extremo del muelle, donde, sin pararse, dio un salto y se metió limpiamente en el agua. Emergió nadando a cuchillo con fuerza, hasta que la curiosidad le hizo detenerse un momento. En la oscuridad, desde donde debía hallarse el muelle, había voces que lo llamaban.

Se puso de espaldas, quedó flotando y escuchó.

-¡Bueno! ¡Bueno! -distinguió entre aquella babel-. ¡No pagal ahola, pagal más talde. ¡Vuelve! ¡Vuelve ahola, pagal más talde!

-¡No, gracias! -gritó en respuesta. No pagal nunca Buenas noches.

Después se dio la vuelta para localizar al Annie Mine. Estaba fondeado a nada menos que una milla, y en la oscuridad no resultaba fácil encontrarlo. Primero vio una miríada de luces que sabía no podía llevar más que un buque de guerra. Debía ser el navío estadounidense "Lancaster". El Annie Mine debía estar algo a la izquierda y más lejos. Pero a la izquierda distinguió tres luces muy próximas. Aquella no podía ser la goleta. Se quedó momentáneamente confundido. Volvió a ponerse de espaldas y cerró los ojos, tratando de representarse mentalmente el puerto, tal como lo había visto de día. Con una risa de satisfacción se puso otra vez de frente. Evidentemente, las tres luces juntas debían pertenecer al gran vapor carguero inglés. Por lo tanto, la goleta debía estar en un punto entre las tres luces y el Lancaster. Siguió mirando fijamente y encontró, débil y muy baja, una sola luz, la luz de fondeo del Annie mine.

Y fue una buena excursión a nado a la luz de las estrellas. El aire tenía la misma temperatura que el agua, y el agua la misma que la leche tibia. En la boca tenía el agradable gusto salado del agua, que le lavaba las extremidades, y el ritmo, constante del corazón, fuerte y firme, le hacía alegrarse de estar vivo.

Pero, aparte de ser muy agradable, aquella excursión no tuvo incidentes. Dejó atrás a su derecha al iluminado Lancascer, a la izquierda al vapor inglés, y al cabo de cierto tiempo se irguió ante él la forma del Annie Mine. Agarró la escala colgante de cuerda y subió sin hacer ruido a cubierta. No se veía a nadie. Vio una luz en la cocina y dedujo que el hijo del capitán, que hacía en solitario la guardia del puerto, estaba haciéndose café. Alf fue hacia el castillo de proa. Todos los marineros estaban roncando en sus literas, y en aquel espacio reducido, el calor le pareció insoportable. Por eso se puso una camisa fina de algodón y un par de pantalones vaqueros y, con una manta y una almohada bajo el brazo, subió a cubierta y a la parte de arriba del castillo de proa.

Apenas si se había adormilado cuando lo despertó el ruido de un bote que llegaba al costado y llamaba a la guardia de puerto. Era la lancha de la policía, y Alf pudo disfrutar con la excitada conversación que siguió. Sí, el hijo del capitán

reconocía aquella ropa. Pertenecía a Alf Davis, uno de los marineros. ¿Qué había ocurrido? No. Alf Davis no había vuelto a bordo. Estaba en tierra, ¿que no estaba en tierra? Entonces debía haberse ahogado. A partir de ahí, el teniente y el hijo del capitán empezaron a hablar en voz baja y Alf no pudo oír lo que decían. Después oyó que iban a proa y despertaban a la tripulación. Los marineros gruñeron medio dormidos y dijeron Que Alf Davis no estaba en el castillo de proa, ante lo que el hijo del capitán se puso indignado contra la policía de Yokohama y su forma de actuar, y el teniente se puso a citarle artículos del reglamento con acento desesperado.

Alf se levantó del techo del castillo de proa y alargó la mano, diciendo:

-Bueno, pues me quedo con esa ropa. Muchas gracias por haberla traído a bordo con tanta rapidez.

-Lo que no entiendo es por qué no podía haberla traído contigo dentro -dijo el hijo del capitán.

Y el teniente de la policía no dijo nada, aunque con un gesto un tanto avergonzado devolvió la ropa a su legítimo dueño.

Al día siguiente, cuando se disponía Alf para ir a tierra, se encontró rodeado de barqueros que gritaban y gesticulaban, aunque de forma muy respetuosa, todos extraordinariamente deseosos de embarcarlo como pasajero. Y el que él seleccionó no le dijo "paga ya" cuando entró en el bote. Cuando Alf se dispuso a saltar al muelle ofreció a aquel hombre los diez sen de costumbre. Pero el hombre se puso en pie y negó con un gesto de la cabeza:

-Tú buen chico -dijo-. Tú no pagal. Tú nunca pagal. Tú buen chico y bien.

Y durante el resto de la estadía del Annie Mine en el puerto, los de los sampanes rechazaron el dinero que les ofreció Alf. Admirados ante su valor y su independencia, habían decidido que su dinero no valía en aquel puerto.

Un paje de cámara guapísimo

-Y aquel muchacho tan apuesto era...

-Pues, naturalmente, pura y simplemente la mujer del velo.

-¡Bueno,basta ya! -exclamé-. Eso está muy bien para un suplemento dominical, pero en la vida real no es tan fácil engañar a la gente.

-Pues mira los casos de la vida real, las mujeres que se hacen soldados, marineros, exploradores...

-Pero, ¿has visto a mi hermano pequeño, Bob, que es tan buen imitador...?

-¡ Tonterías !

-A la gente se la engaña de mil formas, y...

-Te digo que son bobadas -comenté-. Cualquiera que no sea un cretino se da cuenta inmediatamente de que se trata de un disfraz. No puede ser muy listo un tipo que no pueda distinguir entre un hombre y una mujer. Te apuesto a que a mí no me podrían engañar.

-Acepto la apuesta -dijo Jack.

-De acuerdo -respondí.

-Te apuesto a que en menos de seis meses logro engañarte.

-¡Hecho! ¿Qué apuestas?

-El perdedor paga una cena; el ganador dice dónde, en qué ha de consistir y quiénes son los invitados, a discreción.

-¡Hecho!

Nos dimos la mano, y los amigos se amontonaron alrededor nuestro con todo género de consejos y de comentarios. Así se sembró la semilla de la que había de surgir el inolvidable romance de aquel "paje de cámara guapísimo ".

Las dos semanas siguientes me hallaron en mi grandeza solitaria a bordo de mi yate goleta el Halcón, rumbo a un breve crucero a Honolulú. Apenas habíamos dejado tras el horizonte el faro de Farralone cuando se despertaron mis sospechas. Del cocinero al piló to mayor empezaron a llover las quejas sobre el nuevo paje de cámara. Decían que tenía buena voluntad pero no valía para nada. Billy, el paje de antes nos había abandonado en el último momento y mi agente, a quien le confiaba todos los asuntos de este tipo, había conseguido a toda prisa a quien ahora ocupaba el puesto.

Era cierto que tenía buena voluntad, pero en resumen, no sabía lo que tenía que hacer y era un absoluto incompetente para el puesto. Pero se esforzaba tanto que todo el mundo se sentía atraído por él. Y era un chico muy guapo. Tenía los ojos oscuros y las mejillas sonrosadas, con una cara ovalada y delicada, un poco cetrina, y tan exquisita que... no es de extrañar que me hiciera recordar la apuesta que había hecho yo con Jack Haliday. Y además, para tratarse de un muchacho esbelto de 15 ó 16 años, según parecía ser, tenía un cuerpo vaga e insinuantemente redondeado que no podía por menos de corroborar mis sospechas.

Pero no dije nada y esperé a la confirmación. Esta llegó antes de lo previsto. Estábamos juntos el piloto y yo en la toldilla un mediodía, dedicados a observar el sol con nuestro sextante. Subió el chico por la escala con un caldero lleno de cenizas y escoria; acababa de limpiar la cocina del camarote. En lugar de irse al costado de sotavento, fue a la barandilla de barlovento a tirar los desechos. Y claro que los tiró, pero contra el viento, de forma que nos llenaron a nosotros de basura.

El piloto se la sacó a puñados de los ojos y agarró al granuja del brazo. Nelson era un rudo lobo de mar y dominaba perfectamente la jerga que sirve para expresar claramente las cosas a todos los de su profesión. Lo sacudió arriba y abajo y lo maldijo con una combinación tan fuerte de juramentos ingleses y escandinavos como jamás haya oído yo en mi vida.

El chico perdió la cabeza y empezó a llorar. Recogió el caldero y empezó a ir hácia el camarote, pero justo cuando estaba frente a mí resbaló y se cayó. Lo cogí antes de que llegara al piso y... bueno, ya había yo pasado la mano demasiadas veces por terrenos prohibidos como para irme a confundir ahora.

-Pero, ¡si eres una chica! -exclamé.

El timonel empezó a reírse, así que la bajé al camarote para ahorrarle las burlas de los marineros. Allí siguió llorando y gimiendo y quejándose hasta que casi llegó a emocionarme a mí, en mis tentativas de consolarla. Por fin se calmó.

-Ay, mi capitán -empezó-, espero que no se enfade usted conmigo. Yo... él... el Sr. Haliday...

-Esto es obra de Jack Haliday, ¿no? -interrumpí.

-Sí, señor.

-Entonces sabe usted lo de la apuesta y tendrá que declarar que he descubierto su... ejem... identidad.

-Sí, señor, y se va a enfadar mucho cuando sepa que he perdido. Uaaaa... Uaaa....

-No, si lo ha hecho usted muy bien -le dije por creer que necesitaba que se le dieran ánimos-. El cocinero jamás habría descubierto... pero, ¡qué diablos!... Tendrá usted que ponerse...

Todo aquello resultaba muy embarazoso para ambos. ¡Y el torpe del cocinero ni se había dádo cuenta! Lo llamé al camarote.

-Dile al chico alemán que te eche una mano -ordené-. Y vete a tu camarote a hacer la maleta de la señorita... eh...

-E... E... Eastman -gimió el personajillo desconsolado que yacía en el suelo.

-Y haz la maleta con las cosas de la señorita Eastman. Llévalas al camarote de los invitados y mira que todo esté en orden. Ya me encargaré de que recibas una paga extraordinaria por este viaje. ¡Vamos! ¡No te quedes ahí parado todo el día! -y no pude evitar el echarme a reír ante la expresión de sorpresa que ponía con los ojos muy abiertos.

-No sé qué hacer en cuanto a conseguirle ropa adecuada -dije cuando la llevé a su nuevo camarote, siguiendo a un cofre marinero muy bonito.

-No importa, mi capitán -replicó ella entre sollozos-. Ya... ya me había yo traído unos vestidos.

-¡Que me ahorquen! -gritó el cocinero cuando se cerró la puerta-. ¡Ah! Perdone usted, mi capitán, pero, ¿va usted a decirme que es... que es una chica? ¡Hay que ver! ¡Y yo, que soy casado! ¿Qué va a decir mi mujer?

Aunque traté de explicarle que no había ninguna necesidad de que se enterase su mujer, se fue lentamente hacia la cocina, más entristecido si cabe, que la pobre chica que le había creado el problema Pero yo podía entenderlo, pues comprendí lo falso de mi propia posición, y sabía cómo debía estarse riendo la marinería.

Hice que le llevaran la cena a su camarote, y hasta la mañana siguiente no volvió ella a presentarse. Y entonces fue una señorita compuesta y bien vestida la que apareció, pese a lo corto que tenía el pelo. Parecía una pena que se lo hubiera cortado por una apuesta de tres al cuarto.

-¿Qué va a decir su familia? -pregunté en el transcurso de las explicaciones-. ¿Está enterada?

-Mi hermano. Vine con su consentimiento.

-Su hermano es un sinvergüenza y habría que darle de latigazos. Lo menos que cabe decir es que esto es muy embarazoso.

-¿Por qué?

-¡Vaya una pregunta. ¿Por qué? Empecé a comprender el lío en que me había metido Jack Haliday. ¿Por qué? ¡Qué inocencia!

-Debe usted haberse educado en un convento-dije directamente.

-Sí, señor; hasta hace un año iba al Sagrado Corazón.

Esto iba de mal en peor. La responsabilidad que me había caído no era poca. Por fin le saqué su historia. Había perdido a su madre cuando era niña, y su padre, que era un pequeño comerciante, la había educado en el Convento del Sagrado Corazón. A él le habían ido muy mal las cosas y cuando murió no les dejó ni un céntimo a ella y su hermano. Para resumir, Jack Haliday los había tomado bajo su protección. Ella había mostrado aptitud para las tablas y Haliday le había dado aliento y profetizado que algún día el vaudeville metropolitano abriría los brazos a una tiple de capacidad nada despreciable.

-Y cuando me pidió este favor -concluyó-, ¿qué iba a hacer yo? ¿Cómo negarme, después de todo lo que ha hecho por mí?

Librodot

Bien, el yate adquirió una nueva vida. ¡Es extraño, la forma en que aquella muchachilla, una chica de 16 años, animó las cosas! Se convirtió en el ídolo de todos los marineros, e incluso Nelson le presentó excusas. Apuesto a que era la primera vez que hacía tal cosa aquel terco lobo de mar. Ella tocaba bien el piano, y aunque no tenía una voz muy fuerte ni con muchos registros, la verdad era que cantaba muy melodiosamente.

Cuando llegamos a Honolulú, yo era partidario de hacer lo necesario para que ella volviera en un vapor, pero la inocente criatura no quería ni oir hablar de eso y cuando insistí pareció ponerse tan triste que hube de renunciar a ello. Además, no nos conocía nadie. Y ella... ella no tenía ni idea del pecado, y el desengañarla era una tarea para la que no me consideré capacitado. La doté de fondos y al cabo de muy poco tiempo tenía una colección sorprendente de vestidos y otras necesidades femeninas. Después empezamos a ir a los conciertos de la Banda.Hawaüna, a dar largos paseos por el campo y a visitar muchos lugares de interés y recreo. Lo pasamos muy bien, pero todo lo bueno tiene su fin, y un mes después estábamos frente a la Puerta Dorada. Al día siguiente llegaríamos a San Francisco.

Mañana... medio suspiré mientras encendía un puro y echaba una mirada a la puerta de su camarote. Me pregunté qué estaría soñando ella. Después recordé mis largos cruceros solitarios. ¡Qué alegre había sido éste! La vida cobró nuevas posibilidades cuando empecé a comprender algunos de sus encantos que hasta entonces no había conocido... encantos que mis amigos más afortunados mencionaban a cada momento. ¡Cómo había cambiado ella las cosas ! Un tobillo bien torneado en las escaleras del camarote, un zapato brillante, en cubierta, la risa cascabelera de una muchacha, una canción al atardecer, un... en resumen, ese algo inefable de la presencia femenina. La idea me asombró. Veamos: dieciséis... veintiséis; diecinueve... veintinueve; no, eso sería esperar demasiado, dieciocho, veintiocho... eso es. Y después de todo, no es tanto. ¡Dos años! ¿Qué no podría ocurrir en dos años? El desarrollo, la maduración de aquella mente. sí, y de aquellas formas, tan ricas en promesas. Dos

años, y después. . .

-Ocho campanadas.

Los ruidos del cambio de la guardia ahuyentaron mi cuento de hadas, de forma que tiré el puro y me fui a acostar.

En el muelle estaba Jack Haliday con todo el grupo del club, esperándonos. Evidentemente, el vigía de la Lonja del Mercado había telegrafiado nuestra llegada a la embocadura la noche anterior. Subieron en bloque a bordo y me puse a temblar por la señorita Eastman.

Pero Clara, como ya la llamaba yo, hizo frente al mal trago con gran valor. Su tono tranquilo y sus risitas contenidas me parecieron irritantes. Jack Haliday fue derecho al grano:

-Oye, ya sabes, lo de aquella cena...

-¿Qué pasa con la cena? -contesté secamente.

-Bueno, ya he hecho todos los planes, pero me parece mejor decirte cuáles son. Podrías tener algo que sugerir, ya sabes.

-¡Con que has hecho todos los planes! -grité-. Pues yo creo que a quien corresponde encargar la cena es a mí.

-¡Ja, ja, ja! -empezaron a reír todos.

-Espero que haya tenido usted un viaje agradable, señorita Eastman -le dijo él volviéndose hacia ella.

-Ah, sí -respondió, aunque vi que le temblaban los labios.

-¿Cómo lo descubriste? -me preguntó Jack a mí.

-Bueno, se me desmayó en los brazos, y...

-¡ja, ja! ¡je, je! -reía a carcajadas el grupo, mientras yo sonreía triunfante ante mi derrotado adversario.

-Y, ¿se enfadó? -continuó el imperturbable Hali-day dirigiéndose a Clara.

-No -replicó ésta-, fue muy simpático. Y cuando llegamos a Honolulú quería me volviese en el vapor, pero me negué: Y luego lo pasamós estupendo: me compró dulces y guantes, me llevó de paseo en coche de caballos, y...

Al oír esto, los del grupo se desternillaban de risa. Le daban palmadas en la espalda a Jack, le daban golpes en las costillas y se abrazaban los unos a los otros con carcajadas de éxtasis.

-¡Pero, idiota! -gritó Jack-. Si es mi hermano Bob.

-Imposible -respondí-. Pero, si cuando se desmayó cayó en mis brazos y...

Al llegar este momento me quedé sin habla, porque la modesta señorita Eastman dio dos volatines, cayó en pie sonriente, se metió una mano en su doncellil seno y sacó... ¡cielos!... un par de amortiguadores neumáticos, como los que usan los futbolistas.

Huelga decir cómo encabecé la estampida hacia el club, cómo salió la cena, con Bob a la cabecera de la mesa y cómo, hasta hoy día, la mera mención de aquel "paje de cámara guapísimo" me despierta una cierta cólera que no tengo esperanza de superar jamás.